

DOC SAVAGE

by KENNETH ROBESON

WINDMILLS
AUDACES
30
CIN

LOS SIETE DIABLOS
DE AGATA

TERC
INDACIÓN



Los siete diablos de ágata

Kenneth Robeson

Doc Savage/37

CAPÍTULO I

ALCANFOR ESPÍRITU

ALGUIEN que se ganaba la vida haciendo frases afirmó que el drama estaba presente en todas partes. Al parecer esto significa que muchas personas viven en contacto diario con una u otra clase de aventuras sin percatarse de ello.

Este era, sin duda, el caso del aeropuerto de Los Ángeles en una noche determinada de un lunes. Una operación siniestra se tramaba.

Pero nadie tenía los ojos bastantes penetrantes y escrutadores para observarlo.

Explicaba esto el hecho de que los dos hombres que se encontraban en el *cupé* negro eran muy buenos actores. No había nada de furtivo ni sospechoso en la manera cómo el automóvil entró en el lugar de estacionamiento, donde unos centenares de coches ya estaban ubicados.

Los dos hombres no salieron del coche inmediatamente. Podrían haber pasado por unos simples espectadores.

La escena sobre la cual giraban sus ojos escrutadores era magnífica. El edificio de las oficinas del aeropuerto, en torno al cual la multitud era densa, estaba iluminado de una manera extraordinaria.

Los reflectores horadaban la obscuridad y en el campo de aterrizaje veíanse largas hileras de puntitos de colores. Evidentemente se utilizaban todas las luces del aeropuerto.

En algún lugar, entre los autos estacionados, un vendedor de periódicos, voceaba a grito pelado:

—¡El dirigible que da la vuelta al mundo tocará en Los Ángeles!
¡Últimas noticias!

Los dos hombres de *cupé* escuchaban con indiferencia el vocear

del muchacho.

Chillaba el chiquillo:

—¡Doc Savage y sus dos ayudantes están a bordo del dirigible!

Los dos hombres de *cupé* dieron un respingo, como si una avispa se hubiese metido de repente en el coche.

El muchacho aulló:

—¡Doc Savage emprende un viaje misterioso!

—¡Un viaje misterioso! —gruñó uno—. ¡Savage no engaña a nadie! ¡Ha descubierto a los diablos de ágata! ¡Quizá a descubierto nuestra...!

—¡Cállate, borrico! —interrumpió el otro—. ¡Alguien puede vernos!

En otro avanzó furioso la mandíbula.

—¿A quién crees que hablas?

—¡Contigo, so animal! ¡Mira que hablar de los demonios de ágata! A continuación radiarás al mundo que en China, en Alemania, en Inglaterra y...—el individuo se interrumpió y tragó saliva—. La empresa es demasiado grande para correr riesgos.

Era un hombretón; que tenía el aire de un individuo que vivía de sus músculos. En su rostro brutal no se veía apenas un destello de inteligencia.

Era el tipo del sujeto que hace lo que mandan, sin grandes escrúpulos. Vestía con pésimo gusto, aunque con pretensiones de *dandy*.

El segundo individuo empezó a hablar.

Dijo:

—Ese dirigible viene de Europa y es de un tipo nuevo, que está realizando un vuelo de prueba alrededor del mundo. Doc Savage se agregó inesperadamente a la tripulación de Nueva York. No tiene el propósito de dar la vuelta al mundo; se queda aquí; por tanto, no cabe duda de su objetivo.

El hombre que hablaba era flaco; vestía con verdadera elegancia y habría tenido un aspecto fino y distinguido, de no ser por el fenómeno que constituía la parte inferior de su rostro. Tenía una faz híbrida.

Ojos y frente finos y delicados. El resto de su cara era impresionante. Algo le había ocurrido en el pasado; la piel y la carne se habían tornado flácidas, como de caucho. Los pliegues del

tejido formaban hondos surcos.

La parte inferior del rostro de este hombre retenía de una manera espeluznante cualquier expresión que se dibujara en él.

Parecía ser incapaz de cambiar de expresión voluntariamente. El hombre tenía la costumbre desconcertante de acariciarse con la punta de los dedos el rostro.

Levantaba con los dedos las comisuras de los labios, dando a su rostro una sonrisa feroz y la sonrisa quedaba retenida allí.

El otro individuo, el que vivía de sus músculos, gruñó:

—He oído hablar de ese hombre de bronce. Es veneno para algunos.

—Lo “despacharemos” —gruñó el individuo de faz híbrida.

—¿Sí?

—Un diablillo de ágata lo liquidará.

Los músculos del otro sujeto de endurecieron e hincharon.

Cuchicheó:

—¿Quieres decir que vamos a matar a Doc Savage?

El primer hombre se tocó distraídamente los labios, dibujando una línea recta. Quedaron rígidos, debido a la extraña condición de sus músculos faciales.

Observó:

—Hay demasiado en la balanza para correr riesgos. ¡Seguramente tendremos que matarle!

Un nuevo sonido penetró en el aire de la noche. Podría haber sido una bandada de abejorros metálicos en la lejanía. La multitud agolpada junto a las oficinas de aeropuerto avanzó con violencia hacia la baranda.

Los rostros se volvieron hacia arriba. El zumbido lejano se hizo más fuerte.

Los reflectores del aeropuerto se elevaron cual gigantescos estoques explorando el vientre de la noche. La punta de uno de estos destellos reveló un resplandor plateado.

Todas las luces de los reflectores se concentraron sobre aquel punto. Una forma gigantesca y extraña empezó a perfilarse.

Era el dirigible que daba la vuelta al mundo.

El gigantesco aparato descendió. Un equipo del campo de aterrizaje asió las cuerdas colgantes y lo amarró. La multitud, delirante de entusiasmo, se desbordó rompiendo el cordón de la

policía.

Era evidente que muchos de los espectadores estaban interesados en algo más que simplemente contemplar el dirigible. Querían ver a alguien más: a un individuo de quien había oído hablar mucho.

La muchedumbre rodeó a los pasajeros del dirigible cuando empezaron a saltar a tierra. Vestían como de ordinario, pues el dirigible estaba dotado de todos los refinamientos del lujo y el *confort*.

Cuando aparecía un pasajero de estatura mayor de la corriente un grito salía del gentío.

—¡Ahí está Doc Savage!

Un instante después comprobaban que se habían equivocado.

Los tripulantes del dirigible recibían escasa atención. Era fácil reconocerlos.

Usaban unas ropas especiales para el vuelo en la atmósfera, con una capucha.

Así aconteció que la muchedumbre no se fijó en tres hombres, vestidos con trajes para vuelo en la estratosfera, que cruzaron el campo se dirigieron a las oficinas de la administración.

Uno del trío era bajo, enormemente ancho, y tenía unos brazos largos de simio de los que pendían unas manos peludas que le llegaban debajo de las rodillas. La otra figura era enjuta y delgada, de mediana estatura, y llevaba un objeto que contrastaban con su vestimenta aérea: un bastón negro y delgado.

El tercer hombre era en mucho el de aspecto más dominante del trío. Tenía una estatura imponente. La capucha del traje estratosférico cubría la cabeza y unos anteojos las facciones por completo.

Era posible que, entre la multitud de espectadores, tan sólo un individuo le reconociera: el sujeto de la repugnante cara híbrida.

—¡Ahí va Doc Savage con sus dos ayudantes! —silbó a su compañero de aspecto idiota—. ¡Vamos a “despacharlo”!

Doc Savage entró en la espaciosa oficina del aeropuerto, se quitó los anteojos y se echó atrás la capucha. Quizá lo más extraordinario de las facciones reveladas era su color bronceado y la fina textura de la piel.

El rostro, de amplia frente, nariz recta y boca firme, denotaba

una fuerza extraordinaria. Los tendones del cuello, semejantes a cables de acero, indicaban una fuerza hercúlea.

Los ojos del gigante de bronce daban un aire fantástico a su rostro.

Semejaban lagos de oro hirviendo, movidos por una corriente invisible que despedía millares de chispas.

El hombre de bronce habló y su voz, clara y resonante, perfectamente modulada, llamaba la atención como una sirena de la policía.

—Cuidate de esto, Monk —solicitó, entregando a su ayudante una cartera.

Monk frunció una boca enorme y tomó cautelosamente la cartera.

—No me gusta ese bicharraco que hay dentro.

Doc no respondió.

Monk continuó musitando:

—¡Quiero decir que es fantástico! ¡Todo ello es fantástico! ¡Es un misterio, un misterio insondable y detesto los misterios!

En lugar de responder, Doc Savage dijo:

—Espera aquí. Yo me cuidaré del equipaje. Con la excitación reinante, pudiera ser que no descargaran algún bulto.

Un instante después desapareció.

Monk tenía un rostro simpático y vulgar, muy parecido al de un orangután. Con aire perplejo, dio vueltas a la cartera de documentos que tenía en las manos.

—No te devanes los pocos sesos que tienes —le aconsejó el otro miembro del trío que bajara del dirigible.

Este individuo era delgado, vestía con elegancia, tenía frente alta, ojos inteligentes y la boca flexible de un orador. Todavía tenía su bastón negro y delgado.

—¡Habla el gran Ham! —se mofó Monk—. ¡Lo sabe todo, lo ve todo y lo dice todo!

Los dos se miraron mutuamente con furia.

Cualquiera que les hubiese conocido, no se habría sorprendido. Nadie recordaba que este par de personajes se hubiese dirigido jamás una palabra cortés el uno al otro.

Más, cosa rara, ambos, en pasadas ocasiones, habían afrontado peligros terribles para salvar la vida el uno al otro.

Monk era el teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, el químico del grupo de cinco ayudantes de Doc Savage.

Ham, el brigadier general Teodoro Marley Brooks, uno de los abogados más eminentes salidos de la Universidad de Harvard.

Los otros tres ayudantes de Doc no le acompañaban en esta aventura, pues practicaban sus diversas profesiones en otras partes del mundo.

Eran Renny, el coronel Juan Renwick, famoso por sus realizaciones en el campo de la ingeniería; Johnny, Guillermo Harper Littlejohn, uno de los más grandes geólogos y arqueólogos de la época contemporánea; y Long Tom, el mayor Tomás J. Roberts, un mago de la electricidad.

Inesperadamente, la mano de Monk que tenía la cartera de documentos, hizo un movimiento de aleteo.

Ham, mirando la mano, quedó perplejo, más tan solo un instante. Ham no se volvió. Introdujo una mano en su traje estratosférico, hacia un sobaco, donde llevaba una pistola ametralladora inventada por Doc Savage.

—¡Déjala ahí! ¡Manos arriba!

La voz surgió detrás de Ham y sonó como si el que hablara emitiese las palabras por la nariz.

Ham alzó las manos, no muy precipitadamente, y luego se volvió de cara a la puerta.

El desconocido estaba en el umbral, con un pie en la habitación y otro fuera, como si estuviese dispuesto a entrar o alejarse.

Empuñaba una pistola Colt. Esta apuntaba con firmeza.

El hombre que esgrimía el arma tenía la cara colorada como una remolacha y el cuello de un pavo. Por lo que se veía, tenía dos dientes: uno en la quijada superior, el otro debajo; los dos ennegrecidos por el humo de tabaco, y se asemejaban a un par de clavijas de caoba.

—¡Lo tienen! —dijo este individuo de aspecto extraño a alguien que estaba detrás—. ¡Puedes entrar a cogerlo!

El individuo había hablado a una mujer, a una bellísima joven de unos veintitrés años.

No eran las ropas lo que la hermoseaban.

Llevaba negligentemente un sombrero en muy mal estado, una chaqueta de cuero y unas faldas de *cheviot*.

Evidentemente, la joven sabía lo que quería. Avanzó silenciosamente con sus zapatos de tenis, llegó al lado de Monk y le quitó de debajo del brazo la cartera de cuero.

—¡Escuche un consejo! —dijo—. ¡Lárguese cuanto antes! ¡Vuelva a ese dirigible y de la vuelta al mundo o algo por el estilo!

Monk gruñó:

—¿Qué broma es ésta?

La joven lo miró con firmeza:

—¿Sabe usted en que negocio está metiendo la pezuña?

—¡No! —contestó Monk.

—¡Magnífico! —dijo la muchacha—. Tal vez no le maten a usted.

—¡Bah! —se mofó Monk—. ¡No me asusta!

—Se asustaría —replicó la joven—, si supiese con quien tiene que enfrentarse...

—¡Vámonos! —aconsejó el individuo de rostro colorado y cuello de pavo.

Con la cartera de cuero en la mano, la joven empezó a retroceder hacia la puerta.

Entonces, el individuo de rostro colorado y cuello de pavo, que empuñaba la pistola, recibió una sorpresa.

Una voz gritó detrás de él:

—¡Suelta esa pistola!

El del cuello larguirucho bajó el brazo y la pistola se le cayó de la mano.

Ham se precipitó sobre el arma, la recogió y, apuntando, indicó al del cuello de jirafa que entrase en la habitación.

Las feísimas facciones de Monk tenían ahora una expresión de tremenda satisfacción, al decir:

—¿No os parece que mis facultades de ventrílocuo son estupendas? ¡Si tuviese una muñeca para sentármela en las rodillas, trabajaría en el circo!

El sujeto del cuello de pavo y la muchacha atractiva mostraron sorpresa.

Miraron en dirección de la puerta, como si no creyesen que no había nadie allí y que la voz había sido simplemente un esfuerzo ventrílocuo por parte de Monk.

Entonces Monk lo estropeó todo. Alargó la mano para recoger la

cartera de cuero que la muchacha tenía aún. Ella se la ofreció, como si se alegrase de desprenderse de aquélla.

Lo que ocurrió a continuación dio al simiesco químico una de las mayores sorpresas de su vida.

La joven soltó la cartera de documentos, y antes de que Monk se moviese o pudiera resistirse, le asió el brazo que se convirtió en una palanca con la que le atrajo, le retorció, y finalmente le lanzó al otro lado del cuarto. Fue una brillante exhibición de *jiu —jitsu*.

El corpachón del simiesco químico topó con Ham. El enorme revólver llenó de ruido el cuarto y la bala arrancó yeso del techo.

La muchacha había perdido su cabellera. En el súbito esfuerzo, la peluca que ella llevaba se le cayó. La cabeza de la muchacha estaba completamente calva.

Ella avanzó, como si fuese a recoger la cartera del suelo.

—¡No! —bramó su compañero—. ¡Ese bicharraco usará el revólver antes de que puedas cogerla!

La muchacha abandonó la idea de recuperar la cartera, y girando velozmente sobre sus talones salió corriendo del cuarto. Su compañero la siguió y ambos huyeron por el pasillo que conducía al exterior.

Monk y Ham estaban enredados en el suelo, como un par de pulpos riñendo.

La separación se retrasó un poco debido a que ambos, al mismo tiempo, trataban de zafarse en uno del otro con la mayor violencia posible.

Finalmente se separaron, se enderezaron y echaron a correr en persecución de sus dos asaltantes.

Monk jadeó:

—Era calva... ¿Lo observaste?

Ham lanzó una mirada asesina a Monk y una rápida serie de emociones desfiló por su rostro: la rabia, un desprecio profundo.

Luego, lo más mortificante para Monk, una risa burlona. Ham lanzó una carcajada estrepitosa. Se mofó:

—La muchacha lo lanza como un monigote, de un lado al otro del cuarto. Cuando la dama le recoge el brazo...

Las orejas de Monk se pusieron coloradas.

Entonces se oyó el ruido de un automóvil. Era un coche que salía precipitadamente del lugar de estacionamiento. Monk y Ham

echaron a correr en dirección del ruido.

Por supuesto, era inútil. El auto había desaparecido en la noche. Cuando pasaba bajo una luz distante, en la entrada del arco, Monk divisó a sus ocupantes: la muchacha y el individuo del cuello larguirucho.

El simiesco químico buscó furiosamente un coche que no estuviese cerrado con llave. No lo encontró.

Seguía buscando cuando Doc Savage y Ham se aproximaron. Ham se había quedado atrás, con objeto de buscar a Doc. Ham seguía riendo. Se burló:

—Monk iba a trabajar en un circo. Es un ventrílocuo. ¡Deberían haberlo visto ensayando un número acrobático con la muchacha calva!

El sonido apagado que surgió de la garganta de Monk llenó de júbilo a Ham.

Doc Savage preguntó:

—¿Qué buscaba esa pareja?

—La cartera de documentos —informó Ham.

Se dirigieron hacia las oficinas y, deseando evitar encontrarse con el gentío, fueron a la puerta trasera.

Doc Savage se detuvo de repente.

—¡Esperad!

Monk y Ham se pararon en seco. Escrutaron la obscuridad circundante y no vieron nada.

—¿Percibís ese olor? —inquirió Doc.

Monk preguntó:

—¿Qué pasa?

Monk olfateó. Ham hizo lo mismo. Los dos percibieron el olor. Gruñó Monk:

—Bolas para la polilla.

—Bolas de alcanfor —corrigió Ham.

—Eso describe en parte el olor —dijo Doc—. Más, probablemente, no es ninguna de las dos cosas. Tiene una cualidad específica propia. Ved si notáis ese olor en vuestros cuerpos.

Monk y Ham olisquearon.

—En nosotros, no —declararon.

—Lo he notado muy claramente en mi traje estratosférico —les dijo Doc.

El gigante de bronce avanzó finalmente hacia las oficinas.

Ham murmuró:

—Todo esto es muy extraño. Primero, la tentativa de robo de la cartera de documentos. Segundo, ese olor.

—¡Ya te dije que esto era un misterio insondable! —gruñó Monk.

Entraron por la parte posterior de las oficinas iluminadas profusamente y Doc Savage se quitó el traje estratosférico. Hizo un bulto con las ropas y llamó a un empleado del aeropuerto, a quien se lo entregó. Le dijo:

—En mi equipaje encontrará una maleta. Haga el favor de meter este traje allí.

El empleado tomó el traje y se marchó.

Monk miró se soslayo a Doc.

—¿Por qué haces esto? —le preguntó.

—Por el olor —explicó Doc—. Hasta ahora no hemos experimentado ningún síntoma de acción tóxica; en consecuencia, es de presumir que no se trata de un gas tóxico. Sin embargo, el olor era extraño y muy diferente. Un análisis, durante un rato libre, puede resultar interesante.

—Comprendo —murmuró Monk.

Ham blandió su bastón negro; luego le quitó el puño revelando el objeto inocente que era, en realidad, un estoque. Exclamó:

—Examinemos de nuevo su contenido y veamos si podemos descubrir...

Las palabras se helaron en la garganta al oírse un ruido procedente del pasillo. El sonido era espeluznante. Era el producto de una garganta humana, un grito de agonía.

Doc Savage ya se lanzaba hacia el pasillo. Sus dos compañeros le siguieron.

Descendiendo por un corredor oscuro se dirigieron hacia el lugar de donde provenían los chillidos.

¡La luz!

La vieron inesperadamente. Debía de ser una luz tremenda, porque se reflejaba por los pasillos, y aun entonces su intensidad cegaba.

Era rojiza o tal vez amarillenta. Duró un instante y luego se desvaneció.

Continuaron corriendo. Doc Savage sacó una linterna y proyectó su haz de luz sobre dos bultos que había en el suelo.

Uno de los bultos era el traje estratosférico que Doc diera al empleado para que lo metiera en la maleta. El otro bulto era el cuerpo de un hombre, contorsionado de una manera espantosa.

Los chillidos atrajeron al gentío. La gente acudió corriendo, muchas personas para echar un vistazo al cadáver a la luz de la linterna, y luego lamentar su impulsividad.

Lo más espeluznante de todo era el agujero que presentaba el centro del pecho del muerto. Un obús podría haber hecho semejante boquete.

El muerto era el empleado a quien Doc diera el traje.

El simiesco Monk exclamó:

—¡Córcholis! ¡Mira eso!

Un diablillo en miniatura, tallado en ágata, aparecía de pie en el suelo cerca del cadáver.

El suelo era de cemento y el diablillo se mantenía en pie, erguido. Tendría un palmo de altura, pero las proporciones, el tallado y la mano de obra eran de una perfección extraordinaria. Tenía un color rojizo.

Monk se agachó para cogerlo. Al tocarlo, dio un aullido y retiró precipitadamente la mano.

—¡Está hirviendo! —chilló.

CAPÍTULO II

UN CASO DE ACCIDENTE

MONK preguntó:

—¿Qué es lo que mató a ese individuo, Doc?

El gigante de bronce, que al parecer no le oía, echó un pañuelo sobre la imagen satánica. Estaba demasiado caliente para cogerlo con las manos, pero no quemó del todo el pañuelo. La cogió.

—¡Venid! —dijo en tono áspero.

Corriendo atravesaron el pasillo sin encontrar nada antes de que el gentío, atraído por los gritos y el hallazgo del cadáver, inundara el lugar.

Monk se rascó las cerdas que por pelo tenía encima de la cabeza.

—¡Hum! —murmuró—. Sería algo difícil encontrar algo ahora. ¡Esto es lo más extraño que he visto en mi vida!

Empezó a decir algo más y luego dio un respingo. Acababan de observar que Doc llevaba un bulto bajo el brazo derecho: el traje estratosférico que el empleado del aeropuerto recibiera para meterlo en la maleta, con el resto del equipaje. El traje sugirió una serie de cosas a Monk.

—¡Cuidado, Doc! ¿Recuerdas aquel olor tan extraño? ¡Lo tenía ese traje!

En lugar de responderle, Doc Savage, que se había detenido a examinar la imagen satánica, dijo:

—Aquí hay otra cosa casi tan extraña. Observa el rostro de esta imagen.

El gigante de bronce dio a Monk una lente diminuta.

El simiesco químico observó la cara de la imagen del diablillo. La mano de obra era exquisita.

—¿Reconoces la cara? —preguntó Doc.

—¡Es la tuya! —chilló Monk—. ¡Doc, esta imagen diabólica tiene tu cara!

—¡Exacto! —asintió Savage—. Ahora realicemos algunas pesquisas.

El hombre de bronce había estado muy poco tiempo cerca del cadáver del empleado asesinado; más esto no significaba que no iba a practicar una investigación, pues ya sus ojos dorados escrutaban la oficina.

No encontrando nada, salió fuera. Pronto fue reconocido y se convirtió en el centro de una multitud de cazadores de autógrafos. Abandonó la investigación.

Breves instantes después, Monk estaba de pie debajo de la marquesina del edificio de la Administración, mirando en dirección de la multitud de automóviles estacionados que poco a poco iban marchándose. Frunció el ceño y meneó la cabeza.

—Iba a esperarnos un coche, ¿no es verdad, Doc? Es extraño que no llegue.

—No se dijo que el coche llevaba un chofer —le recordó el gigante de bronce.

Monk llevaba aún la cartera de documentos y Doc la tomó ahora y la abrió.

Contenía, entre otras cosas, dinero y, a lo menos, dos telegramas doblados.

Doc sacó uno de los telegramas, lo abrió y lo extendió para que Ham y Monk lo escrutasen. Decía:

“Doc Savage-. Nueva York:

“Coche azul matrícula California 9k7376 le esperará en el aeropuerto para uso suyo.

“Montgomery Medwig Pell”

—¡Hum, hum! —gruñó Monk—. Echemos un vistazo.

Encontraron enseguida el automóvil. Les produjo cierta sorpresa, pues era un coche grande y lujoso, y tenía la portezuela del compartimiento del chofer abierta.

—Escucha, picapleitos: echaremos que suertes quién conduce el coche —sugirió Monk a Ham.

—¡De ninguna manera! —resopló el abogado—. Tú tienes cara de chofer. El puesto es tuyo.

El simiesco químico se sentó detrás del volante. Doc y Ham se

sentaron en la parte trasera del coche y éste se puso en marcha.

El gigante de bronce bajó el cristal que les separaba del compartimiento del conductor, con objeto de que Monk oyese lo que se decía.

La marcha del automóvil tuvo que ser lenta. Había una congestión del tráfico cerca del aeropuerto.

Desde el asiento delantero, Monk gritó:

—¡Eh, leed el primer telegrama que hemos recibido, haced el favor! Quiero oírlo otra vez.

Doc Savage extrajo de la cartera de papeles de negocios un segundo telegrama doblado. La congestión del tráfico les obligaba a moderar la marcha y Monk tuvo tiempo de leerlo:

“Doc Savage-. Nueva York:

“Cliente me he autorizado a contratar sus servicios para salvar un número de vidas. Cliente dice que pagará sus servicios entregando cualquier cantidad razonable a la Institución de Caridad que usted designe. ¿Puede venir inmediatamente a Los Ángeles? Sería conveniente que tomase precauciones.

“Montgomery Medwig Pell.”

Abogado.

Monk devolvió el mensaje, diciendo:

—Y en consecuencia, le telegrafiamos que vendríamos y él nos mandó el otro mensaje avisándonos que el coche azul nos esperaría en el aeropuerto.

Ham observó:

—Parece que es conveniente que tomemos precauciones. ¿Qué misterio encierra todo esto?

Nadie contestó. El automóvil seguía marchando lentamente debido a la congestión del tráfico.

—¡Rayos y centellas! —estalló Monk de repente—. ¡Mirad! ¡Esto estaba adherido con una goma a la palanca de los frenos y acabo de verlo!

Pasó un trozo de cartulina. Era una tarjeta que decía:

MONTGOMERY MEDWIG PELL

Abogado

Oficina 720 Edificio Oeste

Doc Savage volvió la tarjeta. El dorso, escrito a lápiz, decía:

“Doc Savage: haga el favor de venir inmediatamente a mi oficina del

Edificio Oeste.”

—Esto —dijo Monk—, nos orienta.

El Edificio Oeste resultó ser un rascacielos muy ostentoso. La fachada de terracota estaba demasiado iluminada por una profusión de lámparas. Tenía un aspecto charro.

La vecindad confirmaba la sensación de cosa de poco valor y mucho lustre.

Se le había dado una fachada de gran ostentación con el menor gasto posible. Las aceras eran demasiado anchas y empezaban a agrietarse.

Había una callejuela al lado del edificio.

Monk sugirió:

—Será mejor que metamos nuestro auto en la callejuela, para que no esté a la vista. Algún ladronzuelo podría apropiarse los neumáticos.

—Muy bien —asintió Doc Savage.

El gigante de bronce y Ham se apearon delante del rascacielos, y el primero dijo:

—Te esperamos aquí.

El simiesco químico penetró con el auto en la callejuela y encontró una especie de patio en un rincón de la parte posterior del rascacielos, que probablemente servía para la carga y descarga de los camiones.

Monk entró allí, interrumpió el encendido y se apeó.

Los ojillos del químico eran agudos y el andar mucho por sendas peligrosas había desarrollado en él el hábito de estar siempre alerta y vigilante. Esto explicó ahora el hecho de que observase una cosa sospechosa.

Esto era un hombre que asomó la cabeza por una puerta que daba al patio.

Evidentemente, el individuo había estado vigilando a Monk, y la cabeza desapareció al instante.

Monk frunció el ceño, tardando un momento en tomar una resolución.

Estaba receloso, después de lo ocurrido en el aeropuerto, y se precipitó hacia la puerta.

El individuo que asomaba la cabeza echó a correr. Sus pies resonaron en un pasillo. Monk se lanzó en su persecución. La

rapidez con que alcanzó al fugitivo le sorprendió.

El individuo era bajo y rechoncho. Su cuerpo no estaba hecho para correr.

Semejaba un abejorro, atracado de comida, que intentaba levantar el vuelo.

Hasta agitó los brazos de un modo que daba semejante impresión.

El fugitivo atravesó, corriendo, varias puertas abiertas de unas habitaciones que estaban a oscuras.

Monk le siguió el rastro, concentrando toda su atención en atraparlo. Fue un error.

Una silla surgida de un umbral oscuro se hizo añicos en el cráneo de Monk.

El simiesco químico bajó la cabeza, dio un salto de campana y cayó al suelo, donde quedó inerte, tendido boca arriba.

No había perdido del todo el conocimiento, pero el efecto fue igual. No podía ver bien y no le quedaban en el cuerpo fuerzas para resistir.

Percibió vagamente que unas manos le arrastraban por el corredor. Volvían por el mismo camino por donde habían venido.

Oyó el ruido de unas puertas corredizas y luego percibió el olor peculiar de garajes. Abrió los ojos y una luz brillante le hirió dolorosamente las pupilas.

Este ligero dolor contribuyó a disipar las nieblas que embotaban su cabeza.

Notando que alguna otra cosa le producía un nuevo dolor en un costado, miró hacia abajo y vio una pistola.

El individuo que empuñaba la pistola era corpulento y tenía un rostro brutal y siniestro. Daba la sensación de ser un sujeto muy capaz de usar el arma.

—¿Quién demonio es este orangután? —preguntó el de la pistola.

—Es Andrés Blodgett Mayfar, comúnmente llamado Monk —informó una voz nueva—. Uno de los ayudantes de Doc Savage.

Monk se retorció para lanzar una mirada ceñuda al individuo que hablaba. El sujeto tenía un aspecto interesante. Era un hombre bien proporcionado que habría tenido un aire distinguido de no ser por una cosa: la parte inferior de su rostro.

La porción inferior de su cara era flácida y formaba unos pliegues acanalados.

—¿Qué hacemos con el gorila? —preguntó el individuo que empuñaba la pistola—. Nuestra empresa es demasiado importante y ya han muerto demasiados hombres para dejar que un tipo nos estropee el negocio.

—Savage no sabe nada de nuestro negocio —gruñó el hombre que tenía la parte inferior de la cara flácida, como si fuera de caucho—. Liquidaremos a este sujeto del mismo modo que pensábamos hacer con el otro.

La mención de otra víctima hizo que Monk se volviese para escudriñar de nuevo.

La habitación era un garaje instalado en una planta baja, algo grande, y el techo estaba soportado por un número de columnas y vigas de acero, embutidas en una cubierta de cemento.

Un hombre estaba atado a una columna. La manera cómo la cabeza del individuo aparecía sobre su pecho indicaba que había perdido el conocimiento.

Una cuerda, pasada muchas veces en torno del hombre y de la columna, le mantenía erecto. El hombre vestía ropas oscuras, con pantalones bombachos, y tenía el cabello algo gris.

El cañón de una pistola hurgó el cuerpo de Monk.

—¡Vamos a esa columna! —ordenó el pistolero.

Monk no rehuía nunca una pelea, alargó la mano para arrebatar la pistola, pero estaba aún demasiado aturdido. No pudo cogerla y el pistolero la usó para propinarle un golpe en la cabeza.

Aturdido, Monk fue arrastrado hacia la misma columna donde el otro prisionero estaba atado. Un pañuelo sirvió de mordaza.

Fue arrimado a la columna y empezaron a atarle.

Monk estaba furioso, pero no demasiado preocupado. Doc Savage rondaba por allí cerca. Estos malhechores dirían algo, a lo menos formularían algunas preguntas antes de realizar algún hecho irreparable.

Doc no tardaría en hacer acto de presencia por allí, investigando.

Un momento después, Monk llegó a la escalofriante conclusión de que había sido demasiado optimista.

Los bandidos terminaron de amarrarle. Fueron a la parte

posterior del garaje, a buscar un automóvil. Pusieron el motor en marcha.

—¿Está todo a punto? —preguntó el hombre sentado tras el volante.

—Todo está a punto —asintió el individuo de la cara híbrida.

El automóvil arrancó. Avanzó veloz. Monk experimentó la misma sensación que si le echasen un jarro de agua fría por la espalda.

¡El automóvil iba a aplastarle no sólo a él sino también al otro prisionero!

Era una manera torpe de cometer un crimen. No obstante, tenía sus ventajas.

Los cadáveres podían ser arrojados a la cuneta de alguna carretera; y cuando se los hallase, se creería que fueron víctimas de un choque con otro vehículo que luego huyó.

Monk se retorció furiosamente. Intentó saltar y también tirarse al suelo.

Pero las cuerdas le sujetaban. Trató de cerrar los ojos, inútilmente. Tenía que mirar. El automóvil que avanzaba aumentaba de tamaño.

Llegó la salvación. No fue precisamente en el momento propicio. Fue necesario que el drama llegase a este punto crítico para que el rescate pudiera realizarse debidamente.

Doc Savage estaba en el garaje, detrás de una de las columnas.

Y era necesario que el automóvil avanzase antes de que él pudiese actuar sin ser descubierto. Se movió ahora y, al saltar, su cuerpo parecía una mancha bronceada.

Los dos pies golpearon el borde de delante de la rueda delantera del lado izquierdo. El impacto alcanzó a ambas ruedas delanteras hacia la derecha y el volante giró en las manos del individuo que lo empuñaba.

El caucho chilló. El auto viró. Topó con la puerta del garaje. El topetazo y los gritos de los hombres que había dentro formaron una algarabía explosiva.

Las puertas del garaje eran frágiles y el auto salió al exterior.

El chofer pensó rápidamente. Enderezó frenéticamente el volante y patinó en la callejuela. Pisó el acelerador; el vehículo armó un ruido infernal y salió disparado.

Doc Savage corrió hacia el automóvil que Monk había estacionado. Pero no encontró las llaves. Monk las tenía y las perdió durante la escaramuza.

Los dos bandidos y su coche desaparecieron antes de que se pudiera organizar la persecución.

Doc Savage volvió a la columna donde Monk y la otra víctima estaban amarrados. Ham desataba al aturdido químico.

El abogado preguntó:

—¿Qué ha sucedido, Monk?

—Vi a un sujeto que actuaba de una manera extraña —rezongó el simiesco químico—. Le seguí y entonces él y sus compinches me atraparon.

—Así lo veo —comentó Ham, secamente.

—Los dos bandidos iban a matar a este individuo —explicó Monk, sin hacer caso del sarcasmo—. Debieron creer que yo me había percatado de ello y quisieron suprimirme.

Los dedos metálicos del gigante de bronce agarraron las ligaduras que aprisionaban al individuo de cabello gris y pantalones bombachos, que estaba al lado de Monk.

Las cuerdas eran de media pulgada de grosor y los nudos muy difíciles de desatar. Doc Savage las rompió; sus dedos bronceados, semejantes a cables, realizaron la asombrosa hazaña sin gran dificultad.

Sostuvo en pie a la figura inerte. Un hematoma ominoso aparecía detrás de la oreja izquierda del hombre desvanecido. Sus párpados empezaron a moverse. El rostro del hombre inconsciente era angular. Más lo sorprendente era su cutis juvenil, casi infantil. Sin embargo, sus cabellos grises le daban la apariencia de ser un hombre de edad avanzada.

Tenía los ojos vidriosos, pero sus labios empezaron a moverse.

—Visto que los interfectos, habiendo obrado con intenciones malignas...—. Las palabras se hicieron ininteligibles.

Monk comentó despectivamente:

—Me suena a jerga de abogaducho.

Doc Savage sacudió suavemente al individuo de cabellos grises y al cabo de un rato los ojos del hombre empezaron a perder su aspecto vidrioso.

Se enderezó y, cuando Doc lo soltó, quedó en pie tambaleándose

un poco.

Parpadeó.

Gritó, con voz ronca aunque algo apagada:

—¡Doc Savage! ¡He visto sus fotografías!

El gigante de bronce movió ligeramente la cabeza:

—¿Y usted?

—Me llamo Montgomery Medwig Pell —dijo el hombre.

—¡Caspita! —exclamó Monk—. ¡Este es el sujeto que nos telegrafió desde Los Ángeles!

—¿A qué obedece el ataque a usted? —preguntó Doc Savage.

—Lo ignoro —respondió el hombre de los cabellos grises y cutis juvenil.

—¿Quiénes eran los atacantes?

—Jamás los había visto antes de ahora —declaró Pell.

El abogado, alto, flaco y cargado de hombros, señaló con una mano en dirección de la parte superior del edificio. Sugirió:

—¿Por qué no suben a mis oficinas? Será más fácil hablar allí, y quizá más seguro.

El abogado de cabellos grises abrió la marcha hacia una puerta situada en un rincón del garaje, y ascendiendo una escalera llegó al vestíbulo del primer piso, donde un solitario ascensor les llevó arriba.

Las oficinas de Montgomery Medwig Pell querían dar el efecto de holgura.

Las dos habitaciones eran grandes, pero tenían muy pocos muebles. Unas cuantas mesas y sillas baratas. La instalación era poco impresionante.

El despacho interior contenía un armario lleno de libros de leyes que parecían haber sido adquiridos de segunda mano.

Pell, con aire cansado, se hundió débilmente en un sillón, junto a una mesa de escritorio. Veíase polvo en las partes de la mesa no usadas.

Doc Savage esperó que Pell empezase a hablar. Cuando el abogado no dio señales de hacerlo, el gigante de bronce inquirió:

—¿Nos llamó usted a Nueva York?

Montgomery Medwing Pell fue derecho al grano.

—Lo sucedido es lo siguiente —dijo—. Hace una semana recibí un paquete y una carta. Esta es la carta.

Rebuscó entre unos papeles y entregó una hoja escrita a máquina:

“Montgomery Medwig Pell.

“Oficina 720, Edificio Oeste

“Los Ángeles, California.

“Muy señor mío:

“Necesito sus servicios para un asunto extraordinario. Incluyo la suma de cinco mil dólares. Confío en que la cantidad será satisfactoria.

“Mi vida está en peligro. Las vidas de otras personas también corren peligro. Estamos a punto de ser víctimas de una cosa terrible e increíble. Más esta carta no es de explicación.

“Probablemente cree usted que estoy loco. Los cinco mil dólares son para convencerle de lo contrario.

“Actualmente, no se me ocurre más que una persona que sea capaz de ayudarme, a mí y a los otros. Se trata de un hombre que está consagrado a socorrer a las personas que se encuentran en un trance apurado. Este hombre se llama Doc Savage.

“Haga el favor de conseguir la ayuda de Doc Savage. Guarde el paquete adjunto hasta recibir instrucciones. No lo abra.

“Le telefonearé más adelante.

“Suyo atento seguro servidor.

“A. Espíritu.”

—Eso —comento Monk—, no nos aclara nada.

Pell suspiró:

—A mí tampoco.

Preguntó Savage:

—¿Sabe usted algo más?

—Poca cosa —respondió Pell—. El día siguiente, el individuo que escribió la carta telefoneó preguntando si venía usted. Le contesté afirmativamente. Me dio instrucciones en el sentido de alquilar un compartimiento en la cámara acorazada de la Compañía del Trust del Cine para depositar allí el paquete.

—¿Lo había usted abierto?

—¡Oh, no! La carta indicaba que no lo abriese.

—¿Dónde está el paquete ahora?

—Seguí las instrucciones y lo deposité en la Compañía del Trust del Cine.

—¿Qué debía usted hacer finalmente del paquete?

—A eso iba. Debía entregárselo a usted, a su llegada. Y eso, señores, es cuanto sé de este asunto misterioso. Ignoro en absoluto por qué motivo trataron de asesinarme hace un rato esos hombres. No me lo explicaron.

Doc preguntó:

—¿Mencionó, por casualidad, ese A. Espíritu su nombre entero?

Pell enarcó las cejas.

—¡Oh, sí! Alcanfor Espíritu.

—¿Qué? —aulló Monk.

—Alcanfor Espíritu. Extraño, ¿eh? Evidentemente es un nombre falso.

—¡Doc! —rugió Monk—. ¡Aquella substancia del aeropuerto, aquella que se metió en tu traje estratosférico, olía a alcanfor!

—Alcanfor Espíritu —repitió lentamente el gigante de bronce—. El nombre puede tener un significado.

—Me resulta desconcertante— murmuró Montgomery Medwig Pell.

Doc sugirió:

—Quizá el paquete que usted depositó en el Banco nos aclare alguna cosa.

Pell se levantó de su desvencijado sillón.

—¡Es una idea excelente! —exclamó.

Monk le miró ceñudo:

—Parece que siente usted un alivio.

—Le aseguro —murmuró Pell—, que me alegraré cuando este asunto salga de mis manos, lo cual será tan pronto como transfiera el paquete a ustedes.

Doc Savage abrió la marcha hacia el pasillo. Dado que los otros tardaban en seguirle —Monk y Pell estaban un poco aturridos aun —, el gigante de bronce esperó un momento. Sus ojos dorados escudriñaron el corredor.

Doc se había habituado a mantener una vigilancia permanente. Los ojos del hombre de bronce se posaron en una grieta del techo del pasillo.

Aquella grieta era peculiar. Era muy larga, partía de un lugar cerca de la puerta de Pell, cruzaba el techo y descendía hasta la parte superior de una de puerta situada enfrente de la oficina del abogado.

Monk, Ham y Pell salieron al pasillo. Doc les acompañó al ascensor.

Bajaron en silencio.

En el vestíbulo, vulgar y presuntuoso del edificio, Doc Savage habló.

—Esperad aquí —ordenó.

Los otros le dirigieron una mirada interrogante.

Monk empezó:

—Pero, qué...

Doc Savage ya había desaparecido, subiendo la escalera que zigzagueaba cerca del ascensor. El hombre de bronce subió velozmente al piso de las oficinas del abogado Pell. No penetró temerariamente en el pasillo; se detuvo, fuera del alcance de la vista.

Una mano bronceada se introdujo en un bolsillo y extrajo un objeto parecido a una pluma estilográfica. Un tirón dado a un extremo del objeto lo alargó adquiriendo forma de telescopio.

Había cascos desmontables en ambos extremos. El ingenioso objeto se transformaba en telescopio, microscópico o periscopio, alterando simplemente las lentes.

Doc Savage lo empleó de periscopio para examinar el pasillo. El aparato reveló la figura de un hombre corpulento que salía de la puerta de enfrente de las oficinas de Pell, la puerta adonde iba a parar, según Doc observara, la extraordinaria grieta del techo.

El individuo corpulento actuaba de una manera furtiva. Corrió hacia la ventana del fondo del pasillo, mirando con frecuencia sin descubrir el periscopio.

Era uno de los sujetos que intentaron asesinar a Monk y a Pell en el garaje.

Alzó la ventana, se escurrió por ella y desapareció, probablemente por una escalera de incendios.

El gigante de bronce avanzó rápida y silenciosamente. Sacó un cortaplumas.

Introdujo una hoja en la grieta del techo. Un alambre finísimo apareció a la vista. Este alambre iba de la oficina de Pell una habitación del otro lado del pasillo.

La habitación del otro lado del pasillo contenía una cajita con un aparato, un tubo amplificador adonde iban a parar los alambres del

micrófono. También había unos auriculares.

CAPÍTULO III

EL SEGUNDO CADÁVER

DOC Savage no se entretuvo en examinar más detenidamente la ingeniosa instalación con la cual el espía, escondido en la habitación del otro lado del pasillo, debió oír palabra por palabra todo en cuanto se dijo en la oficina de Pell.

El gigante de bronce descendió, silencioso como un fantasma, por el pasillo y llegó a la ventana por donde desapareciera el corpulento espía.

Unas barras metálicas, casi invisibles en el exterior, indicaban el medio que utilizara para huir: una escalera de incendios.

Había una callejuela abajo. Doc descendió.

Al llegar a la callejuela, se deslizó hacia la entrada.

Se detuvo un momento, antes de llegar a la acera, y usó el periscopio.

El fugitivo se dirigía precipitadamente hacia una calle transversal. Volvía con frecuencia la cabeza para mirar hacia atrás. Estaba nervioso. Esto no facilitaría seguirle el rastro.

El individuo penetró en una farmacia, en la esquina.

Doc Savage no abandonó su cautela, pues no era improbable que el sujeto hubiese recurrido al ardid de entrar en la farmacia para observar por el escaparate si le seguían los pasos.

El gigante de bronce se arrimó a la fachada, al aproximarse al escaparate iluminado de la farmacia, y luego usó de nuevo el periscopio.

Dentro, mirando con ansiedad por el escaparate, estaba el tipo corpulento.

Doc tenía inmóvil el tubo del periscopio. El sujeto no lo había visto y era dudoso que lo viese, si Doc no lo movía.

El hombre parecía estar vigilando atentamente alguna cosa, algo que debía estar en el otro lado de la calle. Doc apartó la vista del tubo del periscopio y, volviendo la cabeza ligeramente, escudriñó la calle.

En el otro lado, cerca de la esquina, había un *cupé* negro, junto al borde de la acera. El motor estaba en marcha, más tan silenciosamente, que aun los oídos finísimos de Doc apenas percibían sus runruneos. El coche estaba a oscuras.

Permaneció envuelto en la obscuridad tan sólo un instante. De pronto el interior se llenó de una haz de luz. Este fue seguido de otro destello más largo, pero también débil.

¡La luz del techo del vehículo se usaba para señalar con clave Morse!

De la persona de dentro del *cupé* encendía y apagaba la luz del techo, apenas se veía nada.

El *cupé* se puso de repente en movimiento. Descendió velozmente por la calle y luego desapareció.

Doc Savage concentró la atención en el periscopio y en el individuo que entró en la farmacia. El sujeto ya no observaba por el escaparate: dirigíase a la parte posterior del establecimiento. Caminaba presuroso.

El establecimiento seguía la costumbre corriente de vender desde trajes de baño hasta mangueras para jardines. El individuo adquirió una caja de papel y sobres de color rosa.

Llevó sus compras a una cabina telefónica situada en la parte trasera. Sacó una hoja de papel y un lápiz y empezó a escribir, con marcada dificultad.

Finalmente cogió el listín para colocarlo debajo del papel donde escribía.

Metiendo la hoja de papel en uno de los sobres color rosa, el individuo salió de la cabina telefónica. Dejó la caja de papel y sobres en la cabina. Salió del establecimiento por una puerta lateral.

Doc Savage entró seguidamente por la puerta principal. El hombre de bronce fue directamente al locutorio telefónico y cogió el listín de teléfonos que el individuo usara a modo de carpeta.

Arrancó la cubierta, dobló la gruesa hoja, y se la guardó en un bolsillo.

Un instante después, examinaba cautelosamente la puerta por

donde el sujeto había salido. El individuo corría por una calle transversal.

Un taxi se hallaba estacionado en una esquina distante. El individuo abrió la portezuela trasera y subió. El vehículo se puso en marcha.

Doc Savage giró la vista a su alrededor buscando otros taxis. No había ninguno a la vista.

Unos arbolillos bordeaban la acera, arrojando sombras que obscurecían más aún la calle. El hombre de bronce echó a correr al amparo de las sombras proyectadas. En perfecto estado físico y dotado de músculos desarrollados por una vida de entrenamiento intenso.

Doc Savage era un corredor extraordinario. Era capaz de correr a una velocidad que algunos calificaban de sobrehumana.

Sin embargo, su velocidad era fabulosa solamente al comparársela con la del límite de otros hombres. Opuesta a un automóvil, era superada. El coche empezó a distanciarse gradualmente.

A tres manzanas de distancia, apareció una luz de tráfico roja. El vehículo se detuvo. Doc empezó a recuperar el terreno perdido. El coche prosiguió su marcha. Doc aumentó su velocidad y, de pronto, ocurrió lo inesperado.

El individuo se apeó del taxi. Doc le divisó cuando buscaba refugio en la obscuridad de la acera.

El vehículo viró en medio de la calle y volvió, pasando bajo un farol. El chofer tenía en la mano el sobre rosa.

Y un fajo de papel verde. Billetes de Banco. No era difícil adivinar la relación existente entre el sobre y el dinero. Habían pagado al chofer para que entregase la carta.

Se oyó el ruido de un automóvil que se aproximaba. Doc Savage vio el coche un instante después. Era el mismo *cupé* negro que estuvo estacionado delante de la farmacia telegrafianto con la luz del techo.

El vehículo entró en la calle, como si fuera a recoger al individuo que Doc seguía.

El coche tenía que pasar forzosamente delante del hombre de bronce; y Doc, mirando atentamente, observó el rostro del conductor. Su parte inferior aparecía surcada de gruesos pliegues,

como si fuesen de caucho. Era la cara de otro de los hombres que escaparon del garaje del Edificio Oeste, después de intentar el asesinato de Monk y del abogado Montgomery Medwing Pell.

El gigante de bronce salió de las sombras, cruzando diagonalmente la calle en dirección del automóvil y del hombre que se disponía a recoger. No intentó ocultarse. Quería que le viesen. Hasta gritó.

El hombre que Doc Savage seguía giró velozmente sobre sus talones al oír el grito. Vio a la gigantesca figura de bronce que se precipitaba sobre él.

Comprendió al instante el significado de la situación. ¡No podía llegar al *cupé* antes de que Doc le cortase el paso!

El bandido lanzó un alarido de terror, abandonó la idea de llegar al auto y huyó. Sacó un revólver y empezó a disparar hacia atrás por encima del hombro, tan alocadamente que únicamente por suerte podría haber tocado a alguien.

El conductor de cara híbrida también esgrimió un revólver. No demostró en su puntería la negligencia de su compinche. Lenguas de fuego y estruendo de detonaciones surgieron del coche con medida precisión.

Doc notó moverse el aire frío y el silbido de una bala que le rozó la cara.

Viró, buscando las sombras. El revólver del *cupé* tronó cinco veces, evidentemente todos los cartuchos que tenía, y luego sucedió un silencio sepulcral.

El chofer de la cara híbrida asomó la cabeza por la ventanilla del automóvil y llamó al fugitivo.

Gritó:

—¿Sabes adónde tienes que ir?

—¿Adónde? —chilló el fugitivo, sin moderar la marcha.

—¡Al lugar donde te señalé con la luz del techo! —aulló el sujeto del *cupé*.

Después de esto, el coche se puso en marcha. Despareció del lugar en el espacio de unos segundos.

El individuo que Doc seguía, llegó a una callejuela. Al entrar en ella, se volvió para observar a qué distancia se encontraba el hombre de bronce.

Mirar por encima del hombro, mientras se corre es una proeza

que exige cierta facultad de coordinación y agilidad. Este individuo carecía de una u otra, pues tropezó y cayó en la callejuela con un chillido y un ruido sordo.

Se incorporó inmediatamente y continuó corriendo calle abajo.

Doc llegó a la entrada de la calle. Entró rápida pero cautelosamente.

De pronto percibió el olor.

Este era débil, tan tenue que al intentar comprobarlo tan sólo molestaba a la nariz. El agudo olfato del gigante de bronce necesitó un momento para identificarlo.

¿Alcanfor o bolitas de alcanfor para la polilla?

Esto lo describía lo más exactamente posible, aunque cierta vaga diferencia inducía a sospechar que no era ninguna de estas dos cosas.

Doc moderó la marcha, casi deteniéndose. La única luz de la callejuela era el resplandor amarillento de una lámpara que ardía en la trastienda de algún establecimiento.

De pronto se oyó un sonido que puso en movimiento al hombre de bronce.

Era un sonido vibrante, que hacía pensar en la hoja de una navaja de afeitar rechinando sobre cristal. El chillido de un hombre. Un chillido de terror que provenía de un poco más adelante.

Percibíanse ruidos de pisadas, no sonidos hechos por un hombre que caminase o corriese. Los agudos chillidos se tornaron de pronto más débiles.

La víctima debió meterse en una de las casas de la callejuela.

Doc Savage tardó la fracción de un segundo en encontrar la puerta por donde salían aún los gritos.

La puerta estaba cerrada con una barra, por dentro. Era gruesa. Doc arrimó el hombro y empujó con fuerza. La víctima debió oír a Doc en la puerta.

Chilló:

—¿Quién hay?

Había, quizá, una serie de razones por las cuales Doc Savage no debía darse a conocer; más el hombre de bronce, considerándolas rápidamente en todos sus aspectos, juzgó que no valía la pena de tenerlas en cuenta.

Contestó:

—¡Doc Savage!

Si el gigante de bronce esperaba que la víctima que se hallaba dentro de asustase o guardase silencio al oír la información, recibió una sorpresa.

El individuo chilló:

—¡Savage! *¡Esta cosa maldita trata de matarme!*

El extraño olor, semejante al de las bolitas de alcanfor para la polilla, aunque diferente, era muy fuerte.

—¡El Diablo de Ágata! —chilló de repente el hombre que estaba dentro—. Ha estado asesinado... por todo el mundo... va a matar... tiene el plan... vaya al Siete Solar...

Se interrumpió y chilló poseído de profundo terror. Se oyó el ruido de pies que pateaban, como si luchase frenéticamente.

Doc volvió a atacar la puerta. Esta resistió.

—¡El Diablo de Ágata! —chilló de nuevo el hombre que había dentro—. ¡Savage! Vaya a Siete Solar... Siete Solar...

Fue todo lo que dijo.

Mientras el gigante de bronce golpeaba en la puerta con una fuerza que tan sólo unos músculos de acero podían resistir, los gritos del hombre fueron apagándose, como si algo le hubiese arrastrado y metido en un agujero profundo.

Luego apareció la luz fantástica.

El resplandor amarillo, la misma luz siniestra que Doc viera en el aeropuerto, más sobrenatural aun.

Tan sólo alrededor de los bordes de la puerta era visible aquella luz diabólica. Doc intentó escudriñar por aquellas hendiduras, pero estos resquicios estaban situados de forma tal que le fue imposible hacerlo.

El misterioso resplandor desapareció. No hubo ningún ruido ni conmoción.

La fantástica luz simplemente se desvaneció y una oscuridad completa la sustituyó. Reinó un silencio de tumba.

Por la callejuela se empezaron a oír los ecos del ruido de pies que corrían.

Estos ruidos se aproximaron al gigante de bronce, proviniendo de la calle.

Tres hombres corrían furiosamente, a juzgar por el ruido.

Un instante después, los recién llegados aparecieron: Monk y

Ham; seguidos por el abogado Pell.

Aulló Monk:

—¡Doc! ¿Eres tú?

Aquí estoy —respondió el gigante de bronce.

—¿Qué demonios ocurre? —inquirió Monk—. ¿Esos chillidos?
¡Los oímos en la casa de Pell! ¡Parecía que alguien estaba asustado!

Doc Savage no dio ninguna explicación. Dijo:

—Tenemos que abrir esa puerta.

El hombre de bronce sacó de un bolsillo un estuche de cuero. El estuche contenía algo que parecían ser agujas, aunque más largas y curvadas, de formas diversas y extrañas.

Era el equipo de ganzúas que el gigante bronceado llevaba siempre. Empleó las especies de agujas en la puerta que tenía una fuerte cerradura con muelle.

Al cerrar con violencia la puerta el fugitivo, el pestillo pasó automáticamente al cerradero.

Transcurrieron varios minutos, durante los cuales no se oyó más que el leve chirrido del instrumento de Doc. Luego la puerta se abrió.

La oscuridad era tan densa en el interior que parecía salir por la abertura.

En las facciones bronceadas de Doc Savage no se dibujó ninguna emoción al franquear el umbral.

El lugar se inundó de luz radiante cuando Doc encontró un interruptor.

Monk, Ham y Pell entraron cautelosamente.

Era una habitación mísera, al parecer deshabitada desde hacía mucho tiempo. En el instante que Monk y Ham penetraron en el interior, se detuvieron en seco. También Pell pareció quedarse helado.

—¡Demonio! —exclamó Monk, roncamente.

Todos miraron lo que había en el suelo.

Era un hombre, un cadáver.

El rostro del muerto era el del individuo corpulento que Doc persiguió al sorprenderle espiando delante de las oficinas del abogado Pell.

Las facciones del muerto aparecían contorsionadas de una manera horripilante. Sin embargo, no fue el rostro lo que llamó la

atención de Monk y Ham y les impresionó; también se puso pálido y tembloroso Pell.

El pecho del cadáver presentaba un agujero. Podía haberse introducido fácilmente el brazo de un hombre.

Monk apuntó hacia el suelo de cemento de la habitación y gritó:
—¡Mirad!

En el suelo aparecía erguido un diablo de ágata.

CAPÍTULO IV

LA TRAMPA DE LA CAMARA ACORAZADA

LOS ojillos del simiesco Monk parecían desorbitarse cuando contemplaba la diminuta estatua.

—El aeropuerto... ese boquete del pecho... el diablo rojo —Monk se expresaba con dificultad—. ¿Observaste aquel resplandor de luz, también, Doc?

—La luz brilló un instante —confirmó el gigante de bronce.

Todos miraron el diablillo de escarlata. Era un objeto impuro, satánico.

La estatuilla no podía tener más de seis pulgadas de altura. Veíanse en torno de ella lo que parecían ser gotas de piedra fundida; y a sus pies humeaba aún un charco pequeño.

Monk se aproximó, alargó la mano hacia el diablillo y luego la retiró bruscamente.

Murmuró:

—¡Quema como... el infierno!

—Registrad el lugar —indicó Doc.

La casa no era vieja, pero su dueño la tenía abandonada y evidentemente no había estado habitada desde hacía mucho tiempo. La inspeccionaron minuciosamente.

No encontraron nada.

Monk se asomó a la callejuela y olisqueó con curiosidad. Dijo:

—Todavía se nota el olor a alcanfor.

—De bolitas para la polilla —corrigió Ham.

Monk frunció el ceño. —Tú eres muy sabio... y quizá puedas explicarme lo que le ocurrió al tipo que está “fiambre”, dentro. ¿Cómo entró ahí ese diablillo escarlata? ¿Y que significa?

Ham, antes que confesarle a Monk que lo ocurrido le tenía

perplejo, dio media vuelta y se alejó.

Monk entonces miró ceñudo al abogado Montgomery Medwing Pell.

Interpeló:

—¿No sabe usted nada de esto?

El abogado se retorció las manos.

—¡Nada en absoluto! ¡Ojalá no me hubiese metido nunca en este asunto! ¡Todo esto es muy embrollado y aterrador!

Monk volvió a la habitación donde yacía el muerto y encontró a Doc Savage arrodillado en el suelo.

El gigante de bronce había derribado al diablillo de ágata escarlata y estaba usando un microscopio de bolsillo —el periscopio transformado mediante la sustitución de las lentes —para examinar la repulsiva estatuilla.

Del objeto escarlata, Doc desvió la mirada y la posó en el rostro del muerto.

Monk tragó saliva varias veces y luego tartamudeó:

—No me digas que...

—Exactamente lo mismo que en el aeropuerto —le dijo Doc—. La cara de esta estatuilla satánica es igual a la del muerto.

—Es lo más raro que he visto en mi vida —gruñó Monk.

El hombre de bronce levantó la estatuilla escarlata. La envolvió en un pañuelo, cuyas puntas anudó, y se la llevó al dirigirse hacia Montgomery Medwing Pell.

—¿Sabe usted, por casualidad, por qué razón este difunto, antes de su muerte, escuchaba con un dictógrafo lo que se hablaba en su oficina? —preguntó Doc Savage.

La reacción operada en el abogado al oír estas palabras fue sorprendente.

Cerró los ojos, dejó caer sus brazos rígidamente a sus costados y crispó los puños. Cayó hacia atrás, como se desploma un árbol.

Doc Savage le cogió a tiempo y lo tendió suavemente en el suelo.

—¿Qué le pasa? —inquirió Ham, con ansiedad.

—No ha podido digerir el incidente —diagnosticó Monk, que no conocía absolutamente nada de medicina—. ¡Muchacho, por poco más yo me desmayo también!

Breves instantes después, el abogado empezó a parpadear. Poco

a poco, se incorporó vacilante.

—Me parece que no puedo... tomarlo —murmuró, débilmente.

—Será mejor que se marche a su casa —sugirió Doc Savage.

—¡No, no! —Pell rechazó con sorprendente vigor la sugerencia—. Ya me encuentro perfectamente bien...

El hombre de bronce asintió con la cabeza y guardó silencio un momento.

Finalmente preguntó:

—¿Dónde está la Compañía del Trust del Cine?

—En el barrio comercial —informó Pell—. Puedo acompañarle.

Monk intervino:

—Los Bancos no están abiertos a esta hora.

El abogado Pell movió negativamente la cabeza y dijo presuroso:

—Se equivoca. El Trust del Cine permanece abierto día y noche. Está cerca de unos estudios cinematográficos que trabajan veinticuatro horas por día. También hay turnos de noche en una fábrica cercana. El Trust del Cine está abierto para que usen sus servicios esos trabajadores.

Una sirena de la policía empezó a gemir en la lejanía. Era evidente que se aproximaba.

Ham dijo secamente:

—Alguien ha telefoneado a la policía. Probablemente alguien que oyó los gritos y los disparos.

—Nos marcharemos —anunció Doc Savage bruscamente—. Podemos dar explicaciones a la policía más tarde.

Salieron precipitadamente del lugar. Al llegar a la calle, observaron que Montgomery Medwing Pell lanzaba miradas cautelosas a su alrededor, escudriñando la obscuridad de las calles débilmente iluminadas.

Monk le preguntó:

—¿Se le ha perdido algo?

—Mi coche, el que ustedes tomaron en el aeropuerto. Podemos ir en él en lugar de tomar un taxi.

El automóvil estaba detrás del edificio donde Pell tenía sus oficinas y con Montgomery en el volante, atravesaron varias calles que al principio estaban silenciosas; más al acercarse al barrio bancario, se notó más movimiento y ruidos.

—Al Hotel Martel— ordenó Doc Savage.

A este hotel había ordenado el gigante de bronce que llevaran sus equipajes.

El Hotel Martel no era un establecimiento muy grande, pero tenía fama de ser uno de los mejores de la ciudad. No precisamente de lujo. La calidad del Martel se debía a la dirección que rechazaba a la gente del hampa.

Doc Savage, al preguntar en la oficina, supo que habían subido su equipaje a un departamento de cuatro habitaciones del último piso. Subieron en el ascensor. Al acercarse a la puerta del departamento, empezaron a oír ruidos.

Los ruidos eran de dos clases. Uno era chillón, casi humano. Los otros eran gemidos y chillidos.

En cuanto los oyó, Monk se indignó. —¡Ese condenado *Química*! —gruñó—. ¡Está molestando a *Habeas Corpus* otra vez!

El elegante Ham se llenó de júbilo.

Entraron en el piso.

En el gabinete veíanse numerosas cajas metálicas y unas cuantas maletas.

Las cajas metálicas contenían el equipo de Savage: innumerables instrumentos científicos que usaba con frecuencia. Las maletas, desde luego, contenían ropas.

—¡Eh! —aulló Monk, avanzando precipitadamente—. ¡Condenado *Química*! ¡Voy a degollarlo!

Química resultó ser un mono sin cola, de aspecto extraordinario por el notable parecido que tenía con Monk.

Química pertenecía a Ham. Adquirió el mico en América del Sur, en la república de Santa Amoza, en una expedición acompañado a Doc Savage.

Química estaba atado con una cadena a la pata de una silla, pero la cadena era lo bastante larga para que pudiera capturar a *Habeas Corpus*.

El mono tenía cogido al cerdo por una oreja descomunal y estaba arrancando laboriosamente las cerdas del animal, como si esperase encontrar alguna cosa dentro.

Habeas Corpus era el cerdito favorito de Monk. Este lo encontró en Arabia.

Habeas poseía ciertas cualidades características, muy personales. Tenía unas orejas de elefante, una nariz enorme y curiosa, un

cuerpo sin importancia y unas patas de longitud asombrosa.

—¡Aparta tu animal del mío! —bramó Monk, lanzando un puntapié, que erró, al mono.

Ham rugió indignado:

—¡Cuidado con tocarle!

Y parcialmente desenvainó su famoso estoque.

Química y *Habeas Corpus* se llevaban tan bien como Ham y Monk.

Doc Savage no prestó atención a la disputa de sus dos ayudantes. Estaban siempre riñendo.

De un bolsillo extrajo la cubierta del listín de teléfonos que cogiera en la farmacia. Sobre esta cubierta, el hombre que murió después, había colocado el papel para escribir la carta que el chofer se llevó.

Acto seguido, el gigante de bronce abrió una de las cajas metálicas que contenían su equipo. Sacó un frasco de polvos blancos que echó encima de la cubierta del listín formando una película. Luego sacudió los polvos.

De la misma caja sacó un pequeño proyector de luz ultravioleta. Obscureció el cuarto y proyectó los rayos ultravioletas sobre la cubierta del listín de teléfonos.

Los resultados podrían haber sorprendido a una persona que no estuviese familiarizada con los métodos científicos modernos.

La escritura se hizo visible en delgadas líneas fosforescentes. Todos se agolparon alrededor para descifrarlo.

“Savage y sus hombres han sido informados del compartimiento número 1772 del Trust del Cine. Será mejor que os adelantéis.”

La nota no estaba firmada.

Montgomery Medwig Pell se quedó estupefacto al observar la manera cómo se había descifrado la escritura y preguntó:

—¿Cómo ha conseguido usted este resultado?

El gigante de bronce explicó:

—La punta del lápiz oprimió las fibras de papel. Los polvos blancos son de un tipo que brillan cuando se les somete a una luz ultravioleta. Esa es una propiedad vulgar. La aspirina corriente la tiene, entre otras sustancias. Los polvos quedaron en la depresión, en muchos casos en cantidades invisibles a simple vista, y la luz ultravioleta los hizo aparecer.

Monk gruñó:

—Estoy pensando en que sería mejor que nos pusiésemos en marcha para ir a ese Banco.

—¡Bien pensado! —dijo el hombre de bronce.

El Trust del Cine no era un Banco grande. Estaba metido entre otros edificios mayores.

Doc Savage abrió la marcha en dirección del vestíbulo de mármol del Banco. Todo presentaba allí un aspecto normal y soñoliento. Había cajeros en varias ventanillas.

Veíase también un buen número de hombres corpulentos con uniforme gris: guardas. Sin duda, el hecho de que el establecimiento estaba abierto de noche aumentaba la posibilidad de un robo y, en consecuencia, el aumento de las fuerzas de guardias. En el fondo del vestíbulo, un rótulo anunciaba:

“CAMARA ACORAZADA”

Doc Savage y sus acompañantes pasaron por debajo del rótulo, bajaron por una escalera y se encontraron frente a un guardia delante de un enrejado de alambre.

La puerta de este enrejado estaba cerrada. Al otro lado se hallaba la puerta redonda de la cámara acorazada, por la cual veíanse hileras de compartimientos. El hombre de bronce exhibió las credenciales que el abogado Pell le había facilitado. El guardia reflexionó, frunció el ceño al examinar las credenciales, luego hizo un asiento en un libro y dijo:

—Haga el favor de firmar.

Doc Savage lo hizo. El guardia abrió la puerta.

Obedeciendo a un leve gesto del hombre de bronce, Monk y Ham franquearon primero la puerta. El abogado Pell les siguió.

Doc Savage hizo una cosa extraña antes de seguir a los otros tres, extraña para el que conociera bien al hombre de bronce.

Sacó una pipa de un bolsillo y se la colocó entre los dientes. La acción era sorprendente porque nadie le había visto fumar.

Existía un motivo para usar aquella pipa. En torno de la cabeza hueca había un aro de metal brillante. Esto parecía ser, a simple vista, un adorno. Más, en realidad, la superficie brillante del aro servía de espejo.

Con la boquilla entre los dientes, Doc veía la mayor parte de lo que ocurría detrás de él.

Vio lo suficiente. El guardia uniformado les había seguido al interior cerrando luego la puerta tras sí. Les siguió a la cámara acorazada. Al llegar allí, las facciones del guardia sufrieron un cambio radical.

El individuo se volvió y cerró la pesada puerta de la cámara acorazada.

Luego se llevó una mano a un bolsillo para sacar una pistola.

Doc Savage se agachó y asiendo con ambas manos los bolsillos del hombre vestido de uniforme, dio un tirón. El individuo cayó de espaldas al suelo.

La caída hizo que la pistola del individuo se disparara. La detonación fue ensordecedora en el recinto de la cámara acorazada. Aturdido, el guardia intentó apuntar a Doc Savage.

No se produjo una segunda explosión. En lugar de ello, se oyó un ruido menos fuerte: el golpe seco del puño de bronce descargado en la mandíbula del individuo, que se desplomó, desvanecido, al suelo.

—¡La puerta de la cámara acorazada! —rugió Monk—. ¡Estamos encerrados!

Doc Savage se había lanzado con pasmosa agilidad para asestar el golpe.

Luego se enderezó y se aproximó a la puerta. Esta tenía un dispositivo para que, si algunos ladrones encerrasen a los empleados del Banco, éstos pudieran recobrar la libertad por sí mismos.

Doc abrió la puerta.

Una pistola fue disparada fuera, y el tiro retumbó como un trueno en los sótanos del Banco. Una bala atravesó el enrejado de alambre y penetró en la cámara, gimiendo y silbando al rebotar.

Por la escalera, en dirección a la cámara acorazada, bajaron unos cuantos hombres vestidos de uniforme.

¡Más guardias del Banco! Disparaban mientras bajaban.

—¡Hemos atrapado al ladrón! —tronó Doc Savage.

Los guardias continuaron disparando.

—¡Achicharrad a ese hombre de bronce! —chilló uno.

—¡Nos han cogido en una trampa! —bramó Monk—. ¡Esos pistoleros vienen a matarnos!

Monk y Ham sacaron unas armas de debajo del brazo. Pistolas parecidas a las automáticas de grueso calibre, pero realmente eran

pistolas que disparaban a gran velocidad.

Disparaban balas del tipo comúnmente llamadas “balas compasivas”, que simplemente privaban de conocimiento sin infligir nada más que una herida superficial.

Las armas de aspecto grotesco empezaron a vibrar y a gemir como un violoncello gigantesco.

Dos de los hombres vestidos de uniforme que bajaban por la escalera lanzaron un grito, dieron media vuelta e intentaron huir.

Pero la substancia química que contenían las “balas compasivas” operó con rapidez. Los individuos se desplomaron, rodando escaleras abajo.

La caída de dos miembros del grupo produjo un marcado efecto en los otros hombres vestidos de uniforme. Hubo un pánico súbito y una huída precipitada. No obstante, cogieron a los dos caídos y se los llevaron a rastras.

—¡Esos individuos son unos bandidos! —rugió Monk—. ¿Dónde están los verdaderos guardianes del Banco?

Monk y Ham se lanzaron hacia la escalera, ascendieron agachados, con las pistolas automáticas preparadas.

Asomaron la cabeza por encima del peldaño superior y luego se agazaparon cuando las pistolas ladraron y las balas les pasaron silbando cerca.

El gigante de bronce corría por un pasillo, a la derecha de la cámara acorazada. Encontró unas escaleras. Subió y desapareció.

Sonó una especie de silbido y empezó a caer vapor de unos respiraderos pequeños del techo.

Monk y Ham empezaron a jadear, ahogándose, mientras estaban agazapados en los peldaños de la escalera.

Monk gritó:

—¡Gases lacrimógenos!

Los gases provenían de unos dispositivos de protección de reglamento, que usan los Bancos. Uno de los falsos guardianes debió manipular los controles que libraron los gases.

El conocimiento de que los gases les cegarían pronto, indujo a Monk y a Ham a cometer un acto desesperado. Se enderezaron y cargaron contra sus enemigos. El movimiento no era del todo, suicida, pues Monk y Ham llevaban prendas interiores protectoras que las balas no traspasaban.

Habitualmente las usaban en empresas peligrosas y en esta ocasión se las pusieron en el hotel.

Se quedaron sorprendidos cuando ningún disparo saludó su aparición.

Escudriñaron con ojos llorosos y vieron lo inesperado. Los atacantes vestidos de uniforme huían precipitadamente por las puertas principales del Banco.

Varios automóviles se acercaron al bordillo de la acera. Los falsos guardias subieron y los coches salieron disparados.

El gigante de bronce, que había subido por otra escalera, se aproximó al automóvil de Pell. Iba a subir pero no lo hizo y fue a la parte trasera.

El depósito de gasolina había sido pinchado. Todo su contenido se había perdido; yacía por el suelo de la calle.

—¡Esto —gruñó Monk—, nos imposibilita la persecución!

En efecto. No encontraron otro coche.

No robaron el Banco. Los pistoleros simplemente entraron, vencieron toda resistencia y luego obligaron a los empleados a continuar sus trabajos, como si no sucediese nada extraordinario.

Los verdaderos guardianes del Banco habían sido encerrados en el despacho del subdirector.

—¡No lo entiendo! —declaró un empleado—. Había dinero a la vista. No robaron nada. ¿Qué puede significar esto?

Monk y Ham, en la confusión, descubrieron a Doc Savage subiendo por la escalera de la cámara acorazada, con el cuerpo inerte de uno de los falsos guardias en los brazos.

El prisionero era el individuo que les abrió la puerta de la cámara y trató de aplastar con su pistola el cráneo del hombre de bronce.

Doc llevó su carga a un rincón y la depositó en una silla, de cara a una lámpara de mesa.

—¿No ha vuelto en sí todavía? —preguntó Monk.

—Aun no —respondió Doc.

Monk esbozó una sonrisa que se extendió de oreja a oreja.

—De todos modos, hemos sacado algo de la escaramuza. Hemos atrapado a ese pájaro. Él nos podrá informar del significado de este asalto.

El simiesco químico hablaba como si diera por sentado que el

hombre desvanecido hablaría al volver en sí. Conocía los medios inusitados y eficaces que Doc usaba para hacer hablar a los recalcitrantes.

En torno de ellos, los empleados del Banco se agolpaban llenos de curiosidad. La policía iba de un lado a otro, interrogando. Hubo de pronto un tumulto de voces.

Sonó un ruido fortísimo por encima de la algarabía de voces. Un agujero rodeado de una red de grietas apareció en una ventana, cerca de la silla donde el gigante de bronce había depositado al pistolero desmayado.

Era evidente que el prisionero había perdido el conocimiento. Sin embargo, hizo una cosa extraña. Saltó de la silla.

Permaneció rígido y tieso como si se hubiese convertido en una estatua.

Luego hizo un ruido sordo al desplomarse en el suelo. Un hilillo carmesí empezó a salir de su garganta.

Una mujer chilló:

—¡Lo han matado de un tiro!

—¡La bala entró por la ventana! —exclamó Doc.

El hombre de bronce se dirigió con la rapidez de una exhalación hacia la puerta. Monk y Ham le siguieron. Hicieron lo mismo varios policías.

En el otro lado de la calle, un automóvil empezaba a ponerse en marcha. Los coches de la policía, estacionados en distintas partes de la calle, tenían los faros encendidos y éstos iluminaron a los ocupantes del auto que arrancaba.

Aulló Monk:

—¡La muchacha calva! ¡Ella mató al pistolero!

—¡Su socio va con ella! —exclamó Ham.

No era posible confundirlos. La pareja del ataque del aeropuerto, la muchacha atractiva y eficiente, que era un as del *jiu jitsu*, y el individuo del cuello de pavo, iban en el automóvil.

Y era evidente que tenían verdadera prisa por alejarse de aquel lugar.

La muchacha conducía el coche.

—¡Mataron al “pájaro” de adentro para que no “cantara”! —bramó Monk.

Un instante después, parecía ser que se equivocaba.

CAPÍTULO V

EL DIABLO DE ROCA

OTRO coche había estado estacionado cerca de la esquina. Un *sedan* de grandes dimensiones se apartó del bordillo de la acera y se plantó en medio de la calle. Esta era estrecha y el *sedan* lo bastante largo para interceptar el tráfico.

Durante la fracción de un segundo, parecía inevitable que la muchacha toparía con el *sedan*.

Más la muchacha viró de repente hacia la derecha, en dirección del lugar del bordillo de la acera que dejara vacante el coche que interceptaba el paso. Su auto topó con el bordillo y saltó a la acera.

Delante mismo había un escaparate de una tienda de ropas. El coche topó con el escaparate. El topetazo fue estruendoso. Los cristales del escaparate cayeron en mil añicos por la calle. El coche desapareció dentro de la tienda.

Después de perderse de vista el coche, se oyó el rugido de su motor y el ruido de caída y rotura de vitrinas. Luego hubo un segundo estruendo de cristales rotos.

La tienda donde la muchacha se había metido con el coche estaba situada en una esquina. Ella simplemente derrumbó las vitrinas que encontró a su paso y salió por el otro escaparate.

Los cuatro neumáticos de su automóvil debieron estar deshinchados, pues el vehículo hacía un ruido sordo y grande al alejarse por una calle transversal.

—¡Esa muchacha no se amilana por nada! —cloqueó Monk.

Doc echó a correr calle abajo.

—¿Adónde vas? —gritó Monk, siguiéndole.

—¡Al coche que intercepta el paso! —respondió el hombre de bronce.

Esto recordó a Monk algo en que no había pensado antes. Esforzó la vista para intentar ver al conductor del automóvil que obstruía la calle.

El ocupante era un hombre cuyas únicas características visibles eran su vestimenta negra. Llevaba un traje negro y un sombrero negro también, lo cual no era extraordinario; pero llevaba, además, camisa y corbata negras.

El individuo tenía un rostro que recordaba a un pájaro de presa y la nariz a un pico.

El hombre de cara de ave de presa manipulaba el volante y la palanca de cambios de velocidad. El pesado automóvil saltó hacia atrás y hacia delante, enderezándose en la calle. Con un chirrido de protesta de los neumáticos, el coche se puso en marcha.

Doc Savage corría con increíble velocidad, pero hay un límite hasta para los mejores tendones. No dio alcance al coche.

El pesado auto llegó sobre dos ruedas a la esquina y desapareció en la noche.

Se oyó entonces el ruido de muchos motores, cuando los coches de la policía se pusieron en movimiento, emprendiendo una furiosa persecución.

Los autos de la policía arrancaron triunfalmente, y sus ocupantes, los agentes, iban llenos de confianza que, como luego se vio, no estaba justificada.

La persecución resultó un fracaso. No encontraron ni rastro de los dos coches fugitivos.

De vuelta al Banco, Monk y Ham se habían recobrado lo suficiente de la excitación para empezar a reñir de nuevo.

Dijo Monk:

—Mataron al pájaro ése para que no pudiéramos interrogarle. Más ¿quién era ese tipo vestido de negro y por qué se “largó” después de intentar impedir la fuga de la muchacha?

Contestó Ham, ásperamente:

—¡Toma nota para que no se te olvide! ¡Esto no tiene sentido! No tendrá ninguna explicación hasta que veamos lo que contiene la cámara acorazada.

—Me apuesto las dos orejas a que...

—Las perderás.

Monk arrojó una mirada asesina a Ham.

No resultó fácil el acceso al compartimiento. Montgomery Medwig tuvo que dar muchas explicaciones antes de que concedieran permiso a Doc Savage para entrar.

Durante la discusión, el hombre de bronce se entretuvo examinando el cadáver del falso guardián. El examen fue minucioso y no arrojó luz más que sobre un punto que le interesó.

Preguntó Monk:

—¿Qué es eso?

Doc Savage le entregó un objeto que había sacado de uno de los bolsillos del muerto. Era una caja de madera, oblonga, sin etiqueta. Tenía una tapa corrediza. Monk la abrió.

Dentro de la cajita había un puro de excelente calidad. No tenía etiqueta ni sortija; y en la caja tampoco había nada impreso.

Doc tomó el habano y la cajita y se los guardó cuidadosamente en un bolsillo.

Montgomery Pell se aproximó y dijo:

—Examinaremos ahora el compartimiento.

Este contenía un paquete, envuelto en papel de estraza, como si hubiera salido de un establecimiento de ultramarinos. El paquete tenía el tamaño de una hogaza.

Doc quitó el papel. Apareció una caja de cartón, de las que suelen usarse para los zapatos. Estaba atada con un cordón que el hombre de bronce rompió. Levantó la tapa.

—¡Demonio! —exclamó Monk.

La caja contenía tres objetos:

Uno era un frasco de un líquido parecido a jarabe, sin etiqueta.

El segundo objeto era un papel doblado.

Doc lo desdobló. Todos leyeron:

VAYA A P. E. C. 7 PARA INFORMACIÓN

—Muy aclaratorio —comentó Ham secamente.

—Esto se vuelve cada vez más misterioso —asintió Monk—. Abre esa otra cosa.

La “otra cosa” —el tercero y último objeto de la caja —estaba envuelto en algodón.

Doc Savage separó el algodón.

—¡Cielos! —exclamó Monk.

Era una estatuilla de piedra azul, tallada exquisitamente. Asemajábase a un diablo por completo, hasta en los cuernos y en la

cola.

Hubo un silencio sepulcral, mientras los hombres contemplaban los objetos.

Ham lo rompió. Sugirió:

—¡Dale el diablillo a Monk! ¡Las almas afines deben asociarse!

Monk se rascó la cabeza, pensando en una réplica mordaz, más desistió.

Gruñó:

—¡Mirad! ¡Esta estatua tiene diferente color!

Todos lo habían observado. La piedra era de distinto color y textura. Tenía el color cielo en un frío día de invierno. Era casi transparente.

Dictaminó Ham:

—Ágata.

Monk levantó en alto la imagen.

—No sé si la cara de esta estatua se parece a alguien que nosotros conocemos.

Escrutó las facciones, pero no estuvieron seguros hasta que Doc sacó una lente diminuta de bolsillo y la ofreció.

—¡Córcholis! —murmuró Monk—. ¡Es la cara de una mujer!

—¡Es la cara de la muchacha calva que encontramos en el aeropuerto!

Permanecieron un rato en silencio. Al fin, Monk agarró el frasco que había estado en el compartimiento. Declaró:

—A lo menos, yo debo averiguar lo que es esto. La química es mi fuerte.

Descorchó el frasco. El resultado fue desconcertante. ¡Hubo un silbido! Los gases salieron del frasco, a medida que el líquido se evaporaba al instante.

La sustancia roció a Monk.

Un olor parecido al alcanfor, y sin embargo distinto, llenó la cámara acorazada.

Monk emitió en aullido, soltó el frasco, giró sobre sus talones y echó a correr. Era difícil decir por qué hacía esto. Ya la sustancia le había rociado todo el cuerpo.

No sintiendo ningún mal efecto, el simiesco químico se detuvo. En sus facciones se dibujo durante unos momentos una expresión de ansiedad. Luego tartamudeó:

—Supongo que esta sustancia no es tóxica.

—Estabas muy alegre cuando abriste la botella —comentó Ham.

—¡Brrrr! —gruñó Monk—. ¿Cómo iba a saber yo lo que contenía?

—¿Lo sabes ahora? —replicó Ham.

—¡No! —refunfuñó Monk—. ¡Y no te burles, pues de lo contrario te voy a hacer papilla!

Ham se mofó:

—¡Era lo único que podía servirnos de pista y tienes que meter la pezuña para que la pista se evapore!

Montgomery Pell se había retirado al fondo de la cámara y estaba allí, de pie, tembloroso y pálido. La avalancha de incidentes emocionantes le había abrumado. Preguntó con voz temblorosa:

—¿Me necesitan para algo más, señores?

Le preguntó Doc:

—¿Puede facilitarnos alguna otra información más?

—¡No! —respondió Pell, prontamente—. Todo esto constituye un misterio terrible para mí.

Monk cuchicheó a Doc:

—Ese pobre diablo está asustado, lo cual no es de extrañar.

El hombre de bronce escrutó a Pell un instante. Dijo:

—No le someteremos a más peligros pidiéndole que nos acompañe. Si desea marcharse, puede hacerlo.

—Gracias —dijo Pell—. Estoy en el Hotel Flor, si me necesitan.

Montgomery Pell se marchó. Tenía el aspecto de un hombre que va a sufrir un ataque de nervios.

Monk examinó atentamente la diabólica estatuilla azul. Gruñó:

—Se parece a las otras dos que hemos encontrado, excepto en el color.

Ham escrutaba el papel que contenía el mensaje enigmático.

El elegante abogado se había dedicado, entre otras cosas, al estudio de las cifras. Cogió el papel con grandes esperanzas de descifrar el mensaje, pero finalmente se dio por vencido. Murmuró:

—El significado de esto es un misterio para mí.

—¿Y si consultamos un listín de teléfonos? —sugirió Doc.

Ham pestañeó:

—¿Tienes alguna idea?

—El P. S. E. C. 7 es la parte desconcertante —replicó el hombre

de bronce—. No obstante, puede significar... Pero consultaremos primero un listín.

El telefonista del Banco facilitó un listín. Doc Savage consultó la letra “S” y rápidamente las columnas de nombres y números.

—Aquí está —dijo, y señaló—: PRODUCCIONES SOLARES.

—¡Hum! ¡Hum! —gruñó Monk—. “Producciones Solares” explica las letras P. S.

—Producciones Solares es una empresa cinematográfica, a lo que parece —dijo Doc Savage; y el hombre de bronce telefoneó a los estudios centrales. Al parecer, el individuo que contestó era un vigilante.

Preguntó Doc:

—¿Tienen ustedes un Estudio Campamento Número 7?

—Sí —respondió el vigilante.

—¿Dónde está? —preguntó el hombre de bronce.

—En el desierto, al sur de Palm Springs —le informaron.

—Vaya a Producción Solares Estudios Campamento número 7, para información —dijo Ham lentamente, repitiendo el mensaje, después de haber sido descifrado por Doc Savage.

—¡Hermanos —sugirió Monk—, levantemos el vuelo y vamos a ese lugar! ¡Precisamente información es lo que buscamos!

Varias horas más tarde, en la noche, llegaron a las cercanías de la montaña de San Jacinto y divisaron los estudios cinematográficos de la compañía.

El lugar estaba iluminado, pero vieron algo más que luces. A juzgar por el número de puntos luminosos, el campamento era de dimensiones considerables.

Esto era así, como se comprobó después, pues Producciones Solares había instalado unos estudios completísimos, en la orilla del desierto, para filmar una película del desierto que, según anunciaban, sería la mejor producción del año.

Doc Savage conducía. Iban aún en el enorme coche de Montgomery Pell.

Se había reparado el depósito de la gasolina. Tenían las ventanas abiertas.

Ham insistió en este punto, declarando que no podía resistir el olor de Monk.

El extraño olor parecido al alcanfor todavía se aferraba a Monk

con molesta persistencia. El simiesco químico había probado de quitarse las ropas exteriores. En realidad, no llevaba encima más que las prendas interiores.

Los resultados no fueron satisfactorios.

—El olor que despides espantaría a una polilla —dijo Ham al simiesco químico.

Monk guardó silencio. Interiormente, le preocupaba el olor que emanaba de sus ropas y del cual no podía desprenderse. Fingió dedicar su atención a apartar a su cerdito *Habeas Corpus* de las garras del mono de Ham.

Doc Savage pasó por el hotel a recoger un equipo y Ham y Monk aprovecharon la ocasión para agregar los dos extraños y pependencieros animalitos a la expedición.

Llegaron cerca del campamento de los cineastas que estaba rodeado por una valla de madera para no dejar aproximarse a los curiosos. Saltando el coche por un camino muy malo, llegaron a las verjas de entrada.

Un portero, vestido de uniforme, se les enfrentó.

—Ahora empieza la discusión —cuchicheó Monk—. He oído decir que estos individuos son algo insolentes y agresivos.

El portero miró el coche, no lo reconoció y dijo:

—No se puede entrar en este campamento a estas horas de la noche.

No supieron nunca qué clase de argumentos habrían persuadido al portero para que les dejase pasar. No fue necesario. Una figura apareció detrás de la verja. Era un hombre. Los faros le iluminaron claramente.

—¡Atiza! —cuchicheó Monk tras una mirada—. ¡Ese es el individuo de cara de ave de presa que intentó interceptar la huída de la muchacha calva!

Parecía ser, en efecto, el mismo hombre. Vestía de negro, hasta la camisa y la corbata. Tenía una nariz picuda y sus mejillas pendían como las de un perro de Terranova.

—¡Portero! —dijo el individuo vestido de negro—. ¡Deje pasar a esos señores!

El portero se volvió hacia el de la nariz en forma de pico, que, evidentemente, era una persona de importancia.

—¡Déjelos pasar! —ordenó el de la nariz ganchuda y ropas

negras—. Los estaba esperando.

Las verjas fueron abiertas prontamente por el portero y Doc entró en el campamento con el coche. El tipo vestido de negro saltó al estribo.

—¡Vaya hacia la derecha! —indicó—. ¡Apague los faros! ¡Haga el menor ruido posible!

Doc Savage atendió las sugerencias. Su automóvil pasó delante de enormes escenarios.

A ambos lados veíanse las falsas fachadas de edificios destinados a representar un pueblo de vaqueros del Oeste.

Doc metió el coche entre un corral y un edificio que ostentaba un rótulo: “Emporium Bar”.

El hombre del estribo empezó a hablar con voz ronca. No era lo bastante alta para oírsele a distancia.

—¡El diablo azul! —exclamó—. ¿Lo tienen ustedes?

—¿El diablo? —Monk tragó saliva—. Oiga, ¿qué demonio...?

—¡Cállate, zopenco! —dijo Ham, dando un codazo al simiesco químico.

—¡El diablo azul! —continuó el hombre vestido de negro, jadeando en su prisa—. Tiene que ser como el mío. ¡Tiene que ser azul! Es importantísimo.

Se metió la mano en un bolsillo y sacó un objeto envuelto en un pañuelo. Lo desenvolvió y exhibió, levantándolo en alto.

El objeto era una de las estatuillas satánicas. Era azul.

Monk y Ham contemplaron, pálidos, el objeto. Doc Savage no despegó los labios ni mostró la menor emoción. De pronto la nota dulce y suave, el extraño trino del hombre de bronce, se dejó oír de una manera melodiosa y fantástica.

—¡Hagan el favor! —estalló el hombre vestido de negro—. Hay que obrar con rapidez— ¿Es el suyo igual al mío?

—¿Quiere usted comparar su estatuita con la nuestra? —inquirió Monk.

—¡Sí! —cuchicheó el otro—. ¡Haga el favor! ¡Rápido! ¡Miles de vidas pueden depender de esto! ¡Miles de personas por todo el mundo...!

Monk sacó un paquete de una cartera que Doc Savage le había dado.

Contenía una caja de cartón envuelta en papel. Monk no había

comprendido por qué motivo puso Doc la estatuilla en la caja, a no ser para que no se extraviara. Cogió el paquete con una mano y se apeó del coche.

El siguiente movimiento del hombre de la nariz ganchuda fue una cosa de demente, y fue tan sorprendente que pilló desprevenido a Monk.

El individuo enseñaba su estatuilla a Monk para que éste la examinase. De repente la levantó. Antes de que el simiesco químico pudiese apartar la cabeza, la imagen le pegó entre los ojos.

Fue un golpe terrible, Monk emitió unos sonidos raros y cayó de bruces sobre la arena.

El hombre de la nariz de loro actuó con rapidez. Se apoderó del paquete que Monk llevaba.

Una pistola apareció en la mano del hombre vestido de negro. Lo amartilló al disponerse a apuntar. No cabía la menor duda de que tenía el propósito de disparar.

Doc Savage y Ham abrieron las puertas del lado opuesto del coche, se apearon y agazaparon tras el armazón protector.

Se oyó el ruido de unas pisadas alejándose en la oscuridad.

Cuando el gigante de bronce y Ham se incorporaron, el asaltante había desaparecido.

CAPÍTULO VI

OTRA VEZ LA MUCHACHA CALVA

DOC Savage se alejó del automóvil. El hombre de bronce no emprendió una persecución precipitada; se detuvo a escuchar.

El ruido de las pisadas de un hombre que corría por las arenas del desierto, no podía percibirse a cierta distancia. Doc no oyó nada.

Breves instantes después, percibió un gemido. El sonido provenía de Monk, que yacía en la arena, cerca del coche. Los gemidos se convirtieron en unos murmullos.

—¡Voy a retorcerle el pescuezo a ese tío!

El simiesco químico se incorporaba vacilante. Un hilillo escarlata le manchaba un lado de la cara.

—¿Adónde fue ese microbio? —interrogó Monk, fieramente.

Ham intercaló:

—Estamos perdiendo el tiempo, Doc. Deberíamos tratar de echar el guante a ese individuo.

Al parecer, no le preocupaba a Doc Savage la inmediata persecución del sujeto de nariz ganchuda que dejó sin sentido a Monk y les robó el paquete.

El hombre de bronce ayudó al recalcitrante Monk a sentarse en el estribo del auto y luego empezó a curarle la herida de la frente.

—¡Ese tío se escapará! —gimió Monk.

Doc Savage no dijo nada y practicó la primera cura del corte hecho por la estatuilla en la frente de Monk.

Ham dijo de repente:

—¡Uf! Monk, ¿es que no vas a quitarte nunca ese terrible olor?

—No puedo cambiar de piel, ¿no es verdad? —contestó Monk, en tono plañidero—. Esa substancia es pegajosa. Me tiene

preocupado.

—¿No vamos a seguir al tipo vestido de negro que nos robó el paquete? —tornó a preguntar Ham.

—Esperad —respondió Doc Savage.

El hombre de bronce apagó los faros del coche. Luego hizo una cosa extraña. Subió a lo alto del auto y miró en todas direcciones. Monk y Ham, intrigados, treparon y se le unieron.

—No acierto a ver por qué haces esto —rezongó Monk. Y, casi inmediatamente, emitió una exclamación de sorpresa y preguntó—: ¿Es que estoy loco? ¿O ves tú eso también?

A la derecha veíase una zona de vegetación del desierto trasplantada, dispuesta cuidadosamente, para dar a los aficionados al cine la idea de que el desierto era mucho más horrible de lo que en realidad es.

Una yuca gigantesca constituía la parte central de esta zona artificial. Su vaga silueta tenía los perfiles de un puño cerrado.

Más la forma extraña del árbol no fue lo que les llamó la atención. Del árbol, creciendo y extendiéndose, surgió una figura más fantástica aún. Se remontó en el aire.

Era una figura de negro profundo, retorciéndose fantásticamente e inflándose en la noche. Durante un momento parecía una enorme figura encapuchada. Un instante después, se había disuelto su perfil, convirtiéndose en la figura encorvada de algo grotesco, volando.

Doc Savage se apeó de lo alto de la capota del coche y se dirigió hacia la aparición. Monk y Ham le siguieron. Al aproximarse al monstruo fantástico del aire, que se cernía por encima de la yuca, la naturaleza de la figura se hizo visible.

—¡Cielos! —exclamó Monk—. ¡Demonio! ¡Humo!

Ham estalló:

—¡Mirad! ¡Dos personas! ¡Inexplicable!

Doc Savage encendió su antorcha eléctrica, proyectando el haz luminoso sobre las dos figuras postradas.

Una era el individuo que arrebató el paquete a Monk.

Al mirar a la otra, Monk por poco se cayó de espaldas.

—¡La damita calva! —dijo.

—La dama que te zarandeo como el caballerito del trapecio volante —asintió con énfasis Ham.

—Sí —refunfuñó Monk—. ¡Y su cara aparecía en la estatuilla

azul!

Era, inconfundiblemente, la muchacha calva, atractiva aun sin cabellera.

Ham observó:

—Ahora podemos averiguar qué tenía esta pareja que nos dijera el pájaro que ellos mataron en el Banco.

En la mano de la joven calva estaba el paquete que el individuo de la nariz ganchuda robaba a Monk. Estaba abierto y el papel que lo envolvía y la caja de cartón aparecían quemados parcialmente.

—Volverán en sí pronto —observó el hombre de bronce.

—¿Qué ha sido lo que les ha privado del conocimiento? —preguntó Ham.

—El paquete del que Monk se cuidaba —explicó Doc Savage—. Era un paquete falso, trucado. En lugar de la estatuilla contenía una cantidad de gases anestésicos que se usan para producir una pérdida temporal de la sensibilidad. ¡Y con los gases había, mezclada, otra sustancia química que, al ser expuesta al aire, arde y produce ese humo!

Ham abrió la boca, la cerró de nuevo y permaneció mudo. No preguntó a Doc cómo había hecho aquella combinación de gases. Ham podía adivinarlo.

El hombre de bronce tenía la costumbre de tomar toda clase de precauciones y este caso del paquete falso era, probablemente, una de las medidas que, sin duda, había tomado.

Monk se inclinó para levantar el cuerpo inerte del individuo de nariz ganchuda. El simiesco químico empezó a alzarlo, más de pronto lo soltó.

Su rostro, a la luz de la linterna sorda, mostraba grotescamente una profunda perplejidad.

—Este pajarraco se encuentra mal —declaró—. Al tocarlo, lo noto extraño.

Ham resopló:

—¡Probablemente, del porrazo que te dio en la cantimplora!

Monk meneó la cabeza:

—No, el tipo está...

Doc Savage se inclinó sobre el postrado individuo de cara de ave de presa.

Sus dedos bronceados exploraron las facciones del hombre.

Agarrando la punta de la nariz ganchuda, tiró. Parte de la nariz se quedó entre los dedos.

Era de cera rojiza de la usada para la caracterización teatral.

Monk y Ham contemplaron estupefactos el rostro del hombre desvanecido.

—¡Demonio! —exclamó Monk.

—¡El abogado Montgomery Pell! —dijo Ham.

Monk miró a Doc Savage, se secó el imaginario sudor de la frente, y gruñó:

—Nunca me hubiera podido esperar esto. Yo creía que ese abogado era honrado. Sin embargo, ya podría haber supuesto que todos lo picapleitos son unos bribones.

Ham no hizo caso de esta indirecta y palpó el cuerpo inerte de Montgomery Pell.

—No es sorprendente que Monk dijese que, al tocarlo, lo encontraba extraño.

—¡Está acolchado! —dijo Doc Savage—. Pell se acolchaba para aparecer mucho más grueso.

Reinó un silencio profundo durante unos momentos. Era evidente que, aunque Pell se había disfrazado, adoptando la personalidad del individuo vestido de negro y cara de ave de presa, debía existir tal persona, pues Pell se encontraba en el Banco con Doc y sus compañeros cuando el coche conducido por el individuo de la nariz ganchuda interceptó el paso para impedir la huída de la muchacha calva y de su compinche, el sujeto de cuello de pavo.

—¿Qué hacemos con esta parejita? —inquirió Monk, al cabo de un rato.

—Dejaremos que recobren el conocimiento y nos aseguremos de que crean que están solos —explicó Doc Savage—. Esperaremos que hablen con entera libertad.

El gigante bronceado giró la vista a su alrededor buscando un lugar donde ocultarse, adecuado para su plan.

Monk sugirió:

—Lo que necesitamos es una habitación donde se oigan ruidos.

El simiesco químico levantó en peso a la muchacha y Doc el cuerpo desvanecido de Pell. Llevaron a los prisioneros a la puerta de un edificio que tenía la forma de un enorme granero de techo bajo y plano.

Doc Savage abrió la puerta y entraron.

Monk escrutó en torno suyo.

—¿Qué lugar es éste? —inquirió.

Doc proyectó su linterna eléctrica y el haz de luz reveló una cantidad de aparatos diversos.

—¡Un estudio de sonidos! —exclamó Monk.

—Exacto —asintió el hombre de bronce—. Y si el equipo de aparatos está intacto, simplificará nuestra labor de investigación.

El gigante bronceado cruzó el estudio y penetró en un cuarto, que estaba separado del estudio por una valla de cristal. Dentro había muchos instrumentos más.

Empezó a examinar el aparato, introduciendo algunos cambios en los alambres. Volvió al estudio y se puso a trabajar sobre un instrumento que, a primera vista, parecía ser un calentador eléctrico gigantesco.

Era, en realidad, un micrófono. El reflector, de forma de plato, captaba las ondas sonoras y las llevaba al micrófono, que estaba montado en un punto focal.

Doc colocó el captaondas en un lugar donde no lo verían la muchacha calva ni Pell, cuando volvieran en sí. Conectó los alambres y entró en el cuarto de control. Oprimió varios interruptores.

El altavoz empezó a funcionar, según indicaba un suavísimo zumbido.

A sugerencias de Doc, sus dos compañeros, Monk y Ham, realizaron una inspección de la sala de sonidos y cerraron con llave todas las puertas desde la parte interior.

Se oyó un gemido. La pareja que se hallaba en la sala de sonidos empezaba a recobrar el conocimiento.

La muchacha calva fue la primera que habló. Su voz sonaba clara.

—¡Bien, Pell, triunfaste! —dijo ásperamente.

—Nos apoderamos de los diablos de ágata —murmuró Pell, con voz espesa.

—¡Despierta! —ordenó la muchacha, con acritud—. No estaban en aquel paquete. ¡Nos ha sucedido alguna cosa!

—¡Oh, calla! —replicó Pell—. Hice lo que pude. ¿Dónde estamos?

La voz de Pell era muy distinta de la que Doc Savage le había oído usar anteriormente. Sonaba mucho más juvenil.

—Tenemos que recuperar esas estatuillas de ágata —dijo la muchacha.

—Es posible que lo consigamos —gimió Pell—. Savage no sospechaba nada del plan. No tiene la menor idea de la envergadura de la empresa.

—Procuremos salir de aquí —indicó la muchacha.

En ese instante empezaron a desarrollarse nuevos incidentes. Del altavoz salió un fuerte crujido. ¡El ruido de algo que se rompía!

La muchacha calva lanzó, de repente, un grito agudísimo.

Doc Savage oprimió al instante el interruptor. No sucedió nada. Habían cortado la corriente.

La muchacha volvió a chillar. Esta vez con una nota de espanto que les estremeció.

Monk rugió:

—¡Alguien los ataca!

El simiesco químico se lanzó hacia la puerta de la sala de control. Cruzó tan precipitadamente el estudio de sonidos, que no se dio cuenta de que Doc y Ham no le seguían.

El hombre de bronce y el abogado había adoptado otro procedimiento.

Caminaban trazando un círculo, hacia las puertas, con el objeto de cortar la retirada a los atacantes.

Monk corría en la oscuridad y pronto tropezó con algo. A juzgar por el ruido, estropeó una cámara fotográfica.

Se incorporó, continuó avanzando en la oscuridad, y finalmente llegó al sitio donde Montgomery Pell y la muchacha habían estado.

Habían desaparecido.

Monk escuchó. Oyó los pasos de Ham y Doc, pero no había rastro de los dos prisioneros. Iba a gritar, sugiriendo que Doc encendiese la linterna, cuando observó algo que le enmudeció.

Ese algo era un cordón de negrura que aparecía ante sus ojos. Lo tocó. Era una cuerda.

Luego vio una sombra en el suelo de la habitación. Era una sombra increíble, por la sencilla razón de que, al parecer, no había ninguna luz que pudiese provocar una sombra en aquella posición.

El estudio estaba sumido en una obscuridad completa. El misterio de su origen no era la única cosa extraña de la sombra.

La forma de la sombra era grotesca: una deformación horripilante de una figura humana, vaga; una espeluznante caricatura de un ser.

Las peculiaridades de los ángulos de una luz no explicaban la forma sorprendente de la silueta. La cosa aquella sugería la cabeza de un ave de carroña sobre el cuerpo de una araña.

Monk contempló estupefacto el suelo un instante; luego alzó la vista, buscando la única explicación posible: una claraboya.

Sí, había una. La cuerda pendía de ella.

Monk hizo entonces algo muy típico de él. Sin pronunciar ni una palabra, asió la cuerda y probó su consistencia. Resistiría su peso. Empezó a trepar con sorprendente agilidad.

Llegó al borde de la claraboya y permaneció allí colgado con la misma comodidad que si estuviese en el suelo. No percibió ningún sonido.

Finalmente, decidiendo arriesgarse, escaló la claraboya y saltó suavemente a la azotea.

Un instante después, algo le asió los brazos, sujetándoselos a sus costados.

Intentó forcejear. Ante su asombro, no pudo desasirse de la cosa que le sujetaba.

—¡Doc! —chilló—. ¡Ham!

No era que estuviese asustado, pero la ayuda es siempre grata cuando se desconoce contra qué fuerzas se enfrenta uno.

A Monk le encantaba el ruido en las peleas. La actual situación había llegado a un punto en que el estruendo estaba justificado.

El simiesco químico rugió, tronó, chilló y saltó de un lado a otro. Ahora sabía qué cosa le había asido con tanta fuerza. Con un lazo, a estilo de vaquero, le habían aprisionado.

Localizó el lugar donde se hallaba el individuo del lazo y se lanzó como un bólido en aquella dirección. Esto aflojó la tensión de la cuerda.

Monk se zafó del lazo y continuó su carga contra el adversario. El destello de una potente linterna le cegó. Su enemigo lo esquivó y huyó.

Se oyó ruido de pisadas en un lado. La linterna proyectó su haz

de luz de nuevo. Se oyó un sonido sibilante y algo descargó un golpe sobre la cabeza de Monk.

El simiesco químico profirió un grito y se desplomó envuelto en la obscuridad.

Doc Savage y Ham oyeron el grito de su compañero. El gigante bronceado y el abogado corrieron inmediatamente hacia el centro de la sala de sonidos.

Miraron hacia la claraboya.

Doc observó:

—Aquí hay una cuerda.

El hombre de bronce la asió y empezó a trepar. Hallábase a unos tres metros de altura cuando cortaron, desde arriba, la cuerda.

Cayó sobre Ham, que había empezado a subir. Se incorporaron.

Dijo Doc:

—Tal vez haya fuera algún modo de subir.

Corrieron a la puerta, la abrieron de un empujón y se precipitaron hacia la exterior.

Varias linternas eléctricas proyectaron sobre ellos sus destellos. A lo menos media docena de hombres enmascarados les apuntaban con relucientes pistolas.

Los estudios de sonidos están montados con el fin de amortiguar los ruidos.

Esa es su función. Un ejército podría haberse aproximado al lugar sin que lo oyesen los que se encontraban dentro; ni siquiera las personas dotadas de un sentido auditivo tan desarrollado con el de Doc Savage.

Uno de los hombres dijo: —Espero que tengan un poco de sentido común.

Los habían pillado en una trampa eficiente. Las pistolas, a corta distancia, casi a quemarropa, constituyen un argumento convincente, aun para una persona armada. Doc y Ham levantaron las manos en alto.

Unas órdenes lacónicas indicaron al hombre de bronce y al abogado que se encaminasen hacia un coche de turismo, que se aproximaba silenciosamente, conducido por un séptimo individuo.

Las pistolas amenazadoras ordenaron que subieran sin pérdida de tiempo a la parte trasera del coche.

Los enmascarados subieron, unos al interior, para sentarse al

lado de Doc y de Ham; otros al estribo. El automóvil partió en dirección de las verjas.

El portero les vio llegar y salió corriendo de su garita. Chilló:

—¡Eh! ¿Qué demonio es esto?

Dos hombres saltaron al estribo, se lanzaron sobre él y, antes de que pudiera escapar, lo derribaron a culatazos. El coche de turismo se desvaneció en el desierto, llevando cautivos a Doc Savage y a Ham.

CAPÍTULO VII

EL OMINOSO LEGADO

A Monk le parecía que en su cabeza estallaba toda una traca de fuegos artificiales. Sus músculos no funcionaban.

Cuando, finalmente, se despejó un poco para poder moverse, empezó a indagar y descubrió que la azotea estaba desierta. Observó un trozo de cuerda que pendía por el costado del edificio.

Descendió por la cuerda y escudriñó la oscuridad de la noche. No vio nada, pero oyó, a la derecha, unos ruidos. Fue hacia aquella dirección.

Se detuvo luego, escuchando algún ruido que pudiera indicarle por dónde continuar la persecución de los prisioneros fugitivos, Pell y la muchacha calva, y el que los rescató. Monk tenía la seguridad de que alguien los rescató.

Fue entonces cuando llegó a sus oídos un ruido peculiar.

Era un ruido estridente, de naturaleza extraña. Concentró la atención con el objeto de identificarlo con algún otro sonido que oyera durante su vida.

No lo consiguió. El sonido rasposo, estridente, metálico, parecía ser más bien un ruido de insecto que cualquier otra cosa que el simiesco químico podía imaginarse.

Se le ocurrió a Monk que el sonido se aproximaba, rápidamente, hacia él.

La oscuridad donde él se encontraba era intensa, casi sólida. No veía nada.

De repente, sin saber por qué, recordó vivamente el horrible estado de los cadáveres, al lado de los cuales se encontraron las estatuillas.

Decidió bruscamente que no quería que aquel ruido metálico se

le aproximase más.

Echó a correr. Encontró una tapia y la saltó. Corrió con mayor velocidad, frenéticamente, al percatarse de que el ruido metálico le perseguía.

Aproximábase con inesperada velocidad. ¡Iba dándole alcance!

Olvidó por completo a los dos prisioneros. ¡Esta cosa desconocida le perseguía! Cambió de dirección, torció, zigzagueó, haciendo esfuerzos desesperados para burlar a la cosa infernal que emitía aquel sonido estridente detrás de él.

Topó con el tronco de un árbol, y miró de éste a otro árbol. Los troncos eran lisos. ¡Palmeras!

Preocupado por alejarse del misterio estridente que él perseguía, no tuvo tiempo de percatarse de que las palmeras, probablemente, indicaban un oasis artificial del campamento de la empresa cinematográfica.

Al echar a correr de nuevo, cayó de repente de bruces en un charco de agua, completamente inesperado. Se hundió bajo la superficie del agua. El charco no era muy hondo y había fango en el fondo.

Monk tragó una cantidad considerable de agua, y cubierto de barro logró salir al otro lado del charco. Continuó su carrera. Corrió algunos metros.

Luego se detuvo, algo avergonzado.

El ruido metálico ya no le perseguía.

Permaneció inmóvil, aguzando el oído. Percibió varios sonidos, entre ellos los movimientos de algo que se deslizaba entre los árboles del oasis artificial.

No se oía ninguna estridencia. Esto era alentador.

Empezó a rastrear de una manera excelente, a estilo de indio. Al poco rato se encontró a corta distancia de lo que le parecieron ser movimientos furtivos.

Se enderezó y con ánimo esforzado se lanzó sobre el lugar donde percibiera el rumor furtivo.

Acertó. Sus manos hicieron presa férrea en un cuerpo que, sin duda, era humano. A modo de experimento, oprimió con fuerza.

El chillido que provocó asemejábase al ruido hecho oprimiendo un balón infantil de caucho de los que silban.

Transfirió su presa de hierro a lo que juzgó ser la garganta de un

hombre.

Apretó con entusiasmo y los chillidos cesaron. Sacudió vigorosamente a su víctima. Cuando observó que ésta estaba relativamente inerte, la cacheó rápidamente.

Encontró un revólver y se lo quitó.

Era un hombre. El prisionero se reanimó lo suficiente para chillar de una manera estridente. El campamento cinematográfico no había sido despertado antes; más ahora dio señales de vida.

Aparecieron luces en numerosos puntos.

Varios hombres, con antorchas eléctricas encendidas, se aproximaron corriendo.

Alguien vio a Monk y a su prisionero.

—¡Eh! —gritó el individuo—. ¿Qué significa esto?

—¡Socorro! —chilló el cautivo—. ¡Este hombre quiere matarme!

El simiesco químico gruñó:

—¡Si chillas otra vez, vas a necesitar un ataúd!

No esperó a que los recién llegados se aproximasen demasiado. Avanzó a su encuentro, empujando al prisionero.

Al parecer, eran gran parte del personal de aquel campamento. Estos individuos, vestidos en su mayor parte con ropas menores, empezaron a formar un círculo hostil en torno del simiesco químico y su prisionero.

Las linternas eléctricas empezaron a proyectar sus haces de luz sobre ellos.

—¡Suelta a ese hombre! —gritó alguien.

—¡No os insolentéis conmigo, amigos! —aconsejó Monk—. Voy a hacerle algunas preguntas a este amiguito mío.

El prisionero chilló:

—¡Este hombre es un malhechor! ¡Yo quería capturarlo!

Por primera vez, Monk escrutó detenidamente al cautivo. Le había visto anteriormente, en circunstancias poco agradables.

El rostro del individuo era sorprendente por lo repulsivo. La frente y sus ojos hundidos estaban bien modelados; más la parte inferior de la cara ofrecía un contraste grotesco.

La carne presentaba un aspecto de goma elástica, de caucho. Algún accidente había amortecido aquellos músculos.

Era el hombre que capturó a Monk en el edificio donde Montgomery Pell tenía sus oficinas, e intentó asesinarle, a él y a

Montgomery, en el garaje, cuando Doc Savage intervino.

Su compinche era el pistolero de cara siniestra, muerto en el edificio de la callejuela, por los diablos de ágata.

Un hombre vestido de uniforme, evidentemente un guardia especial de la Compañía cinematográfica, avanzó y encañonando a Monk, dijo:

—¡Haga el favor de poner en libertad al señor Del Ling y explique el significado de este atropello!

El simiesco químico estaba malhumorado. Le habían sucedido muchas cosas desagradables esta noche. De pronto empujó a Del Ling lanzándolo contra el guardia. Este desvió su revólver.

Monk propinó un formidable puñetazo al guardia, derribándole. Apresando de nuevo a Del Ling, giró la vista en torno de los hombres y gruñó:

—¡Si algún valiente quiere más explicaciones, que se adelante!

Estrecharon más el círculo. Evidentemente Del Ling era un personaje y había muchos que deseaban contraer méritos ante sus ojos.

Alguien preguntó a Monk:

—¿Sabe usted quién es este hombre?

—No tiene importancia. Es indiferente.

—Es el señor Del Ling, el director de las “Producciones Solares”
—dijo el informante.

Monk dio un resoplido, sin impresionarse por la noticia.

El director Del Ling sugirió de repente a Monk:

—¿Qué le parece si hablamos de este incidente en mi chalet?

Monk meditó y decidió que lo mejor sería aceptar. Si se negaba, era seguro que habría lucha.

—Bien —respondió.

El chalet del director Del Ling estaba enclavado en el otro lado del campamento vallado. Había un alegre gabinete, alfombras en el suelo, y sillones de mimbre con alegres cojines.

Una vez dentro del chalet, Monk soltó el brazo de su prisionero. Entonces se sentó junto a la única puerta por donde el otro podía salir del cuarto.

Luego dijo:

—Usted ayudó a esa muchacha calva y a Pell a escapar. ¿Por qué hizo esto? ¿Y qué es lo que me perseguía hace un momento, en

la obscuridad?

—Mi querido amigo —murmuró Del Ling—. No sé de qué habla.

Monk saltó de su asiento, avanzó y asió con sus manazas el cuello de Del Ling. Apretó un poco. La parte inferior del rostro del director de "Producciones Solares" estaba helada.

—Me gusta emplear un poco de rudeza —gruñó Monk, ceñudo—. Doc Savage tiene otros métodos más persuasivos para hacerle hablar, pero yo quiero probar el mío primero. Presiento que no le gustará.

Soltó el cuello del Del Ling, para que pudiese hablar. Las palabras fueron sorprendentes.

—*¿Es usted uno de los ayudantes de Doc Savage?*—exhaló el hombre de rostro híbrido.

—Sí —confirmó Monk.

La actitud de Del Ling cambió por completo.

Dijo:

—Tengo que contarle una historia extraordinaria.

Monk le depositó de un empujón en la silla.

—Me gusta oír historias extraordinarias —informó.

—Hay un complot mundial tras todo esto —dijo Del Ling.

El director de "Producciones Solares" tenía una manera extraña de hablar sin mover la parte inferior de la cara; sin embargo, pronunciaba claramente las palabras.

Preguntó:

—¿Cuántas personas conoce usted, que intervienen en esto?

Monk refunfuñó:

—¿Trata de sonsacarme?

—No —negó Del Ling—. Simplemente trato de nombrar a todos los que intervienen en este misterio.

—Hemos conocido —gruñó Monk—, a un abogado llamado Montgomery Medwig Pell.

—Uno de los hombres marcados —observó Del Ling.

—¿Sí? —Monk puso cara extraña—. También a una muchacha calva...

—Llamada Kateen MacRoy —añadió Del Ling—. También marcada para la muerte, al parecer.

—¡Atiza! —exclamó Monk—. Además, a un individuo que tiene por nariz un pico de ave de presa y viste de negro...

—Samuel Wartz Gime —identificó Del Ling—. También está en la lista.

—Me olvidaba de un tipo que luce un cuello de pavo y dos dientes que parecen perchas, que suele andar con la muchacha calva...

—Ese es Dan. Está en la lista de la muerte.

Monk proyectó la mandíbula y exclamó:

—¡Escuche! ¿Qué argumento peliculesco quiere hacerme tragar? ¡A mí con cuentos tártaros, no!

Del Ling permanecía impassible; a decir verdad, su extraña cara le imposibilitaba presentar otro aspecto.

Dijo:

—Se ha intentado repetidas veces asesinar a esas personas. Una voz desconocida les llamó por teléfono y les anunció, uno por uno, los nombres de los que serían asesinados.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza —gruñó Monk.

—En efecto —asintió Del Ling—. Por qué motivo quiere Alcanfor Espíritu matar a todas...

—¿Quién? —aulló Monk.

—Alcanfor Espíritu —repitió Del Ling—. Pero el nombre no significa nada. Era tan sólo un nombre usado en el teléfono.

Monk tragó saliva.

—Pero este Alcanfor Espíritu era el que...

Se interrumpió de repente. Había estado a punto de decir que Alcanfor Espíritu había sido el que solicitara la ayuda de Doc Savage.

—¿No sabe usted... qué misterio es este... qué objetivo persigue? —preguntó en tono vacilante.

Del Ling se puso los índices en las comisuras de los labios y cambió su sonrisa ligeramente satírica por una expresión sobria, simplemente presionando hacia arriba.

—Nadie lo sabe —declaró—. ¡Ninguno de nosotros tiene la menor idea!

Del Ling se sentó en otra silla y pareció estar dispuesto a responder a cualquier pregunta.

Monk las formuló prontamente.

—¿Dice usted que Montgomery Medwig Pell era una de las víctimas, con usted? —gruñó—. Sin embargo, yo encontré a usted y

a aquel pistolero cuando se disponían a mandar al otro barrio a Pell.

—No íbamos a matarle —negó Del Ling, prontamente—. Nosotros, el otro era un amigo mío, hacíamos un experimento con Pell. Verá usted, sospechábamos que Pell era el misterioso Alcanfor Espíritu. Tratábamos de hacerle hablar, cuando usted nos interrumpió.

—¡Hum! —Monk se frotó las mandíbulas, sin saber si creerle o no—. ¿Qué me dice del asalto al Banco?

—No sé de qué me habla usted —afirmó Del Ling.

El hombre de la cara híbrida se puso en pie y fue a una mesa que había en un rincón del aposento. Monk le siguió, vigilándole. Del Ling cogió un sobre de grandes dimensiones y extrajo unos recortes de periódicos.

Dijo:

—Esto le interesará a usted.

Monk los examinó, leyendo los epígrafes. Había a lo menos una docena de recortes, y referentes todos a una muerte misteriosa. No todas las muertes habían ocurrido en Los Ángeles.

Había una en el Japón, la de un diplomático eminente. Otra en Alemania, la de un famoso industrial. Un abogado había sido asesinado en Inglaterra.

Aunque todos los recortes eran de la Prensa de Los Ángeles, las noticias había sido transmitidas por diversas agencias telegráficas.

Todas las muertes tenían una cosa en común: las víctimas presentaban los huesos rotos y en los cadáveres se encontraron grandes boquetes.

Y cerca de todos los cadáveres se encontró una estatuilla, tallada en ágata: un diablo.

—¡Demonio! —exclamó Monk—. ¡Este Alcanfor Espíritu ha estado trabajando por todo el mundo!

—Exacto —asintió Del Ling, decidido.

Monk meditó largamente. Le pareció observar algunas contradicciones en la historia.

—Hablemos a Doc Savage de esto —sugirió, ceñudo.

—¿Dónde está? —preguntó Del Ling.

Monk abrió la boca y la volvió a cerrar. Se le ocurrió de pronto que no había visto señales de Doc ni de Ham.

Gruñó:

—¡Doc debe andar por alguna parte! Le buscaremos.

Al salir del chalet, recibieron malas noticias. Habían encontrado desvanecido al portero de las verjas de entrada al campamento y lo habían reanimado. El individuo se había recobrado lo suficiente para hablar.

Monk se enteró, por las declaraciones del portero, que unos cuantos hombres se habían llevado prisioneros en su automóvil a Doc y a Ham.

CAPÍTULO VIII

CUELLO DE PAVO

LA reacción de Monk, al enterarse de lo ocurrido a Doc y a Ham, fue un rugido. Se volvió hacia Del Ling.

—Quiero que me acompañe adonde yo pueda hacerle unas preguntas —gruñó.

—¡Yo no me muevo de aquí! —replicó Del Ling.

—Perfectamente —dijo Monk, levantando un puño velludo.

Si Del Ling vio venir el puño, no tuvo tiempo de esquivarlo. Cayó sobre la arena, pataleó un poco y luego quedó inerte.

Se levantaron protestas de indignación al ver al director de "Producciones Solares" maltratado.

Monk no esperó a que los protestantes obrasen. Echó a correr en dirección de las verjas, las franqueó y aumentó la velocidad en la carretera.

La furiosa y veloz partida del simiesco químico tuvo un observador que no fue notado. Este hombre tuvo mucho cuidado en no llamar la atención.

El individuo soltó una risita, al observar la conducta poco convencional de Monk.

—¡Ese gorila tiene mal genio! —rió.

Al reír, el individuo mostró unas encías desdentadas, a excepción de dos dientes ennegrecidos por el tabaco. Los dos dientes se parecían a un par de clavijas de caoba.

El hombre era enjuto y flaco y estaba curtido por la intemperie. Tenía el rostro surcado de arrugas, al cual la falta de dientes dábase un aspecto extraordinario. Su cuello flacucho y larguísimo hacía pensar en un pavo.

El individuo de cuello de pavo siguió los pasos de Monk, usando

mucha cautela, en la obscuridad, para no ser visto. Ni siquiera salió del campamento por las rejas, sino que saltó la valla, tan ágilmente que indicaba tener mejor musculatura de lo que a simple vista parecía.

Siguió a Monk durante un rato. Comprobó que descendía por la carretera, siguiendo las huellas de los neumáticos de un automóvil.

El individuo de cuello de pavo dejó a Monk. Regresó al campamento de la Compañía cinematográfica. Se dirigió, sin ser visto, a una habitación donde había un teléfono público.

Introdujo una moneda en el aparato, habló por teléfono y luego metió algunas monedas más, lo cual era prueba de que se trataba de una conferencia con otra localidad.

Establecida la comunicación, fue derecho al grano.

—Soy Dan —dijo, y luego explicó lo que Monk estaba haciendo.

Escuchó la respuesta. Evidentemente no le agradó mucho lo que oyó.

—De modo que tengo que encargarme yo, personalmente, de este Monk, ¿eh? —bramó, iracundo.

Colgó el auricular, frunció el ceño, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta de la habitación. Fue a agarrar el pomo, pero no lo consiguió.

La puerta se abrió de súbito en sus narices.

Monk entró, se detuvo, se puso ambos puños velludos en las caderas y lanzó al individuo del cuello de pavo una mirada acusadora.

—¡Ya puede empezar a “encargarse” de mí, pavo! —anunció.

El individuo de rostro curtido por la intemperie, de cuello flaco y huesudo, reaccionó como si le hubiese caído un rayo. Su mano derecha logró sacar un revólver de debajo de la chaqueta, antes de que Monk se le echase encima.

El simiesco químico rodeó con sus dos brazos largos y peludos a su adversario. Forcejearon, gruñeron y resoplaron. Cayeron y rodearon por el suelo.

El revólver saltó de la mano del individuo de cuello de pavo. Monk continuó ciñendo con sus brazos a su adversario, y le hincó la cabeza en el pecho.

El hombre de cuello de pavo se dobló. Su cara se congestionó. Para impedir que se le rompiera la espinal dorsal, cedió, dejando de

forcejear.

Al instante, Monk soltó su presa y asestó un formidable puñetazo en la mandíbula de su adversario. Cuando el individuo chocó en el suelo, empezó a pestañear.

Monk recogió el revólver caído a su adversario y se lo guardó. Examinó a su víctima. El individuo tardaría bastante rato en volver en sí.

Monk sonrió de oreja a oreja. Fue al teléfono que el hombre había usado.

Introdujo una moneda y habló con la telefonista de conferencias interurbanas.

Preguntó:

—¿Adónde telefonearon hace un minuto desde este aparato?

Evidentemente la telefonista se negaba a facilitar dicha información.

—No sea así, señorita —gruñó Monk—. En este momento no puedo preguntárselo al individuo que telefoneó. ¡Es muy importante! ¡Es asunto de los estudios!

Escuchó atentamente y dijo:

—¿Samuel Warz Gime? ¿Qué dirección? Paseo de la Cresta de Mar. En Palomar. ¿Dónde está Palomar?

La telefonista le facilitó la información.

—¿Al sur de Los Ángeles? —repitió Monk—. Muy bien. Muchas gracias.

Colgó el auricular, se apartó del teléfono, asió la chaqueta de su prisionero y de un tirón lo irguió.

Le propinó una serie de cachetes en la cara y en las nalgas. Produjo el efecto de un estimulante. La víctima empezó a abrir los ojos.

—¡Echa a andar! —ordenó Monk.

El individuo de cuello de pavo emitió unos ruidos extraños, como si se ahogase; luego tartamudeó:

—¡Se equivoca usted lamentablemente!

—Hablaremos de eso oportunamente —le informó Monk.

A la fuerza, con cierta violencia, sacó afuera al cautivo y le condujo al lugar oscuro donde estaba el automóvil en que Doc y sus acompañantes fueron a los estudios.

Con una cuerda fuerte y gruesa ató debajo del asiento al

prisionero.

Le explicó:

—Eso es para que pueda meditar tranquilamente.

Luego le dejó atado y se dirigió hacia el grupo de que asistía al director Del Ling. Este no había recobrado aún el conocimiento.

Monk fue al centro del grupo y asió por el cuello al desvanecido Del Ling.

La audacia del simiesco químico dejó paralizados de asombro a los individuos que formaban el grupo. Es posible que su aspecto beligerante influyera en ello. Luego el grupo avanzó con aire amenazador.

Un hombre gruñó:

—Vamos a detenerle para entregarlo a la Policía. No puede usted venir aquí a maltratar a la gente, sin que sufra las consecuencias.

Con sus manos libres, Monk sacó de un bolsillo de la chaqueta al pistolón del individuo de cuello de pavo. Lo blandió, indicando que la gente retrocediera.

Advirtió:

—¡No me toquen la cabellera! ¡Tengo muy mal genio y poca paciencia!

Se metió al cautivo debajo de un brazo, retrocedió, giró sobre sus talones y desapareció en la obscuridad de la noche.

La bocina del coche emitió de pronto un fuerte balido. El ruido inesperado sobresaltó a Monk.

La bocina sonó de nuevo. El simiesco químico escudriñó el asiento delantero para averiguar la causa de los bocinazos. Luego introdujo un brazo, y agarrando al intruso lo sacó a rastras.

Era Química, el mono de aspecto extraordinario de Ham.

—¡Maldita sea tu estampa! —gruñó Monk—. ¡Eres tan idiota como tu amo!

Tiró al mono al suelo del coche, donde *Habeas Corpus*, el cerdito, descansaba, durmiendo beatíficamente durante todos estos incidentes. Luego ató a Del Ling.

El motor palpitó y rugió y el coche se puso en marcha.

La verja estaba cerrada. Monk ni siquiera moderó la marcha.

Dos hombres que, al parecer, creían hacerle para interponiéndose en el camino, se apartaron precipitadamente. Se

oyó un estruendo y el coche franqueó las verjas.

Monk condujo el auto con velocidad vertiginosa en dirección de Palomar y de la residencia de Samuel Wartz Gime, al que Dan había telefonado.

Mientras el coche marchaba cerca de distritos poblados, Monk tomó unos caminos poco frecuentados, apartándose de la carretera principal.

Tenía el presentimiento de que los peliculeros habían avisado a la Policía.

Era posible que le acusasen del delito de secuestro.

El campamento de la Compañía cinematográfica estaba enclavado bastante dentro del desierto. Palomar era una ciudad marítima. La distancia entre ambos puntos era considerable.

El director Del Ling y Dan, el individuo de cuello de pavo, recobraron el conocimiento. Pronunciaron largos y ofensivos discursos referente a Monk y a su linaje. Pero no facilitaron ninguna información.

Se había hecho de día.

A media mañana, Monk llegaba a una carretera enarenada que subía zigzagueante hacia lo alto de un farallón, que daba de cara al mar. Más arriba, veíanse una veintena de hotelitos, habitados por los magnates de Palomar.

El empinado y estrecho camino zigzagueaba entre pinares y maleza.

La excelencia de esta especie de guarida natural, a ambos lados del camino, intrigó a Monk. Metió el coche por la maleza y lo escondió a unos cien metros de la carretera.

Paró el motor, se apeó y abrió la portezuela trasera.

—¡Suéltenos! —bramó Del Ling, furioso.

—Soy sordo —informó Monk.

Una breve inspección le convenció de que sus dos prisioneros no podían liberarse. Más con el objeto de disminuir la posibilidad de que ocurriese tal cosa, los separó, poniendo a uno delante y el otro en la parte trasera del coche.

En la caja de las herramientas encontró una esponja, evidentemente usada para lavar el coche. La dividió en dos, formando la base de dos mordazas excelentes.

Los prisioneros no podían emitir ruidos más que por la nariz.

Luego cerró las ventanillas para evitar que los cautivos pudieran llamar la atención.

Dejó a *Habeas Corpus* y a *Química* encerrados en el coche con los prisioneros y subió por los bosques de pinos, hasta lo alto del farallón.

Las mansiones de Palomar daban al mar.

Teniendo en cuenta que la Policía podía haber radiado la orden de capturarlo, Monk no quería hacerse visible mientras buscaba el número trece del Paseo de la Cresta del Mar.

Desde su escondite, en la maleza, observó que Palomar tenía una sola calle, un paseo bordeado de árboles que se extendía de una punta a otra del farallón.

Este sería el Paseo de la Cresta del Mar y el número trece la decimatercera casa del fondo. Acertó en el cálculo, como vio después.

Se dirigió hacia su destino.

La casa, el número trece del Paseo de la Cresta del Mar, tenía un espeso vallado de zarzas, por encima del cual observó unos azulejos de colores y chimeneas estacadas de lo que probablemente era una muestra del estilo arquitectónico popular español.

Agachado, empezó a buscar una abertura por donde pudiera introducirse sin hacer demasiado ruido. La encontró y, arrastrándose, pasó. Hizo un poco de ruido. Como medida de precaución, se detuvo a escuchar.

Oyó al instante unos ruidos. Al parecer, alguien se aproximaba con sigilo.

Permaneció inmóvil y silencioso. El vallado de zarzas era tupido y no podía ver lo que había en el otro lado.

El hombre que se aproximaba se acercó más. Una pierna apareció delante del vallado. Monk adivinó que el individuo iba a agacharse para mirar por el agujero.

Entonces le agarró por los tobillos y tiró.

Un instante después, se encontró enredado con un adversario y el vallado de zarzas.

Era necesario obrar con premura, pues de lo contrario el individuo podría gritar levantando una alarma.

Para evitar esta desagradable contingencia, se dispuso a propinarle un puñetazo. En el último instante, cambió de parecer y

consiguió errar el golpe.

—¡Demonio! —exclamó, estupefacto.

Su cautivo era el elegante Ham.

CAPÍTULO IX

UN MILLON

HAM se retorció, se zafó y dio al estupefacto Monk un puntapié en el diafragma.

Monk se revolvió, airado.

Ham cogió su famoso estoque, que se le había caído en la escaramuza, y desenvainó la hoja.

—¡Torpe antropoide! —gruñó.

—¡Maldita sea tu estampa! —bramó Monk—. ¡Ojalá te hubiese hecho papilla!

Se cruzaron miradas fulminantes, como si fuesen a asesinarse mutuamente.

La realidad es que ambos estaban alegres de verse.

—¿Qué haces aquí, idiota? —preguntó Ham.

—Estoy buscando tréboles de cuatro hojas —informó Monk—.

¿Y cómo estás vivo, so borrico?

Ham explicó:

—La banda que nos atrapó en el campamento de la Compañía cinematográfica nos trajo a esta casa, donde nos encerraron y tuvieron vigilados. Al parecer esperaban al jefazo de la pandilla.

—¿Cómo te escapaste? —preguntó Monk, lleno de curiosidad.

—Gracias a los gases anestésicos, incoloros e inodoros, de Doc —explicó Ham—. Doc tenía un frasquito en el forro de la chaqueta, donde no se lo encontraron. Lo rompió. Simplemente se desplomaron. Contuvimos el aliento evitando que los gases nos afectaran.

—¿Estas esperando a que se presente ese jefazo misterioso?

—Exacto.

Monk se esponjó visiblemente.

—Ya he esclarecido el misterio —alardeó.

Ham emitió un resoplido de satisfacción.

—Me lo esperaba... ¡Disponiendo de tiempo para trabajar libremente has hecho milagros!

—Ya he descifrado el misterio— ¿Dónde está Doc?

—En la casa —respondió Ham.

El gigante de bronce se hallaba en la terraza, a la que daban unas puertas vidrieras. Dentro estaban alienados los prisioneros.

Evidentemente no se habían recobrado aún de los efectos de los gases estupefacientes.

Monk dijo:

—¡Escucha, Doc! ¡He aclarado el misterio!

—Estupendo —comentó Doc.

Ham gruñó a Monk:

—Bien; dínos la solución.

Monk sonrió de oreja a oreja.

—Quiero decir que he capturado a los dos pájaros que están enterados del asunto.

Pareció que Ham iba a ahogarse. Apuntó con un dedo hacia los prisioneros.

—Aquí tenemos lo mismo.

—Sí —murmuró Monk, algo decaído—. Perfectamente.

Ham miró ceñudo a Monk, abrió la boca, la cerró y se quedó en actitud de escuchar.

—¿Qué es eso? —preguntó bruscamente.

Monk fue a la puerta y alguna cosa topó con sus piernas, casi derribándole.

Miró hacia abajo.

—¡*Habeas Corpus*! —gruñó.

—¡Y *Química*! —declaró Ham, viendo a su desgarrado chimpancé siguiendo los pasos del cerdito de Monk.

Monk se inclinó, asió una de las descomunales orejas de *Habeas* y se las tironeó cariñosamente. Durante un instante, parecía estar muy contento de ver al cerdito.

De pronto, una expresión de sobresalto se reflejó en sus finísimas facciones.

—¿Qué sucede, orangután? —le preguntó Ham.

—¡*Habeas* y *Química*! —exclamó Monk—. ¡*Los dejé encerrados en*

el auto de los prisioneros!...

Doc, Ham y Monk se precipitaron hacia la puerta, salieron y echaron a correr a todo escape.

El brillo del automóvil veíase entre los árboles y la maleza.

Doc y Monk aumentaron la velocidad y llegaron al coche.

—¡Está vacío! —aulló Monk—. ¡Mira! ¡Las puertas están abiertas!

Sin embargo, el coche no estaba desierto, como se descubrió un instante después.

El simiesco químico apuntó excitado, un brazo. Al parecer, lo que veía le había dejado estupefacto. Estaba muy sorprendido.

—¡Mi... mira! —tragó saliva dos veces—. ¿Qué sabéis de esto?

Ham se aproximó. También miró, atónito.

—¿De modo que te has estado paseando toda la noche con esta damita? —acusó a Monk.

Monk meneó lentamente y con perplejidad la cabeza. Cuidadosamente, levantó un cuerpo inerte.

Era la joven, la atractiva muchacha que le zarandeó en el aeropuerto y que resultó ser calva. Se le escapó en el campamento de la empresa cinematográfica.

La joven estaba sólidamente atada y amordazada.

Monk dio una vuelta alrededor del coche, estiró el cuello y miró a través de la maleza. No había ninguna señal de Del Ling ni de Dan, el individuo de cuello de pavo.

Doc Savage, entretanto quitaba la mordaza a la muchacha. En cuanto quedó libre, empezó a gemir:

—¡Me van a matar! ¡Quieren matarme! ¡Ayúdenme!

Monk se plantó delante de la muchacha. La nariz del simiesco químico percibía algo que antes no había notado.

Casi en el mismo instante, se oyó un trino suave, melodioso, extraño, como de pájaro exótico o como el canto del viento en las selvas vírgenes.

El fantástico sonido no parecía venir de ningún sitio en particular, sino de todas las partes a la vez y se desvaneció en la nada, dejando perpleja a la muchacha.

Ham dijo:

—Todavía despides ese perfume de alcanfor, Monk. Más fuerte que antes.

—Soy yo —corrigió la muchacha, con voz tensa.

Monk preguntó:

—¿Qué se hizo de los dos pájaros que dejé en el coche?

—Se los llevaron los hombres que se me trajeron aquí.

—¿Por dónde se marcharon? —inquirió Monk.

—No estoy segura —contestó evasiva, la joven.

—Será mejor que no mienta —intervino Ham—. ¡Usted puso en libertad a los dos prisioneros!

—¡Yo no he puesto en libertad a nadie! —fue la réplica.

—¡Usted les soltó! —afirmó Ham—. Y ahora nos está entreteniéndolo para que puedan escapar. Se ha quedado usted aquí, para entretenernos y despistarnos, con el objeto de que escapen.

La joven miró a Monk y, colérica, ordenó:

—Desátame los brazos.

—¿Por qué? —inquirió el simiesco químico.

—Voy a arrancarle los ojos —dijo la muchacha, indicando a Ham.

Este dijo en tono severo:

—Señorita, tendrá usted que dar una explicación satisfactoria de su presencia aquí.

—¡Tengo una explicación satisfactoria! —replicó ella, con fiereza.

—¿Sí?

—¡Mi muerte ha de ser un aviso para usted!

Monk y Ham la miraron francamente atónitos. Doc Savage observaba también a la joven, pero en los ojos dorados y el rostro metálico del gigante de bronce no había ninguna señal de que creía o dudaba de sus palabras; su semblante permaneció impasible.

Monk rompió la tensión.

—¿Su muerte? ¿La van a matar?

—No hay posibilidad de que no me salve —declaró la muchacha, tranquilamente.

—Esto no tiene pies ni cabeza —murmuró Ham.

La muchacha les contempló con firmeza.

—Les diré todo lo que sé —dijo.

—Será mejor que nos cuente la historia de cabo a cabo —sugirió Doc Savage.

La muchacha empezó a hablar.

Lo hizo lacónicamente. Su historia concordaba con la contada por el director Del Ling. Alcanfor Espíritu era un siniestro personaje, un as del crimen, que había perfeccionado una forma de muerte inusitada, de la que era imposible escapar y, al parecer, mataba sin objetivo determinado.

A la joven, que declaró llamarse Kateen MacRoy, le habían telefonado anunciándole que ella era una de las víctimas.

La joven negó saber por qué había sido señalada como víctima.

Monk interrumpió:

—¿Por qué estaban usted y el sujeto del cuello de pavo en el aeropuerto?

—Supimos que Alcanfor Espíritu había llamado a ustedes —explicó la joven—. No acertábamos a comprender el motivo. Temíamos que... temíamos que... No les agradaará esto.

—¿Qué temían ustedes? —inquirió Doc Savage.

—¡Que ustedes ayudasen a Alcanfor Espíritu! —declaró la muchacha.

Si el gigante encontró incongruente la explicación, no dijo nada.

—Y usted apareció en el Banco, posteriormente —le recordó.

—Dan y yo vigilábamos a Montgomery Pell —explicó ella.

—¿Por qué?

—Verá usted: pensábamos que él era Alcanfor Espíritu.

—¿Tiene alguna prueba de esto?

—No —confesó la muchacha—. No en aquellos momentos. Pero más tarde, Dan y yo nos separamos. Pell me secuestró. No sé lo que se proponía. Yo me encontraba en el estudio. Usted sabe lo acaeció. Pell se marchó y volvió disfrazado, simulando ser Samuel Wartz Gime...

—¿Quién dice usted? —interrumpió el gigante bronceado.

—Samuel Wartz Gime —explicó la muchacha—. Su rostro es parecido al de un pájaro.

—¿Quién es él?

—Otra de las víctimas —dijo Kateen MacRoy—. Sea lo que fuere, Pell perdió el conocimiento al inhalar unos gases cuando abrió el paquete que arrebató a su ayudante. Nos recobramos en aquel estudio, después que algunos de los secuaces de Alcanfor Espíritu nos secuestraron.

Doc Savage asintió con la cabeza, como si esta explicación

aclarase por completo el embrollo. Interrogó:

—¿Quiere explicarme por qué razón su muerte era un aviso?

—Ellos, Alcanfor Espíritu y su pandilla, tratarán de asustarle a usted. Me dejaron en el coche. Me dijeron que le advirtiese a usted que estoy señalada para la muerte, que ellos me matarán. Quieren que usted vea que se encuentra impotente ante ellos, para de este modo convencerle de que sería mejor que abandonase la empresa.

Ham, desempeñando aún el papel del interrogador escéptico, meneó la cabeza y declaró:

—Todo eso me parece inverosímil.

Para una joven a quien se le había anunciado la muerte, Kateen MacRoy se había mantenido bastante serena. En ese momento mostró los síntomas de un arrebato de cólera.

Avanzó un paso (la habían desatado durante su relato) hacia Ham, y parecía que iba a abofetear al elegante abogado.

—No me gusta que me llamen embustera —chilló.

Ham demostró que estaba muy versado en la psicología femenina. Las mujeres son muy sensitivas respecto de su apariencia.

—¿Por qué está usted calva? —preguntó.

Si Ham tuvo la intención de indignar más aún a Kateen MacRoy, ciertamente lo consiguió.

La muchacha, furiosa, intentó encontrar algunas palabras que expresasen adecuadamente sus sentimientos, y no consiguiéndolo, desistió. Explicó:

—Soy una *doble* de cine. Una lámpara de petróleo explotó y me quemó el cabello.

Doc Savage le preguntó calmamente:

—¿Puede usted ayudarnos en algo?

—Creo que sí —respondió ella.

—¿Cómo? ¿De qué manera puede ayudarnos?

—Creo saber dónde puede encontrar a Alcanfor Espíritu —declaró Kateen MacRoy.

—Oiga usted —dijo Ham, con acritud—. Hace un momento dijo usted que seguía los pasos de Pell con la esperanza de averiguar si él era o no Alcanfor Espíritu. Ahora nos dice...

—¡No dije que yo sabía quién era Alcanfor Espíritu! —replicó la muchacha—. Sé dónde está, a lo menos eso creo.

—¿Está cerca de aquí? —interpuso Doc.

—Sí. Muy cerca.

—¿Por dónde?

—Iremos primero a la casa —dijo ella.

Los cuatro se alejaron del automóvil, seguidos de los dos animalitos grotescos, el mono y el cerdito. Subieron a la colina. Doc Savage, que iba delante, se detenía con frecuencia a escuchar.

Si sus oídos finísimos percibían algún sonido ominoso, no lo mencionó.

Penetraron, arrastrándose, por el agujero del vallado de zarzas y avanzaron hacia la casa. Monk contempló la mansión principesca y decidió que era una de las más bonitas que había visto en su vida.

El grupo se aproximó a la terraza de las puertas vidrieras, dentro de la cual habían dejado descansando a los prisioneros del hombre de bronce.

De pronto, Ham chilló:

—¡Doc! Los prisioneros...

—¡Se han fugado! —rugió Monk.

Sucedieron cinco minutos de confusión. Registraron la casa de punta a punta. Inspeccionaron también los jardines. No se encontró el menor rastro de los cautivos.

Ham se encaró con Kateen MacRoy:

—¡Puede usted estar satisfecha del éxito obtenido!

—¿Qué quiere decir? —replicó la muchacha, ásperamente.

—Quiero decir que ha hecho una buena faenita —dijo Ham secamente—. Nos entretuvo usted mientras rescataban a esos bandidos.

Ham debería haber sido más prudente. Había presenciado la violencia con que la muchacha zarandeó a Monk en el aeropuerto. Se superó en esta ocasión. Sonaron dos ruidos fuertes: uno hecho por el puño de la joven y el otro por Ham al chocar con el suelo.

Parecía que Monk se iba a desternillar de risa.

—¡Calle, chimpancé! —exclamó la muchacha.

—¿Eh? —dijo Monk, cesando su risa.

—No hay necesidad de indicarles que hemos vuelto —dijo la joven.

—¿Quiere decir que podrían oírnos? ¿Se hallan tan cerca?

—Sí —contestó en voz baja Kateen.

Doc Savage sugirió:

—Sería conveniente que nos guiase al lugar donde usted cree que podemos encontrar a Alcanfor Espíritu.

Ella asintió:

—Vengan.

Ham se incorporó tímidamente del suelo.

Kateen MacRoy abrió la marcha por el jardín hasta llegar al borde. La costa estaba erizada de acantilados y el lugar de observación donde se hallaban era una diminuta caleta que tenía una playa extraordinariamente estrecha.

En la orilla de la playa había unas cuantas cabañas.

Kateen MacRoy señaló una.

—¡Allí! —dijo.

—¿Quiere decir que Alcanfor Espíritu está allí abajo? —preguntó Monk.

—Creo que sí —respondió la muchacha.

Ham, indignado aún por la falta de respeto de la muchacha, la miró de soslayo para asegurarse de que él estaba fuera de su alcance. Declaró:

—Si me preguntáis mi opinión, esto es un lazo. Esta muchacha intenta mandarnos a alguna parte para que caigamos en una trampa.

—¡Qué tío más malicioso! —exclamó la muchacha.

—¿Corre usted peligro si baja allí? —preguntó Doc Savage.

—No espero que nadie crea en mis palabras —replicó ella—. Sí, corro peligro.

Doc le preguntó:

—¿Puede usted darnos una descripción de este Alcanfor Espíritu?

—No —respondió la joven—. No tengo la menor idea de su aspecto, como tampoco de por qué ha matado a tanta gente.

El gigante de bronce se dirigió a Monk y a Ham. Les dijo:

—Esperadme aquí.

Luego echó a andar, dio un paso y se detuvo en seco. Sus ojos dorados se enfocaron sobre algo que había abajo.

Monk y Ham, sorprendidos por la intensidad con que miraba, se le aproximaron.

La muchacha calva avanzó también. De repente contuvo el aliento y su mano, en la excitación, asió el brazo de Monk, lo cual

evidentemente agradó al simiesco químico.

—¡Miren allá! —exclamó.

No necesitaban que les dijera que mirasen.

Una figura había salido de la cabaña. Empezaba a subir la empinada cuesta del farallón.

La figura que subía era un espectro; una aparición que desarmonizaba con el apacible mediodía, el mar azul verdoso, la playa blanca y el farallón pardo.

La figura monstruosa seguía subiendo, como una tarántula dirigiéndose a una guarida remota. El hombre, si era un hombre, llevaba una capa larga.

Una capucha negra convertía la cabeza en un cuello alargado. Unas piernas delgadísimas sostenían a la figura.

—¡Quietos! —cuchicheó Doc Savage.

Era evidente que la figura espectral se dirigía hacia ellos. Había un sendero que descendía del farallón y empezaba casi a sus pies. No tenían más que esperar y la figura misteriosa caería en sus manos.

El simiesco químico miró a la muchacha que estaba agazapada al lado de él.

Pensaba en que jamás había visto a una joven tan simpática y llena de personalidad, cuando de repente ella hizo algo que él jamás olvidaría.

La muchacha lanzó un chillido.

—¡Alcanfor Espíritu! —gritó—. ¡Huid!

Monk quedó paralizado de sorpresa. Ham se lanzó hacia la muchacha, pero Doc Savage se le adelantó. El hombre de bronce, con una mano, le tapó la boca.

Fue demasiado tarde. El chillido de la muchacha calva llegó a los oídos de la figura que ascendía la cuesta. Se detuvo en seco. Escuchó un instante.

Luego giró velozmente sobre sus talones y echó a correr hacia abajo dando frenéticos saltos.

La precipitación de la huída fue un desastre para el individuo de figura de araña. Al perder pie, cayó rodando cuesta abajo, en una maraña de brazos y piernas.

Casi milagrosamente, el fugitivo se incorporó, apareciendo entonces como una figura vagamente humana. Huyó hacia la

cabaña y franqueó la puerta.

—¡Vamos! —dijo Doc Savage.

El hombre de bronce descendió con sorprendente velocidad la cuesta. Los otros le siguieron. Monk, habiendo olvidado tomar las necesarias precauciones, estuvo a punto de rodar cuesta abajo.

Ham descendía más despacio. Así con presa férrea la muñeca de la muchacha y, literalmente, la llevaba a rastras. Ella resistió, dificultando el descenso todo cuanto podía.

CAPÍTULO X

ALCANFOR ESPIRITU DESENMASCARADO

RECIBIERON una seria advertencia de que el misterioso Alcanfor Espíritu tenía ideas muy personales respecto de su captura.

El aviso llegó en la forma de tres clases de sonido: gritos, detonaciones y el silbido del plomo. Todos los sonidos salían de la cabaña.

Arriba, Ham metió a la muchacha en la hendidura de una roca.

Doc Savage agarró una piedra alisada que integraba la parte delantera del farallón, y la puso verticalmente, disponiendo así de un metro cuadrado de escudo pétreo contra el cual se aplastarían las balas. Monk se agazapó a su lado.

—¡Ham! —llamó el hombre de bronce—. ¿Estás bien?

—¡Sí! —respondió—. ¡Pero esta muchacha sigue propinándome puntapiés en la espinilla!

Seguían saliendo balas de la cabaña. No obstante, los tiradores no malgastaban el plomo. Disminuyó la frecuencia de los disparos, a medida que los blancos desaparecían.

De pronto, de la cabaña salieron alaridos de horror. Gritaron:

—¡Doc Savage! ¡Van a asesinarlos!

El hombre de bronce lanzó una mirada a Monk y le preguntó:

—¿Has oído alguna vez esas voces?

Monk explicó:

—¡Del Ling, el director del "Producciones Solares", el sujeto de la cara híbrida! ¡Y ese individuo del cuello de pavo!

El tiroteo aumentó de repente. Las detonaciones eran estruendosas. Las balas rebotaban contra el escudo de piedra.

Doc y Monk se vieron obligados a mantenerse tras el escudo protector.

Habría sido fatal que hubiesen intentado devolver el fuego.

Ni una sola vez habían divisado a los individuos que disparaban desde la cabaña. Sabían, por las detonaciones, que debía haber a lo menos media docena de pistoleros.

El fuego concentrado tenía inmovilizados a Doc, Monk y Ham, en el acantilado. No obstante, los pistoleros no podían huir sin exponerse a los disparos del revólver que Monk llevaba aún.

Monk se quejó amargamente:

—Al parecer, estamos reducidos a la impotencia.

El gigante de bronce extrajo de un bolsillo de la americana una docena de cajitas metálicas planas, no mayores que un reloj de pulsera.

—¿De dónde has sacado eso? —inquirió Monk.

—De la cartera del automóvil de Pell, donde yo las había puesto anteriormente —explicó el hombre de bronce.

Doc movió una palanca en un costado de las cajitas metálicas; luego tiró una. La cajita cayó junto a un costado de la cabaña.

Cuando el pequeño objeto metálico cayó, se produjo una explosión que puso en ridículo a los ruidos anteriores de la batalla. El costado de la cabaña que daba de cara al farallón pareció recibir un puñetazo gigantesco.

Era evidente que el objeto metálico que Doc Savage había lanzado era una granada compacta, que contenía un explosivo de formidable potencia.

Monk, asomando la cabeza por encima del escudo de piedra al oír el estruendo de la explosión, pudo distinguir el interior de la caseta. La pared delantera se había derrumbado. Un hombre huía hacia la parte trasera.

Monk oyó claramente un alarido.

Un hombre chilló en la caseta:

—¡Sería mejor que esa lancha llegase pronto!

—¡Doc! —gritó Monk—. ¡Están esperando el bote!

Simplemente, el hombre de bronce señaló.

Monk siguió con la mirada el ademán y divisó lo que Doc apuntaba. Era una lancha a motor que, apareciendo por el lado del promontorio, dirigíase velozmente hacia la playa, delante de la caseta.

Los pistoleros que se encontraban en la cabaña demolida

dispararon otra descarga. Monk y Doc tuvieron que esconderse.

Luego el tiroteo fue disminuyendo, disparando tan sólo algún tiro de vez en cuando. Doc Savage y Monk echaron otro vistazo.

La gasolinera, una lancha de unos doce metros de largo, se hallaba ya casi inmóvil, a pocos metros de la playa, delante de la cabaña.

De repente, como una bandada de perdices asustadas, media docena de figuras cruzaron velozmente el corto espacio que les separaba de la playa, y se lanzaron hacia la lancha a motor.

—¡Maldita! —rugió Monk—. ¡Se escapan!

Se irguió, pero Doc Savage le asió y le obligó a agacharse.

Un instante después, se hizo patente el motivo de la acción del hombre de bronce. De la cubierta de la lancha a motor, una ametralladora descargó una lluvia de plomo sobre el farallón.

—¡Caspita! —murmuró Monk—. ¡Esos tíos son de cuidado!

Doc Savage no dijo nada. Movi6 la palanca de otra de las diminutas granadas y la arroj6.

Se oyó un estruendo. Parecía que el acantilado se derrumbaba. El polvo se elevó en nubes gigantescas. Monk, no sabiendo si huir o quedarse tras el escudo de piedra, estaba apurado. Doc Savage se marchó de su lado.

—¡Doc! —gritó Monk—. ¿Adónde vas?

El hombre de bronce no respondió.

Se lanzó cuesta abajo, al parecer con pies alados, y desapareció entre las nubes de polvo.

Ya no disparaban desde la lancha a motor. Los individuos de la embarcación no podían distinguir su blanco; el polvo del alud del acantilado les privaba la vista.

El desmoronamiento de la roca se entendía hasta la orilla del mar, amenazando incluso a la lancha a motor.

Una brisa se llevó el polvo a un lado y Monk pudo distinguir la cabaña y la embarcación, pero no vio ninguna señal del hombre de bronce.

Monk se quedó mirando, perplejo, preguntándose adónde habría ido Doc Savage. El gigante de bronce había desaparecido.

Otra figura llamó la atención de Monk: un hombre que corría. El individuo había salido de la cabaña y se dirigía hacia la lancha a motor. Era la figura grotesca que la muchacha calva indicara que

era Alcanfor Espíritu.

—¡Corre! —le gritaron los hombres de la lancha.

La figura cubierta con una capa y encapuchada, de Alcanfor Espíritu, llegó a la orilla y se tiró al agua. La lancha se había apartado un poco de la playa, alejándose del alud de rocas.

En consecuencia, el individuo de forma de araña tuvo que nadar.

Cuando le faltaban sólo algunos metros para alcanzar a la lancha, ocurrió algo. Sus movimientos se tornaron violentos y convulsivos; sus largos brazos empezaron a girar frenéticamente como aspas de molino.

Alcanfor Espíritu desapareció bajo la superficie.

Se oyeron gritos y aullidos en la cubierta de la embarcación. Los hombres se aproximaron a la baranda. Algunos se zambulleron en el agua para buscar a su jefe. La búsqueda frenética no tuvo éxito.

Monk empezó a salir de su escondite. Unas balas de rifle, que cayeron muy cerca, le convencieron de que sería imprudente abandonar su refugio.

Los hombres de la lancha a motor aullaban y se insultaban los unos a los otros.

—¡Subid a bordo, idiotas! —gritó uno que parecía haber asumido el mando—. ¡Se ha ahogado! ¡No busquéis más!

Los que se lanzaron al agua para salvar a su jefe regresaron al costado de la embarcación y, ayudados por los que se encontraban en la cubierta, subieron a bordo. La lancha hendió las aguas tranquilas, rumbo al promontorio.

Desapareció varias minutos después.

Monk, mucho antes de desaparecer la embarcación, había salido de detrás del escudo de roca. Se precipitó temerariamente cuesta abajo.

Hallábase ya cerca de la cabaña destruida, cuando del boquete del costado del inmueble surgió una figura familiar.

El aparecido era un individuo de nariz ganchuda y vestía de negro.

El director Del Ling había dicho que este hombre se llamaba Samuel Wartz Gime.

—¡Qué horror! —gimió el hombre—. ¡No habría dado por mi vida ni cinco céntimos, hace una hora!

Monk giró la vista a su alrededor. No se veía aún ninguna señal

de Doc Savage.

—¿Cómo llegó usted aquí? —gritó el simiesco químico.

—¡Nos hicieron prisioneros! —gimió Samuel Wartz Gime, el individuo de la nariz ganchuda. Señaló hacia la cabaña—. Del Ling y Dan están ahí también. Prisioneros igual que yo. Aquellos bandidos tenían demasiada prisa y nos dejaron.

—¿Cómo es que esa pandilla se encontraba en su cabaña? —interrogó Monk.

El de la nariz ganchuda agitó los brazos.

—¿Acaso podía yo evitarlo? Me encañonaron y dijeron que se quedaban aquí. ¿Qué podía hacer yo?

Monk penetró en la cabaña. Desde lo alto del farallón parecía pequeña. Pero era bastante grande. Tenía varias habitaciones.

Registró minuciosamente todos los cuartos. Unos gemidos que salían de un armario llamaron su atención. Abrió la puerta.

Del Ling y Dan, el del cuello de pavo, salieron, atados y amordazados.

Monk dejó que el individuo de nariz de loro los soltase. El simiesco químico estaba preocupado por otra cosa: la situación de Doc Savage. Salió corriendo fuera y se dirigió al montón de rocas que el alud había depositado al pie del acantilado. Se le ocurrió que Doc podría estar enterrado debajo de las rocas.

De pronto, le llamaron desde la orilla del mar. Giró sobre sus talones.

—¡Doc! —aulló.

Algo surgía del mar, pero no guardaba ningún parecido con el gigante de bronce.

Era la figura inerte del Alcanfor Espíritu. Al parecer, el individuo estaba desmayado y surgía lentamente del mar, dirigiéndose hacia la playa.

El motivo de este misterioso fenómeno quedó aclarado. Debajo del cuerpo inerte, llevándolo, estaba la gigantesca figura de Doc Savage.

Monk sonrió de oreja a oreja. Ahora comprendía lo sucedido.

Al amparo del polvo y el ruido del alud de rocas, Doc había llegado a la orilla del mar y se había zambullido.

El hombre de bronce, tras años de práctica, había desarrollado una extraordinaria capacidad para mantenerse debajo de la

superficie.

Había nadado hasta el lugar donde estaba Alcanfor Espíritu y le había agarrado llevándoselo debajo del agua.

Alcanfor Espíritu, que aun llevaba la capucha, estaba desvanecido. La prontitud con que el hombre de bronce le tendió sobre la arena y empezó a administrarle una respiración artificial, indicaba que era posible reanimarle.

Monk se inclinó y tiró del capuchón. Estaba atado con una correo que le pasaba por debajo de la barbilla y no logró sacárselo. Un agujero a la altura de la boca le permitía respirar.

—Sujétale la lengua —indicó Doc.

Monk obedeció, aunque hubiera preferido quitarle el capuchón para ver el rostro del individuo. Sabía que el sujetar la lengua era una precaución necesaria para reanimar a un ahogado.

En ocasiones, la lengua de los ahogados obstruye la garganta.

Gime, el individuo de nariz ganchuda, Del Ling, el de la cara híbrida, y Dan, el del cuello de pavo, se aproximaron silenciosos, en situación expectante.

—¿Saben ustedes quién es Alcanfor Espíritu? —les preguntó Doc.

Los tres menearon negativamente la cabeza.

El individuo inconsciente que usara el nombre de Alcanfor Espíritu, empezó a dar señales de vida. Monk dio un alarido y soltó la lengua cuando el individuo le mordió los dedos. La figura grotesca se sentó.

—¡Te hemos pillado con las manos en la masa! —gruñó Dan, el de cuello de pavo—. ¡No intentes inventar una coartada!

El individuo de la nariz ganchuda, Samuel Wartz Gime, exclamó:

—¿Por qué no lo desenmascaran?

Monk lo desenmascaró.

—¡Caspita! —dijo.

El desenmascarado era el abogado Montgomery Medwig Pell.

El abogado Pell si les vio, no lo dio a entender. En sus ojos aparecía una expresión vaga. Doc pasó una mano delante de los ojos de Pell. El hombre no pestañeó.

Monk preguntó:

—Pell, ¿conque objeto anda por el mundo matando a la gente? ¿Quiere explicarlo?

Al parecer, el abogado no oyó.

—¿Y cómo los mata? —continuó el simiesco químico.

No recibió ninguna respuesta. Pell continuó mirando en el vacío. No se movió ni pareció percatarse de la presencia de los otros humanos.

Finalmente, Monk preguntó:

—¿Qué le ocurre?

—Un colapso nervioso —explicó Doc.

—¿Eh?

—¡Está fingiendo! —chilló Gime, el de la nariz ganchuda.

Doc observó, calmadamente:

—Este hombre sufre una terrible tensión nerviosa y la impresión de los recientes sucesos le ha trastornado temporalmente.

—¡Está simulándolo! —aulló Gime.

—¡Seguramente! —gritó Dan, el de cuello de pavo.

Doc no les hizo caso.

—Ayúdenme —dijo.

—¿Adónde va a llevarse a Pell? —inquirió Del Ling, ásperamente.

—A un sanatorio destinado a tratar los casos psicopáticos —explicó el hombre de bronce.

Con poca voluntad, Dan, Del Ling y Samuel Wartz Gime le ayudaron.

Se aproximaban a lo alto del farallón cuando se le ocurrió algo a Monk.

Chilló de repente:

—¡Ham!

No hubo respuesta.

Monk, alarmado, aulló:

—¡Ham! ¿Dónde estáis, tú y la muchacha?

Considerando sus sentimientos, expresados con frecuencia, de que lo que más le agradaría en el mundo sería la ocasión de desollar vivo a Ham, y que uno de los objetivos principales de su vida era la esperanza de llevarlo a cabo algún día, la alarma de Monk parecía extraordinaria.

Dando grandes saltos, echó a correr cuesta arriba de una manera que demostraba que Ham era su amigo más querido.

De repente, empezó a extraer de la hendidura de una roca un

cuerpo inerte.

—¡Ham! —estalló—. ¿Estás herido?

Ham entreabrió un ojo.

—Para el mundo —solicitó—, y procuraré sentarme.

Convencido de que Ham no estaba herido y de que su estado era pasajero, Monk chilló:

—Dime, picapleitos lechuguino, ¿qué se ha hecho de la muchacha?

—Si no fuese una dama, le desearía que se hubiese roto el pescuezo —respondió Ham.

—¿Qué ha ocurrido?

—Aquella jovencita es una triquitraque —murmuró—. Estalló en mi cara. Es el símil que se me ocurre.

—¿Se ha fugado? —aulló Monk.

—¡Ojalá —gimió Ham, palpándose la cabeza—, no la vuelva a ver nunca más!

CAPÍTULO XI

PRINCIPIO Y FIN

LA clínica Edgeworth, donde Doc mandó a Montgomery Medwig Pell para someterlo a un tratamiento, no tenía el aspecto de un hospital psicopático.

Era una mansión de estilo español, enclavada en las montañas de Beverly.

En sus terrenos abundaban los arbustos tropicales. Un alto vallado de zarzas rodeaba a la finca. Que detrás del vallado de zarzas había una alta valla de alambre, era algo que un observador tendría que mirar de muy cerca para verlo. Ciertamente, no tenía el aspecto de un hospital para pacientes mentales.

Había cerrado la noche, pero el interior de la clínica tenía un aspecto alegre y estaba profusamente iluminado. Parecía más bien una residencia particular, suntuosamente amueblada.

Las enfermeras no usaban uniforme. No había interno con batas blancas.

Era, en verdad, difícil distinguir los pacientes del personal de la clínica.

Se celebraba una fiesta nocturna, donde se reunían todos los enfermos.

Todos iban muy bien vestidos: los hombres de frac, las mujeres con vestidos de noche.

Había un individuo presente que no podían confundirse con uno de los pacientes. Era un hombre corpulento, de cabellos blancos y rostro colorado, un semblante surcado de arrugas.

No obstante, las arrugas eran fuertes y las facciones casi de tipo clásico. Este hombre era, evidentemente, un médico.

Hablaba a una joven, una muchacha alta, ancha de hombros,

cuyo rostro encantador aparecía nublado por alguna pena.

Tenía cabello negro. A juzgar por su figura juvenil, el pelo debería haber sido negro brillante, más no lo era. Tenía un color opaco, salpicado de gris.

Esta mujer era una enfermera. El hombretón de cabellos blancos le dirigía una pregunta:

—¿Encuentra pesada su profesión?

Ella intentó sonreírse, pero no lo consiguió, resultando patético su esfuerzo.

—¡A veces me aterra! —confesó.

—Esta manera de pensar no es saludable —le dijo el hombretón—. Cuando las enfermeras empiezan a identificarse con sus pacientes, corren peligro. No es bueno. Ha estado usted aquí tan sólo una semana. Le ha afectado a usted rápidamente.

La joven no hizo ningún esfuerzo para responder.

—Al parecer, hay un caso que le afecta a usted más que los otros —sugirió el médico.

—Sí —reconoció la muchacha—. El joven del cuarto número dieciséis.

Luego, como si encontrase desagradable la conversación, alejose cruzando la sala y subiendo la escalera.

Breves instantes después, la gigantesca figura del anciano doctor ascendió también la escalera. Podría haberse observado que el paso del hombre de cabellos blancos era sorprendentemente ágil, considerando su aspecto anciano.

En lo alto de la escalera, el hombretón permaneció escuchando un momento.

La muchacha había subido por aquella ominosa escalera, pero había desaparecido.

Suave y silenciosamente, el hombre de pelo blanco abrió la puerta del cuarto número dieciséis. La habitación estaba a oscuras, pero la luz de la luna revelaba que era un dormitorio. La ventana tenía rejas.

Un joven yacía en una cama de la habitación. Llevaba pijama. Estaba profundamente dormido. Era un individuo alto y flaco, cadavérico, de rostro angular. Tenía el pelo gris.

Era el abogado Montgomery Medwig Pell.

El doctor de cabellos blancos empezó a actuar de un modo muy

extraordinario. Fue a una puerta que abrió, apareciendo a la vista un cuarto de baño de relucientes mosaicos blancos.

Moviéndose silenciosamente, el gigante entró y cerró la puerta, no del todo.

Dejó un resquicio por donde podía observar a Pell.

La espera se prolongó varias horas. La clínica quedó sumida en un profundo silencio.

Montgomery Medwig Pell se despertaba. Bostezó, se estiró y luego permaneció un rato sin moverse. Finalmente se incorporó, fue a un interruptor de pared y al oprimirlo, el dormitorio se inundó de luz.

Fue a una mesa de escritorio, se pasó un peine por los cabellos. Se puso un albornoz de franela, listado, cogió un periódico y empezó a leer. De vez en cuando, pateaba el suelo.

Cualquiera que le viera, habría creído que luchaba con los demonios de un cerebro desequilibrado. Continuó emitiendo maullidos.

Dejó el periódico, fue al tocador y se contempló en el espejo. Este espejo, como medida de precaución, era de metal brillante en vez de cristal.

Pell se examinaba la cabeza y evidentemente no estaba satisfecho de lo que veía.

Cogió un tarro de talco blanco y empezó a espolvorearse cuidadosamente el cuero cabelludo. Los resultados tampoco le dejaron satisfecho. Tenía un aire preocupado.

En ese momento, el observador de cabellos blancos salió del cuarto de baño.

Deslizándose silenciosamente, llegó al lado de Pell antes de hablar. Le dijo:

—¡Pell, no es usted un actor muy hábil!

Pell dio un respingo y giró sobre sus talones. Sus ojos mostraron un momento una expresión de asombro.

Luego se tornaron fijos, como si mirasen en el vacío; más el modo como lo hizo indicaba que la acción era deliberada.

El hombre de cabellos blancos tocó el pelo de Pell:

—Su cabello, que usted había teñido de gris, empieza a crecer. Quería usted ocultarlo con el talco.

Pell empezó a hablar monótonamente:

—¡Soy Napoleón Bonaparte, el poderoso “Pequeño Cabo”!
¿Cómo se atreve usted a...?

El hombre de cabellos blancos lanzó una carcajada. Observó:

—Ni siquiera posee usted suficientes conocimientos médicos de los tipos de locura para representar el papel de un loco. Verdaderamente, estuvo usted durante un tiempo algo perturbado, debido a una crisis nerviosa. Pero se recobró usted de repente, esta mañana, y desde entonces, por motivos que usted me explicará, ha estado representado un papel.

—¿Qué... qué quiere usted decir? —tartamudeó Pell, abandonando la simulación.

—Es usted un hombre joven —dijo el médico—. Se ha disfrazado usted de abogado de edad mediana. ¿Por qué?

Pell escrutó atentamente al gigante de cabellos blancos.

—¡Doc Savage! —balbuceó.

El gigantesco doctor de cabello blancos —Doc Savage —sugirió tranquilamente:

—¿Por qué no dice la verdad de todo este asunto misterioso, Pell?

—Le digo, le aseguro.. que soy un demente —empezó Pell, desesperado.

—Estaba usted dispuesto a sobrellevar toda la carga de este misterio de Alcanfor Espíritu —observó Doc Savage—. Pell, ¿qué hay tras todo este misterio?

El semblante de Pell se llenó de espanto.

—¿Le gustaría oír algunas cosas que se han ido aclarando durante el curso de los acontecimientos? —preguntó Doc Savage.

—¿Se refiere... a lo que usted sabe? —inquirió Pell.

—Exacto.

Pell se humedeció los labios.

—Tal vez sería una ayuda —murmuró.

—Perfectamente —dijo Doc Savage—. Cuando la muchacha, Kateen MacRoy, apareció cerca de la casa de Gime, tenía el propósito de conducirnos a aquella cabaña.

El gigante de bronce hizo una pausa para que Pell meditara. Continuó.

—Sin embargo, no nos conducía a una trampa. Quería que mis ayudantes y yo le viésemos a usted. En pocas palabras: quería

convencernos, sin la más leve sombra de duda, *de que existía un individuo conocido por el nombre de Alcanfor Espíritu.*

Pell volvió a humedecerse los labios.

—¿Cómo sabe usted esto? —balbuceó.

—Sencillamente porque la historia que nos contó la joven no tenía consistencia —dijo Doc Savage—. Y la huída y el grito de aviso de la muchacha a usted, si necesita más pruebas.

Pell tragó saliva. No sabía qué decir.

Doc Savage prosiguió:

—Representó usted el papel de Alcanfor Espíritu para un engaño. Alcanfor quería hacernos creer que habíamos capturado a Alcanfor Espíritu, alguien que ejerce un dominio sobre usted y le da órdenes, órdenes que pueden significar su propia muerte.

Pell se desplomó en un sillón. Sus brazos colgaban débilmente; parecía que iba a desmayarse.

—¡Lo que usted... ha descubierto... es increíble! —murmuró—. ¡A continuación me dirá que está enterado de todo!

—Sería mejor que hablase —sugirió el hombre de bronce.

Tras un gran esfuerzo, Pell dijo:

—Hablaré.

Sin embargo, no lo hizo.

De repente la habitación quedó a oscuras. La luz eléctrica se apagó. Luego, se oyó el sonido de cristales rompiéndose. Alguien, desde el exterior, había roto la ventana.

Un olor penetró en el cuarto. Era un olor claro, tan real como la presencia de la muerte, que de una manera extraña se asemejaba al del alcanfor.

—¡El Diablo de Ágata! —chilló Pell.

Doc Savage se precipitó hacia la ventana y escudriñó el exterior.

Montgomery Medwig Pell corrió en dirección opuesta, abrió la puerta y huyó.

Doc Savage permaneció en la ventana tan sólo el tiempo necesario para verificar que no podía ver a nadie abajo. No es que no lo hubiere.

Forzosamente debía haber alguien, pero era más necesario no perder el rastro de Pell.

El hombre de bronce salió velozmente del dormitorio tras el fugitivo Pell. La habría dado alcance a mitad de la escalera, si no se

hubiese interpuesto un obstáculo, que se lanzó a su encuentro. Era la muchacha de rostro afligido y cabellera que empezaba a tener algunos pelos grises. Al parecer, había estado esperando en el pasillo, quizá escuchando.

La joven poseía una fuerza extraordinaria para una mujer. Doc Savage la agarró y sacudió. La violenta sacudida hizo caer la cabellera de la muchacha.

Era la muchacha calva, Kateen MacRoy.

Ella chilló a Doc Savage.

—¡Déjelo en paz! ¿Es necesario que usted le persiga?

El hombre de bronce replicó:

—¡Su vida corre peligro!

—Naturalmente —gritó ella—. ¡Ellos saben que usted ha adivinado demasiado, y, en consecuencia, van a matar a Pell para evitar que hable!

Doc Savage la empujó suavemente a un lado y descendió a saltos la escalera en persecución de Pell.

Al parecer, el abogado salió de la clínica y desapareció en la noche.

El resplandor de la luna iluminaba lo bastante para que Doc Savage divisase la figura de Pell, en una furiosa carrera. El hombre corría en dirección de las verjas.

El gigante de bronce se lanzó velozmente en su persecución. Cuando percibió de pronto un súbito silencio, se detuvo.

Llegó a sus oídos un grito taladrante, como de hombre poseído de terror.

Luego apareció la luz, un resplandor rojo, fantástico, tan potente que hería la vista. Más empezó a disminuir de potencia al instante y se apagó con igual rapidez como apareciera.

Doc atravesó velozmente los jardines en dirección del resplandor que se extinguía. Reinaba un silencio profundo. Ya no se percibía ningún chillido.

Atrás, en la clínica, había mucho ruido de gritería.

El hombre de bronce llegó al lado del resplandor rojo. Todo cuanto quedaba de ello, era una estatuilla en medio de lo que parecía ser un charco de roca roja y resplandeciente.

El cuerpo de Pell aparecía tendido cerca, retorcido de un modo espeluznante.

En el pecho y en el albornoz listado aparecía una mancha escarlata. El albornoz y el cuerpo estaban chorreando de agua. Una fuente salpicaba cerca.

Parecía que Pell hubiese pasado por allí en el curso de su frenética huída.

Monk y Ham, que habían estado esperando a Doc fuera de los jardines de la clínica, aparecieron al instante, procedentes de la carretera.

—¡Nos ha costado trabajo entrar! —gritó Monk.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió Ham.

El abogado elegante proyectó el haz de luz de una linterna sobre las facciones del cuerpo inerte que el hombre de bronce llevaba en brazos.

—¡Pell! —gritó Ham—. ¡Le mataron!

—Coged la estatuilla diabólica —ordenó Doc—. La encontraréis entre las matas.

Monk y Ham, al querer agarrar el diablillo, se quemaron. Ham solucionó el problema desenvainando su famoso estoque, metiendo la hoja bajo la cola retorcida del diablo y levantándolo en alto. Volvieron al sendero.

Se oyó un ruido de pisadas en la senda y Kateen MacRoy apareció. Su peluca grisásea aparecía algo torcida.

—¡Pell! —exhaló la muchacha—. ¿Qué le ha sucedido a Pell?

—Esa misteriosa muerte infernal ha terminado con él —informó Ham.

Kateen MacRoy se irguió. Exhaló un suspiro profundo. Monk dio un salto, pero no pudo agarrarla antes de que ella cayese pesadamente al suelo.

Doc Savage gritaba:

—¡Daos prisa! ¡Traer a Pell y a la muchacha!

CAPÍTULO XII

AVISO DE MUERTE

CUANDO Kateen MacRoy volvió en sí de su desmayo, escrutó con curiosidad a su alrededor.

Las habitaciones de los hoteles son muy parecidas en todo el mundo. Se encontraba en una: en la de Doc Savage, en el Hotel Martel, de Los Ángeles.

—¿Y Pell? —preguntó, con vez débil, al cabo de un rato.

—Es inútil —le dijo Monk, casi dulcemente—. No le gustaría verle.

—¿Dónde está? —inquirió la muchacha—. Lo dejamos... en un establecimiento de pompas fúnebres —informó Monk, lentamente.

La muchacha empezó a sollozar desconsoladamente.

Monk preguntó, finalmente:

—¿Qué hacía usted en la clínica?

La respuesta de la muchacha, entrecortada por los sollozos, fue la siguiente:

—Yo tenía miedo... de que intentaran... matar a Pell. Me disfracé... soborné a la directora de las enfermeras para que me emplease. Yo quería... impedir... si era posible... que ellos asesinasen a Pell.

—¿Quiénes son *ellos*? —inquirió Monk—. ¿Por qué querían matar a Pell?

Kateen MacRoy miró al simiesco químico.

Dijo:

—Llamen a Doc Savage. Pell esta muerto. No hay ahora ningún motivo que me impida contarles a ustedes toda la historia.

Monk se zambulló en una habitación contigua, donde el hombre de bronce examinaba la satánica estatuilla roja, encontrada en los

jardines de la clínica después del ataque contra Pell.

El gigante de bronce dijo calmosamente:

—¡Es extraordinario! ¡Las facciones de este diablillo son idénticas a las de Pell!

Monk gruñó:

—La muchacha declara que estaba segura de que ellos iban a matar a Pell.

—¿Ellos?

—¡Ah, qué sé yo! —rezongó Monk—. Quien sea el promotor de todo esto. Sea lo que fuere, la muchacha dice que está dispuesta a contarnos toda la historia.

Ham interpuso:

—Al parecer, la muchacha no habló anteriormente, a causa de Pell.

Volvieron a la otra habitación. La muchacha yacía sobre el diván sin interesarle, al parecer, lo que sucedía. Ni siquiera les miró cuando se aproximaron.

Doc Savage contempló unos momentos a la muchacha. Luego volvió al otro cuarto y abrió su estuche botiquín portátil. Durante unos instantes estuvo mezclando varios ingredientes en unos vasos. Ofreció la bebida a la joven:

Explicó:

—Es un estimulante. Le ayudará a vencer los efectos depresivos de la impresión que ha sufrido.

Kateen MacRoy tomó el vaso y lo vació sin mirar su contenido.

Doc Savage sugirió, dulcemente:

—A lo menos despejará su cerebro para contarnos lo que sabe.

La muchacha movió apáticamente la cabeza y empezó a hablar con voz opaca, sin inflexión. Dijo:

—Montgomery Medwig Pell era mi prometido. Nos íbamos a casar el mes próximo. Montgomery era detective particular.

—¡Ah! —gruñó Monk, con aire decepcionado.

Kateen MacRoy continuó en tono opaco:

—Hace cosa de un año, Montgomery se encargó de una misión especial. Tuvo que viajar mucho. Visitó Europa, China, casi todo el mundo. Al parecer, el trabajo le gustaba durante un tiempo.

Doc Savage interrogó:

—¿Sabe usted qué misión era esa?

—No —respondió la muchacha—. La misión era secreta. Montgomery no debía decírselo a nadie. No me lo comunicó ni siquiera a mí.

—Comprendo —murmuró el gigante de bronce.

La muchacha continuó:

—Hace unos tres meses, Montgomery empezó a sentirse preocupado. Lo noté y lo hablé al respecto. Me contestó que si yo supiese algo, probablemente significaría mi muerte. Tuvimos una disputa. Finalmente pude sonsacarle que alguien cernía una amenaza de muerte sobre su cabeza, para obligarle a hacer ciertas cosas que él detestaba.

—¿Qué clase de cosas?

—Nunca me lo dijo.

—¿Cómo se mezcló usted en el asunto? —preguntó Doc.

La muchacha contestó con indiferencia:

—Yo estaba decidida a ayudarle. Sugerí que llamase a usted. Logré convencerle pero él insistió en hacerlo de modo que usted no sospechase de él.

El hombre de bronce dijo:

—¿Averiguó alguien que él me había telefoneado?

—Sí —respondió Kateen MacRoy, en vos sin inflexión—. Debieron sospecharlo y vigilarle. De todos modos, una voz me telefoneó. La voz de un hombre, y me dijo que matarían a Monty, a menos que él y yo hiciéramos todo cuanto nos ordenasen. La primer orden que recibí fue la de ir al aeropuerto con Dan para substraerle a usted los telegramas que Montgomery le había mandado. Fracasamos en la empresa. Luego Dan y yo recibimos la orden de esperar en un auto cerca del Banco donde Montgomery había depositado las pistas en un compartimiento de la cámara acorazada.

—¿Las pistas? —intercaló Doc.

—La estatuilla satánica, el frasco de líquido de olor a alcanfor y la nota indicándole a usted la dirección del campamento de la compañía cinematográfica —replicó la muchacha, lentamente.

—¡Aquella imagen satánica! —gruñó Monk, bruscamente—. ¿Recuerda que tenía sus facciones?

La joven añadió tristemente:

—Se la enviaron a Montgomery par advertirle de que me matarían, a menos que obedeciese ciegamente todas las órdenes.

Más tarde le ordenaremos que la devolviese. Él les dijo que la había destruido, pues se le ocurrió, al pedirle que la devolviera, que podía ser una pista que podría usar contra ellos.

Monk preguntó:

—¿No creyeron que la había destruido?

—¡No! Abrigaban la esperanza de recuperarla siguiendo el rastro de Doc Savage, cuando llegase a poder de éste. Ignoraban que estaba depositada en el Banco, hasta que Doc Savage la sacó y uno de aquellos hombres la vio desde lejos.

Monk reflexionó, luego preguntó con dificultad:

—¿Mató usted de un tiro a aquel hombre? Me refiero al pájaro que íbamos a interrogar y qué fue muerto de un tiro por la ventana.

La muchacha negó, sin emoción:

—No. Lo mató alguien, desde un edificio del otro lado de la calle. No vi al asesino. Escapó.

Doc Savage permaneció un instante silencioso, evidentemente cotejando la historia con los hechos conocidos.

—¿Qué hacía usted en el campamento de la compañía cinematográfica?

—Estaba ayudando a Dan a recuperar de usted la estatuilla satánica azul —explicó la muchacha.

—¿La estatuilla *azul*?

—La azul. Al parecer no estaban interesados en la roja.

Monk se dirigió a Doc y gritó:

—¿Dónde está aquel diablo azul, Doc?

—Todavía lo tengo —respondió el hombre de bronce—. Es un lugar seguro.

—¡El diablo azul tiene algún significado especial! —apuntó Monk. Se volvió hacia la muchacha—: ¿Qué significado tiene? ¿Por qué tiene más importancia que los diablos rojos?

—Lo ignoro —respondió ella, en todo sin inflexión.

Ham, muy amigo de interrogar a una persona, interpuso:

—¿Qué relación tiene Dan con este misterio?

—Aduce que se mezcló, al principio, inocentemente; y que ahora está tan metido en el asunto que tiene miedo de retroceder.

—Y el tipo de la cara híbrida, Del Ling, ¿qué papel representaba en el asunto? —añadió Ham.

—No puedo decírselo.

—¿Y Samuel Wartz Gime, el de la nariz ganchuda? —continuó Ham.

—Tampoco lo sé —respondió la muchacha.

—¡Pues si no sabe nada de nada! —exclamó Monk.

—Sólo sé que reciben órdenes de un hombre misterioso, que ignoro quién puede ser.

Ham puso cara decepcionada.

—¿Qué es lo que usan para matar a la gente?

—Ignoro lo que es.

—¿Qué significado tienen las estatuillas satánicas rojas? —inquirió Ham, con aspereza.

Kateen MacRoy meneó negativamente la cabeza.

Ham estalló:

—¡Por amor de Dios, mujer! ¿No sabe usted nada? ¡Creo que está mintiendo!

Doc Savage llevo a un lado a Ham.

—La muchacha ha dicho la verdad.

—No veo cómo puedes estar seguro de ello —rezongó Ham.

El hombre de bronce explicó:

—La poción que le di a beber era un suero de “verdad”.

El teléfono repiqueteó de repente.

El simiesco Monk, hallándose más cerca del aparato, fue a contestar.

—¿Sí? —dijo, añadió un momento después—: al aparato.

Escuchó atentamente. Empezó a fruncir el ceño. Cuando la conversación llegó a su fin, tenía cara de ser muy capaz de arrancar a mordiscos las cabezas de los clavos que pudieran estar a su alcance.

Emitió un rugido, arrojó el auricular al suelo y lo pisoteó. Propinó un puntapié formidable a una silla. Se golpeó furioso el pecho con los puños velludos.

Tronó:

—¡No me da la real gana!

—Un cuadro perfecto de un mono, rabioso —observó Ham, sarcásticamente.

Monk le dirigió una mirada asesina, como si quisiera matar al elegante abogado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Doc Savage.

—¡Complicaciones! —resopló Monk—. Me ha telefonado el fiscal del distrito. ¡Ese individuo de la cara híbrida, Del Ling, ha presentado una denuncia, acusándome de secuestro!

Monk continuó dando saltos.

—¡El muy canalla! —aulló—. Debería haber sido tirado al océano el día que capturamos a Pell.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó el hombre de bronce.

—Un agente viene a detenerme —gruñó Monk—. Me parece que le daré unos azotes en las posaderas o le mandaré a paseo.

Doc Savage sugirió:

—Tal vez sería conveniente llevar a Del Ling a ver al fiscal del distrito también. Estás en situación de hacerle algunas preguntas embarazosas.

Esta observación cubrió con una sonrisa el ceño de Monk.

—¡Eso mismo haré! Bajo ahora mismo a buscar al policía que viene a detenerme.

El simiesco químico salió.

Descendió pausadamente al vestíbulo.

Un individuo fornido, de rostro impasible, entró en el vestíbulo. Escrutó a su alrededor, vio a Monk y se aproximó.

Le tocó en el hombro al mismo tiempo que levantaba una solapa para exhibir una insignia que indicaba que el individuo era un agente oficial de la oficina del fiscal del distrito de Los Ángeles.

Monk gruñó:

—No era necesario que viniese a buscarme un policía.

—Tengo órdenes de esposarle —dijo el agente, un poco amablemente.

Monk enarcó las cejas y le entraron ganas de armar una bronca. Luego exhaló un suspiro y se sometió a que le esposaran.

El individuo de rostro impasible le condujo fuera, llamó a un taxi, metió dentro al simiesco químico y se pusieron en marcha.

El taxi dobló y entró en una calle transversal.

Monk descubrió pronto que había un automóvil delante, uno a cada lado y un cuarto detrás.

—¡Eh! —bramó—. ¿Qué ocurre?

—En este instante, el taxi se paró. Los otros coches se detuvieron también.

Varios hombres saltaron a tierra.

El individuo que había detenido a Monk exhibió un revólver. Dejó que el simiesco químico contemplase el cañón.

Monk interpeló:

—¿Qué significa esto? ¿No pertenece a la oficina del fiscal del distrito?

—No —se mofó el tipo de rostro impasible—. Si le interesa a usted saberlo, venimos del rincón del infierno donde hacen esos diablillos rojos... ¡y uno azul!

Monk permaneció inmóvil. Era inútil resistir.

En el hotel, Ham mostraba cierta preocupación.

Ceñudo, el elegante abogado preguntó:

—¿Pueden encerrar a Monk en la cárcel, Doc?

—Es dudoso —le tranquilizó Doc Savage.

El hombre de bronce entró en uno de los dormitorios y empezó a buscar algo en las cajas metálicas que contenían el equipo. Sacó una caja negra, del tamaño de un maletín de señora.

De un extremo proyectó una lente larga, a estilo de cámara fotográfica.

La lente parecía ser de cristal vulgar, excepto que era de un color purpúreo, casi negro.

Ham preguntó:

—¿Para qué sacas la linterna de la luz ultravioleta, Doc?

—Hay en este asunto una pista que no hemos investigado minuciosamente aún —respondió el gigante de bronce.

Ham se rascó la cabeza. Meditó profundamente.

—No recuerdo tal pista —declaró al fin.

—El puro —dijo Doc.

—¿Qué puro?

—El de la caja oblonga —indicó Doc.

—¡Ah sí! —recordó Ham—. Lo encontraste en el bolsillo del tipo asesinado en el Banco.

Doc Savage fue a una caja que contenía diversos productos químicos. Abrió un frasco que estaba lleno de un líquido negro.

Vertió un poco. Montado ingeniosamente en el centro del frasco había un recipiente más pequeño con un tapón de rosca, que cerraba herméticamente.

Doc Savage le desenroscó y extrajo el puro.

—¿Te parece que tiene alguna cosa rara? —preguntó Ham.

En lugar de responder directamente, Doc Savage entregó el habano a Ham, preguntándole:

—¿Qué te parece?

Ham examinó detenidamente el puro. Le olisqueó y dijo:

—Es de tabaco excelente.

—¿No ves nada sospechoso? —le preguntó Doc Savage.

—No —respondió Ham, tras un segundo examen—. No aparece nada escrito en el puro.

El hombre de bronce no dijo nada. Fue a una mesa y cuidadosamente desenrolló el envoltorio del puro. El puro estaba fresco y en consecuencia el envoltorio se desenrolló sin romperse.

Doc Savage extendió el envoltorio del habano sobre la mesa. Apagó las luces de la habitación y corrió las cortinas.

Luego, en la semiobscuridad, cogió el proyector de rayos ultravioletas y enfocó su lente oscura sobre el envoltorio. Oprimió un interruptor en un costado de la caja.

La luz ultravioleta posee ciertas propiedades peculiares. Invisible a simple vista, produce un fenómeno peculiar al enfocarse sobre ciertas sustancias.

Por ejemplo, la luz ultravioleta proyectada sobre la vaselina ordinaria hace que ésta brille o resplandezca, la torna fluorescente.

—¡Por Júpiter! —exclamó Ham—. ¡Hay algo impreso en el envoltorio, con una tinta invisible que la luz ultravioleta descubre!

Las cifras y palabras resplandecientes aparecían muy claras. Habían sido impresas con algún aparato de estampar:

PATENTE N° 193 22 1 24

REGISTRADA, JUNIO 1, 1911

—No veo nada insólito en esto —observó Ham—, excepto que las cifras del número de la patente están espaciadas de una manera algo irregular. Pero ¿no es extraño que se estampe en estos cigarros el número de una patente?

Doc Savage le recordó:

—Estos puros son excelentes. Sin duda son de un precio elevado y es lógico que el fabricante imprima alguna señal de identificación, para distinguir sus productos de las imitaciones más baratas.

—Sí —asintió Ham—. Es lógico.

—El zorro pardo y veloz saltó sobre el perro dormido y perezoso

—dijo Doc Savage, lentamente.

—¿Qué? —exclamó Ham, mirando al hombre de bronce como si pensase que se había trastornado de repente.

Doc Savage se disponía a dar una explicación, pero el teléfono repicó. El hombre de bronce fue al aparato y descolgó el receptor.

—Sí —dijo.

Escuchó atentamente. La expresión de su semblante no había cambiado cuando colgó el auricular. Luego cogió el receptor y marcó un número.

—Quiero hablar con Samuel Wartz Gime —dijo.

Doc Savage había cambiado su voz de tal modo que era dudoso que alguien le hubiese reconocido por el teléfono.

—¿No está ahí? —preguntó, después de escuchar—. Muchas gracias.

Colgó el instrumento.

—¿Qué hay? —preguntó Ham.

—Han capturado a Monk —explicó el hombre de bronce—. La primera llamada fue para advertirme que, a menos que regresemos a Nueva York dentro de un plazo de veinticuatro horas, lo matarán.

—Más, ¿con qué objeto llamaste tú? —inquirió Ham.

—Telefoné a la casa de Samuel Wartz Gime, en Palomar —respondió Doc.

—Pero, ¿por qué?

—Una voz me informó que Gime no estaba allí —replicó Savage.

—¿Qué conseguiste con eso?

—La voz era la misma que me telefoneó anunciándome la captura de Monk.

—¡Por Júpiter! —exclamó Ham—. ¿Cómo sabías a dónde llamar?

—No se trata de una inspiración —respondió Doc—. Tenía el propósito de telefonear a Gime, a Del Ling y a Dan, uno tras otro, pero casualmente la primera llamada me facilitó la información.

El hombre de bronce sacó otro tarro de su caja de productos químicos.

Abriéndolo extrajo, de otro frasco embutido en el primero, la estatuilla diabólica azul.

—¡La azul! —gruñó Ham—. La que al parecer tiene importancia.

El hombre de bronce pasó la imagen azul a Ham.

—Cuídate de ella —ordenó.

Ham la examinó, luego se la guardó cuidadosamente en un bolsillo, meneando la cabeza.

—No veo que tenga nada de raro.

Doc Savage llevó el envoltorio del puro a los visillos de la ventana. Enrolló el envoltorio en ellos.

—Quizá la encuentre ahí —dijo—. Pero no importará gran cosa. ¿Recuerdas las cifras del número de la patente, Ham?

—Sí —afirmó el elegante abogado, que tenía buena memoria—. Ciento noventa y tres, veintidós, uno, veinticuatro.

Doc Savage abrió la marcha en dirección del cuarto contiguo. Al parecer, Kateen MacRoy se había recobrado algo de su letargo. Ella les miró y observó la excitación de Ham.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Han atrapado a Monk —le dijo Doc.

La muchacha se puso en pie.

—Si puedo ayudarles en algo, cuenten conmigo.

—Perfectamente —le contestó Doc—. Venga con nosotros.

CAPÍTULO XIII

MANSIÓN SINIESTRA

CUANDO los tres salieron de las habitaciones, Doc Savage llevaba su linterna de luz ultravioleta. También, envuelto en un periódico, llevaba un par de anteojos, a lo menos asemejábanse vagamente a unos anteojos.

Eran, no obstante, lentes del tamaño de una lata de leche condensada.

Pulsaron un timbre pidiendo un ascensor. El aparato llegó poco después y la puerta se abrió.

Ham penetró en el interior de la jaula mientras el ascensorista tenía la puerta abierta.

—Aguarde un momento —dijo Doc Savage, de repente.

—¿Abajo? —inquirió el ascensorista.

—Dentro de un momento —respondió el hombre de bronce.

Asió por el codo a Kateen MacRoy y la sacó del ascensor. Ham hizo un movimiento para salir también.

—Puedes preparar el coche —sugirió Doc.

Ham asintió con la cabeza, y descendió a la planta baja. Mientras bajaban, el ascensorista inició una conversación en tono casual.

Dijo:

—He visto al gigante de bronce en alguna parte, en otra ocasión.

—Es posible —murmuró Ham, distraído.

—¿Quién es él? —inquirió el ascensorista.

—Doc Savage —informó Ham. No tenía por qué ocultar el nombre. Doc lo había inscrito en el libro de registro del hotel.

—¡Caramba! —exclamó el ascensorista—. ¡He leído mucho de lo que los periódicos han dicho de Doc Savage! ¡Es famoso!

Ham salió a la calle y dobló la esquina para ir al garaje donde tenían el automóvil de Pell. El abogado puso el motor en marcha, llevó el coche a las puertas del hotel, lo dejó y esperó.

Se preguntaba por qué motivo se había quedado atrás Doc con la muchacha.

Desde luego, el hombre de bronce estaba diciéndole algo a la joven. Más ¿qué sería ello?

En las habitaciones del hotel, Doc preguntó:

—¿Comprende el plan ahora?

Kateen MacRoy había cambiado de un modo sorprendente. Su apatía había desaparecido por completo y al parecer ardía de excitación.

—¡Es usted una persona increíble! —exclamó—. Sabe usted todo... lo que se oculta tras esto...

Doc preguntó:

—¿Está dispuesta a colaborar, si fuese necesario?

—¡Con toda mi alma! —respondió la muchacha, fervorosamente—. Después de lo que me ha dicho de Pell...

—¡No hable demasiado! —advirtió el hombre de bronce—. ¡Puede haber algún dictáfono instalado en este lugar!

La muchacha se mordió los labios.

—¡De acuerdo!

—Tendrá usted que poner una cara muy triste —advirtió Doc.

La joven resultó ser una buena actriz; tenía un aspecto lúgubre. Entraron en el ascensor.

En medio del descenso, Kateen MacRoy dio un respingo. No obstante, no lo bastante fuerte para llamar la atención de Doc Savage. La muchacha se miró la mano. Tenía un papel doblado.

El ascensorista se lo había puesto en la mano.

—Se han escrito algunas cosas muy interesantes acerca de usted, señor Savage —dijo el empleado del ascensor.

Kateen MacRoy comprendió que esto era una orden para que leyese la nota.

Dirigió una mirada al ascensorista. Este desvió la vista, miró a Doc Savage y movió ligeramente la cabeza. Esto, desde luego, significa que el hombre de bronce no debía ver la nota.

La joven titubeó, luego movió afirmativamente la cabeza, como si lo hiciera para sí. Pero sabía que el ascensorista la vigilaba y

comprendería que el movimiento afirmativo de cabeza significaba que ella tenía el propósito de obedecer la orden.

El hombre de bronce abrió la marcha cruzando el vestíbulo. Esto dio a Kateen MacRoy la oportunidad de abrir la nota y mirarla.

Estaba escrita a máquina y era fácil de leer.

Decía:

“Apodérese de la estatuilla diabólica azul y no se la matará a usted. El hombre del cupé verde la ayudará a escapar.”

No había ninguna firma, que por otra parte, era innecesaria.

Doc Savage y Kateen MacRoy llegaron al sitio donde Ham esperaba en el automóvil, junto al bordillo de la acera.

Kateen MacRoy dijo:

—Prefiero sentarme delante.

Para evitar la posibilidad de una discusión, subió y tomó asiento al lado de Ham. Lo único extraño de esta acción era que lo joven y Ham, ciertamente, no congeniaban. El abogado la trataba con evidente recelo.

El hombre de bronce tomó asiento, solo, en la parte trasera.

Ham puso el auto en marcha. Luego bajó el cristal que separaba el compartimiento del conductor del asiento trasero, con el objeto de poder conversar con Doc.

—¿Crees que hay posibilidad de sorprender a los secuestradores de Monk? —preguntó.

El hombre de bronce vigilaba con inusitada atención a Kateen MacRoy.

—Es difícil saberlo —respondió.

—Esto puede ser un lazo —insinuó Ham.

—Desde luego —asintió Doc.

—Espero que no hayan molestado a Monk —gruñó Ham.

La conversación cesó durante un rato.

Ham encontró que la tarea de conducir el *sedan* por el tráfico nocturno de la parte sur de Los Ángeles, absorbía por completo su atención.

El abogado elegante empezaba a creer que había salido ya de la zona más congestionada de tráfico, cuando resultó evidente que no era así.

Delante, dos coches intentaron cruzarse al mismo tiempo. Se oyó un chirrido de neumáticos. Las bocinas sonaron frenéticamente. Los

dos automóviles se detuvieron, a punto de topar. Los chóferes empezaron a cambiar insultos.

El tráfico se paralizó en el cruce. Breves instantes después, con el entorpecimiento del tráfico, hubo un barullo de coches.

Al parecer, era lo que Kateen MacRoy esperaba.

La joven entró en acción. Asió el bolsillo de la americana de Ham. El abogado elegante, concentraba su atención en el taponamiento del tráfico, estaba desprevenido.

Antes de que se diese cuenta de lo que sucedía, la muchacha había cogido la estatuilla diabólica. Luego, moviéndose con asombrosa velocidad, empezó a salir del coche.

Doc Savage frustró aquel movimiento. Asió a la muchacha y la detuvo.

Forcejearon furiosamente.

El hombre de bronce concentraba sus esfuerzos en recuperar la estatuilla pétrea. Lo consiguió. Pero la muchacha se zafó y saltó el pavimento.

—¡Maldita sea su estampa! —rugió Ham y fue a lanzarse en persecución de la joven.

Un revólver empezó a ladrar desde el cupé verde. La primera bala casi hizo una raya al pelo de Ham, quien entonces cambió de parecer respecto de seguir a la muchacha. Retrocedió y salió del coche por el lado opuesto.

Doc Savage se encontró al lado de Ham, al instante.

Oyeron que la portezuela del cupé se cerraba con violencia. El motor trepidó. Se percibió un ruido sordo cuando el cupé topó con el bordillo, dobló y subió por la calle alejándose de la congestión del tráfico.

Ham, emitiendo ruidos inarticulados de rabia impotente, subió al coche. Doc se sentó al lado. Ham puso el motor en marcha, hizo retroceder el automóvil y lo volvió. Los tiros habían provocado una enorme agitación.

—¡Doc! —exclamó Ham—. ¿Viste quién iba en el cupé?

—El individuo llamado Dan —respondió el hombre de bronce.

Ham tomó la esquina sobre dos ruedas. El cupé no se veía.

—Creía que la muchacha sería leal esta vez —rechinó Ham, colérico.

Doc Savage no respondió.

Ham gimió:

—Doc, si no me equivoco, me parece que le dijiste que le habías administrado el suero de “verdad”.

—Exacto —respondió el hombre de bronce.

—Esa mala pécora tiene que tener una fuerza de voluntad extraordinaria —se quejó Ham—. De lo contrario, habría dicho la verdad cuando estaba sometida a la influencia del suero.

—Los efectos del suero de “verdad” suelen ser muy erráticos —declaró Doc—. En algunos sujetos no influye en absoluto.

—Esa mal pieza debe ser uno de esos sujetos rebeldes.

Ham conducía el coche de una manera que alarmó a muchos agentes de tráfico. Recorrieron el barrio. No encontraron el cupé verde.

—¡Que mala suerte! —gimió Ham—. ¡La muchacha les dirá que sabemos quién secuestró a Monk! ¿Qué hacemos?

—Lo único que podemos hacer —respondió el hombre de bronce —: buscar a Monk.

Dos horas más tarde, el problema complejo que presentaba la conducta de Kateen MacRoy cesó de ser el tema principal de Ham.

Por entonces, Doc Savage y Ham se aproximaban a la residencia de Samuel Wartz Gime, en Palomar.

Gateaban a lo largo del vallado de zarzas que rodeaba la finca.

Ham cuchicheó:

—Tal vez sería mejor introducirnos por el agujero donde Monk me atrapó el otro día.

—Buena idea— asintió el hombre de bronce.

Era aún de noche, una noche muy oscura. Doc Savage y Ham pudieron moverse gracias a la linterna de luz negra o ultravioleta y a los anteojos especiales que se habían traído.

El mecanismo de estas gafas era sumamente complicado. Consistía en filtros, pantallas rotativas de naturaleza fluorescente y objetivos rápidos.

Este mecanismo estaba dentro de las lentes condensadas. Únicamente arrimando la oreja a las latas era posible oír el funcionamiento del mecanismo. Reinaba un silencio profundo.

La luz negra no era bastante fuerte para producir fenómenos de fluorescencia que podrían descubrir la presencia de Doc Savage y Ham.

A través de los anteojos fluoroscópicos, el mundo presentaba un aspecto fantástico de sombras y luces.

Avanzaron a lo largo del vallado de zarzas, proyectando la luz ultravioleta sobre la base de la vegetación (ciertamente no tenía un color verde, tal como la veían ahora), hasta que encontraron el boquete que Ham había mencionado.

El abogado metió la cabeza en el agujero para empezar a pasar. Lo que ocurrió tan pronto como tocó el follaje era una prueba de que su visita no había sido inesperada.

Evidentemente, el vallado de zarzas estaba dotado, ahora, de un dispositivo de alarma muy efectivo.

Observó Ham, ceñudo:

—Al parecer, nos tenían preparada una buena recepción.

Así era. Se descubrió inmediatamente que unos cuantos pistoleros formaban parte de la recepción.

Unas llamaradas brotaron del vallado y de las matas. El plomo silbó por el follaje donde Doc Savage y Ham estaban ocultos. Cambiaron de posición precipitadamente.

Ham escuchó. Calculó que una docena de hombres disparaban. Sugirió:

—Esta puede ser una ocasión en que la discreción es la parte mejor del valor.

Al parecer, Doc Savage no le oyó. El hombre de bronce avanzaba, gateando, a lo largo del vallado de zarzas, en dirección de uno de los reflectores.

Ham rezongó:

—No servirá gran cosa el apagar una de esas luces.

Doc Savage no prestó atención. Alargando el brazo, agarró la luz y la bajó.

El movimiento de la luz atrajo una granizada de plomo. No obstante, había una pequeña zanja en aquel lugar y el hombre de bronce estaba cubierto.

Logró sacar la lente de la luz. Desenroscó la bombilla, usando un pañuelo para protegerse los dedos del calor. Enfocó el reflector hacia el cielo. Sacó de su bolsillo una moneda y la metió en el casquillo de donde sacara la bombilla.

Un instante después, hubo un chisporroteo de llama azul, cuando la moneda produjo un cortocircuito. Todas las luces se

apagaron.

Ham se llevó un sobresalto un instante después, cuando Doc Savage habló a su lado.

—Fundí las luces —explicó el hombre de bronce.

Doc Savage y Ham se habían quitado temporalmente las gafas fluoroscópicas, por ser éstas inútiles cuando había una luz normal brillante.

Ahora se las volvieron a poner. Doc llevaba el proyector de luz ultravioleta.

El hombre de bronce se introdujo por el agujero del vallado de zarzas. Ham le siguió.

—Permaneceremos juntos —cuchicheó Doc Savage.

Continuaron avanzando. Oyeron unas cuantas maldiciones. Varias pistolas ladraban aún.

La luz negra se enfocó sobre un pistolero que acechaba. Doc y Ham avanzaron con sigilo. El lugar estaba sumido en una oscuridad completa y el bandido no podía ver al hombre de bronce ni a su ayudante.

No hacían ningún ruido perceptible.

Doc Savage le agarró. El hombre de bronce, entre sus muchas habilidades, tenía la de privar del conocimiento a una persona sin hacer el menor ruido; pero en esta ocasión no lo hizo. Sujetó al individuo en una presa de acero.

El pistolero emitió un chillido tras otro.

Doc Savage transfirió la presa al cuello del sujeto. Sus dedos poderosos hicieron algo a ciertos centros nerviosos de la columna vertebral. El individuo, paralizado, quedó inerte. Permanecería en tal estado durante algún tiempo.

—Atraparemos a unos cuantos y los dejaremos chillar —cuchicheó Doc Savage—. Esto les preocupará.

Ham sonrió fieramente. Se imaginaba la eficacia de esa forma de ataque. El hecho de que ellos podían ver en la oscuridad y sus enemigos no, simplificaría a operación.

Doc Savage avanzó hacia otra víctima. Ham miró también a su alrededor.

Vio moverse un arbusto, delante, a la derecha. Gateó en aquella dirección.

La linterna ultravioleta arrojaba una ancha faja de luz y aunque

Doc llevaba la lámpara, Ham veía perfectamente su objetivo.

La víctima en perspectiva era un individuo muy delgado. El abogado saltó.

Sujetó al hombre y le dejó chillar. Después de dejarle chillar varias veces, le asestó un puñetazo formidable. La víctima perdió el conocimiento.

Luego Ham cometió un error. Decidió registrar al individuo. Era posible que los bolsillos del desmayado contuviesen alguna cosa de interés.

Doc Savage esperó hasta ver que Ham había dominado a su cautivo. Luego, el hombre de bronce siguió adelante. Era necesario actuar con rapidez.

En cualquier momento, sus enemigos podrían reparar las luces.

Entonces llegaron a los oídos de Doc unos sonidos que indicaban que Ham había sufrido un accidente.

—¡Doc! —chilló su ayudante—. ¡Doc!

El hombre de bronce giró sobre sus talones y se lanzó hacia el lugar de donde provenían los gritos.

Ham estaba sentado junto a unos arbustos, ileso, a excepción de un corte en la cabeza que sujetaba con ambas manos.

—¡Eran tres! —bramó—. ¡Me asaltaron de improviso!

El individuo que Ham derribara había desaparecido también.

Evidentemente, los asaltantes se lo llevaron.

—Me aporrearon con algo —murmuró Ham, aturdido—. Creo que fue con una llave inglesa.

—¿Dónde está la estatuilla satánica azul? —interrogó Doc.

Ham dio un respingo y se introdujo una mano en los bolsillos.

—¡Se me llevaron el diablo azul! —balbuceó.

Escucharon. A sus oídos llegaron ruidos. Indudablemente, sus enemigos se retiraban.

—Se dirigen hacia la casa —dijo Ham, ceñudo—. Van a meterse allá.

Doc Savage, como si se le hubiese ocurrido algo, corrió hacia el lugar donde sorprendiera a su primera víctima. El individuo había desaparecido. Debieron llevárselo.

—Estos sujetos trabajan deprisa —comentó Ham, ceñudo—. No se duermen...

—Vamos allá —ordenó Doc Savage.

Avanzaron con sigilo hacia la casa. A cincuenta metros de distancia, se percataron de que las cosas no marchaban como ellos pensaban.

—No se retiran a la casa —rectificó Ham—. ¡Bajan por la cuesta del farallón!

Era verdad. Empezaban a caer algunas piedras. Los pistoleros gruñían y maldecían. Todos estos sonidos provenían de la parte delantera del acantilado. Doc y Ham corrieron hacia aquel lugar.

Surgió una luz. Al principio, fue una llamita que se extendió por el suelo.

Ham gritó:

—¡Han prendido fuego a la hierba seca, en el borde del acantilado! ¡Lo han hecho para divisarnos, si nos aproximamos!

Un instante después, se vio que esta operación de sus enemigos iba a ser eficaz. Doc y Ham debieron acercarse lo bastante para que el resplandor se reflejara en ellos. Las pistolas ladraron.

Los proyectiles caían demasiado cerca del hombre de bronce y de Ham.

—Por aquí —dijo Doc.

Guió a Ham hacía la derecha. Llegaron al borde del acantilado, a alguna distancia del fuego, y escudriñaron.

—¿Podemos bajar? —preguntó Ham.

—Muy despacio —respondió Doc.

El hombre de bronce sacó de sus ropas algo que siempre llevaba consigo.

Era una cuerda de seda, larga, atada a un garfio.

Hincó el gancho en la hendidura de una roca. Luego se deslizó cuerda abajo.

Esta, desde luego, aunque era larga, no llegaba al pie del farallón. Lo que haría al llegar al final de la cuerda era problemático.

Un rumor sordo y prolongado surgió de la playa, al pie del farallón. Ham lo reconoció al instante: el motor de un aeroplano. Escudriñó atentamente. Uno de los hombres de abajo proyectó durante un instante una linterna eléctrica.

El destello iluminó a un aeroplano, un bimotor de grandes dimensiones. Era un hidroplano que estaba amarrado en la playa. Los hombres subían a bordo.

Ham divisó a dos prisioneros. A lo menos, iban con las manos atadas y estaban amordazados.

Eran el director de la empresa cinematográfica, el hombre de la cara híbrida, Del Ling, y el individuo de nariz de loro, Samuel Wartz Gime.

No se veía ninguna señal de Monk.

Ham oyó un ruido a su lado. Verificó precipitadamente si el garfio estaba aún hincado en la hendidura. Había desaparecido.

Tuvo un momento de espanto al pensar que el gancho se había desprendido.

Luego se percató de que Doc debió tirar de la cuerda desde abajo, desprendiendo el garfio.

Lo que el hombre de bronce tenía el propósito de hacer estaba claro.

Clavaría el garfio más abajo y continuaría el descenso.

Habría encontrado un punto adecuado para ese propósito. El ruido de los motores del hidroavión aumentó de volumen. El aparato se disponía a partir.

Despegó un momento después.

Ham corrió hacia el sendero, sorteando el incendio. Descendió con toda la rapidez que le fue posible. Halló a Doc Savage abajo.

—Escaparon —dijo Doc, calmamente—. El descenso resultó difícil.

Ham escuchó. El ruido del hidroavión iba disminuyendo en dirección sur.

—¡Se llevaron a los prisioneros! —gimió Ham.

Dado que ya no podían hacer nada, Doc Savage y Ham regresaron a lo alto del farallón, subiendo por la cuesta. El incendio estaba a punto de apagarse.

Se aproximaron con sigilo a la casa, en previsión de alguna trampa que los fugitivos pudieran haber dejado.

Penetraron en la casa por la puerta excusada y se encontraron en una sala amplia y baja. Al parecer, daba al extremo opuesto. Avanzaron y entraron en un patio interior, de estilo español o mejicano.

No había la menor indicación de que hubiera alguien en la casa, hasta que llegaron al lado opuesto del patio. Allí percibieron un rumor. Se detuvieron.

El ruido se oyó de nuevo. Era un gemido y daba la impresión de que la persona que lo emitía estuviese agonizando.

Doc Savage se metió una mano en un bolsillo. Sacó una linterna sorda.

Proyectó el haz de luz en el interior del patio.

—¡Mira! —gimió Ham, horrorizado.

Monk había aparecido visible al resplandor de la linterna eléctrica. La presencia del simiesco químico constituyó, en cierto modo, una sorpresa.

Sin embargo, no explicaba la exclamación de horror de Ham. El aspecto que presentaba Monk fue la causa.

Monk estaba desnudo, a excepción de los calzoncillos cortos. Su cuerpo presentaba señales de haber sufrido una prueba terrible. Su torso entero aparecía cubierto de ribetes lívidos.

Un instante después, vieron lo que ocurría. Los pies de Monk no tocaban el suelo. ¡Su pesado cuerpo pendía... de los pulgares de sus manos!

Ham emitió un rugido de furia contra los atormentadores de Monk, que habían escapado. Saltó hacia delante.

Doc Savage no dijo nada, pero si hubiese habido luz para ver, era dudoso que sus facciones metálicas hubiesen mostrado su habitual impasibilidad.

El rayo de la linterna de Doc, avanzando, reveló que Monk estaba colgado, pendiendo de sus pulgares, de una viga del techo.

El medio de suspensión eran unos alambres. La viga a la que los alambres estaban atados formaba parte del soporte de un balcón que daba al patio.

Doc Savage y Ham cortaron el alambre y tendieron a Monk en las baldosas del patio.

El simiesco químico tardó unos diez minutos en hablar coherentemente.

Cuando lo hizo, fue con voz lenta y baja. Dijo:

—Un falso agente me llevó a una emboscada. Me trajo aquí.

Doc Savage preguntó:

—¿Por qué?

—Para hacerme preguntas.

—¿Qué preguntas?

—Querían saber si habías mostrado algún interés por la

estatuilla satánica azul —explicó Monk—. Al parecer, se percataron de pronto que la imagen azul era una pista o una prueba acusadora, que podría descubrirlos. Van a intentar arrebatarte la estatuilla azul.

—Lo han conseguido —interrumpió Ham, ceñudo.

—Mala suerte —comentó Monk—. La estatuilla azul tiene mucha importancia. También me hablaron de los puros.

—¿*De los puros*? —preguntó Doc.

—Sí —respondió Monk—. Querían saber si habías hablado de los puros. No acerté a comprender lo que querían decir.

Ham interpuso:

—Monk, ¿tienes alguna idea de lo que se oculta tras de todo este misterio?

—No —replicó Monk.

Ham rezongó:

—Al parecer, no tenemos suerte.

—Olvidas los puros —le dijo Doc Savage.

CAPÍTULO XIV

OTRA VEZ EL DIABLO DE ÁGATA

UNA hora más tarde, Doc Savage guiaba el automóvil por los barrios del sur de Los Ángeles.

Monk había demostrado poseer una capacidad insólita de recuperación. Iba sentado con Ham en la parte trasera. Disputaban.

—¡La próxima vez que encuentre a ese pulgoso mono tuyo molestando a mi *Habeas* —amenazó el simiesco químico—, la población de micos disminuirá en uno!

—¿Mi mono molestando a tu *Habeas*? —replicó Ham, en tono acre—. ¡Es ridículo! ¡Ese condenado cochino mordió a mi mono! ¡Si casi le comió una pata!

Doc Savage habló por encima del hombro, desde el asiento delantero.

Preguntó:

—Monk, en la conversación que oíste a tus secuestradores, ¿mencionaron que este asunto tenía un aspecto internacional?

Monk reflexionó y luego movió afirmativamente la cabeza. Respondió:

—Sí, ahora que recuerdo. Uno de ellos mencionó un país asiático; algo que les interesaba relacionado con ese país. Los otros le dijeron que se callase.

Los vendedores de periódicos voceaban a grito pelado en la esquina:

—¡Edición extraordinaria! ¡Un crimen extraordinario! ¡Diplomático extranjero asesinado!

Doc Savage detuvo el coche en la acera. Se apeó, compró un periódico y volvió con él; lo extendió y miró los titulares:

DIPLOMÁTICO EXTRANJERO ASESINADO

HALLAZGO DE UNA ESTATUILLA SATÁNICA EXTRAÑA

La historia tenía una línea fechada en San Francisco. Doc Savage posó un dedo sobre el nombre del país que representaba el diplomático asesinado.

Tenía el periódico de modo que Monk lo viese. Le preguntó:

—¿Es ése le país que oíste mencionar?

—¡El mismo! —exclamó Monk.

El simiesco químico miró más atentamente la historia y leyó parte de ella.

—¡Caspita! —estalló—. Debe ser el asesinato que les oí comentar.

—¿Quién era el muerto? —interrogó Ham.

—El asesinado —explicó el hombre de bronce—, era uno de los políticos más influyentes de su país nativo. La historia dice que llegó por barco hoy y se dirigía a Washington a una misión especial de buena amistad.

—Una misión de buenas relaciones puede camuflar una multitud de pecado —comentó Ham.

—Exacto —asintió Doc Savage—. Ese diplomático pudiera haber llevado consigo un tratado. Podría haber venido a negociar algún tratado comercial.

Ham jugueteó distraídamente con su bastón estoque, al mismo tiempo que rascaba el lomo de su mono.

—Este diplomático no es el primer extranjero asesinado por el método del diablillo —apuntó.

Monk refunfuñó:

—Sigo pensando que esto no tiene pies ni cabeza.

Doc Savage no pronunció ninguna palabra más. Detuvo el automóvil delante de un estanco lujoso, que estaba abierto a esa hora. Entró y permaneció en el establecimiento unos diez minutos. Al salir, no dio ninguna explicación. Puso el auto en marcha y poco después de detuvo delante de otro estanco.

—Tratas de averiguar el lugar de origen de los puros —observó Monk.

—¿Has tenido suerte? —preguntó Ham.

—La clase excelente del tabaco facilitó las indagaciones —respondió el hombre de bronce—. Los elaboran aquí, en Los Ángeles, en una fábrica del barrio español.

El automóvil recorrió unas cuantas manzanas más. Entró en una calle que terminaba bruscamente en el borde de un arroyo seco, de cauce profundo, algo apartado.

El último edificio, a la derecha de la calle, ostentaba un rótulo en español:

CIGARROS.

—Ese es el lugar —dijo Doc.

—Es extraño que esté abierto a estas horas de la noche —observó Ham.

Entraron y esperaron. No apareció nadie.

La fachada del edificio ostentaba un escaparate, exhibiendo varias cajas de puros, abiertas. En el mostrador y en los estantes veíanse más cajas, la mayoría sin abrir.

En un estante aparte había un número de cajas, envueltas y listas para remitirlas. Más al fondo de la tienda, detrás de una valla de madera, había algunos bancos y herramientas.

En los bancos veíanse recortes de hojas de tabaco usado en la elaboración de los cigarros. También había algunas cuchillas.

—Es una fábrica anticuada —comentó Ham, girando la vista a su alrededor—. Elaboran los cigarros a mano.

Doc Savage no respondió. Fue a la parte trasera del mostrador y cogió algunas de las cajas ya empaquetadas de detrás del estante. Las examinó.

—¿Has encontrado algo? —inquirió Monk.

Doc mostró varias de las cajas a Monk, apuntando con un dedo bronceado las direcciones. Estas eran variadas y algo sorprendentes.

Una estaba dirigida a París. Otra aparecía destinada a Moscú. Otras iban dirigidas a Nueva York, Roma, Shanghai.

—¡Esta fábrica tiene clientes en todas partes! —gruñó Monk.

Bruscamente, el hombre de bronce volvió a colocar en su sitio las cajas y fue a la parte delantera del mostrador, fingiendo estar interesado en la exhibición.

Un hombrecillo moreno apareció, con una sonrisa de ansiedad y excusa en el rostro. Salió de detrás de la valla de madera.

—Mil perdones, señores —murmuró—. Estaba cenando.

Doc Savage imitó su cortesía.

—Tiene usted algunos puros en el escaparate —dijo—. Evidentemente, son de primera calidad.

El hombrecillo moreno sonrió ampliamente. Se metió detrás del mostrador y se frotó las manos.

—¿Le gustaría ver algunas clases de nuestra elaboración, señor? —preguntó.

—Si me hace el favor.

El hombrecillo empezó a mostrar puros, mencionando precios, calidades, tamaños y formas.

—¿Vende usted mucho fuera? —sugirió Doc.

—Sí, señor. Mis clientes me recuerdan.

Doc señaló las cajas empaquetadas.

—¿Puedo ver la calidad de los puros que exporta?

El pequeño propietario sonrió.

—Lo siento —dijo—. Esas cajas ya están empaquetadas, como puede ver, señor. Pero estos cigarros que le estoy enseñando son de la misma calidad.

—Tengo especial interés en conocer la calidad de los cigarros que usted exporta —le dijo Doc—. Haga el favor de enseñarme algunos.

El hombrecillo moreno se humedeció los labios. El color de su piel iba adquiriendo un matiz plomizo.

—Muy bien, señor —murmuró, dirigiéndose hacia las cajas.

Más no hizo el menor movimiento para abrir alguna de ellas. En lugar de esto, se zambulló de repente en la parte trasera de la fábrica de cigarros.

Doc Savage cogió una de las cajas y se la guardó debajo de la camisa, asegurándose de que el dependiente no le veía.

—¡Ese tipo huye! —aulló Monk.

Pero Doc Savage ya corría en su persecución.

No obstante, el hombrecillo actuaba al mismo tiempo que corría. Derribaba sillas y cuanto encontraba a su paso, dificultando la persecución.

Llegó a la puerta trasera, salió y la cerró con violencia. Una cerradura chirrió.

Doc empujó la puerta. Era sólida. Asestó un puñetazo. La puerta crujió, cediendo un poco. Monk le ayudó. Dieron unos cuantos golpes y la puerta se derrumbó.

Los tres hombres pasaron velozmente. Casi al instante, los brazos de Doc Savage echaron atrás a Monk y a Ham.

—¡Cuidado! —avisó.

Monk y Ham retrocedieron involuntariamente. La parte trasera del patio tocaba el borde del arroyo. Ante ellos se abría un boquete enorme. No podían distinguir la profundidad del arroyo.

Doc Savage extendió un brazo por encima del borde y dejó caer una moneda. Calculó la profundidad por el tiempo que la moneda tardó en llegar al fondo. Luego avanzó hacia el vacío. Tocó el fondo con un ruido bastante fuerte.

—¡Será mejor que no lo intentéis! —gritó a sus ayudantes—. Esto es demasiado hondo.

—¿Qué hacemos? —chilló Monk.

—¡Vigilad esos cigarros que están prestos para expedirse! —respondió Doc Savage.

—¡Bien! —dijo Ham; y él y Monk regresaron a la fábrica.

El hombre de bronce volvió a escuchar. Percibió las pisadas de alguien que corría arroyo abajo. Se lanzó en su persecución. Había arena en el cauce del arroyo. Era imposible caminar silenciosamente. Hizo un poco de ruido.

El hombre que corría delante debió oírle. Empezó a correr con mayor velocidad. Doc aceleró su marcha.

De pronto, el hombre de bronce se detuvo.

Había percibido el extraño olor a alcanfor en la obscuridad. Avanzó unos pasos. El olor se hizo más fuerte. Se detuvo de nuevo, tentado a retroceder.

De repente, percibió el sonido de lo que parecía ser el inevitable acompañamiento del horrible y sugestivo olor a alcanfor.

Un hombre lanzó un alarido de terror. Su aullido fue prolongado, sin una palabra.

De pronto surgió una luz deslumbrante. Por más que Doc forzara la vista, no pudo penetrar el resplandor.

Hasta las pupilas de sus ojos adiestrados necesitaban unos instantes para ajustarse a tal resplandor, y antes de que esto ocurriera la luz se extinguía.

El grito se apagó un momento antes de aparecer la luz y no volvió a resonar.

Doc avanzó, corriendo, sacando una linterna de un bolsillo. Proyectó el haz de luz.

El cuerpo del hombrecillo moreno yacía de cara a las estrellas.

Estaba destrozado y en un costado de la cabeza aparecía un boquete que le atravesaba por completo el cráneo.

Doc Savage movió ligeramente el destello de la linterna y enfocó una de las estatuillas satánicas.

El diablillo era rojo.

Extinguió la linterna y retrocedió velozmente. Todas sus facultades estaban alerta; Pero, especialmente, escuchaba.

Oyó un sonido, ciertamente no el que esperaba. Era un aullido de sorpresa y dolor. ¡La voz de Monk!

—¡Doc! —chilló su ayudante—. ¡Este lugar es una trampa! ¡Está lleno de tipos...!

Monk calló. Alguna cosa le había ocurrido en la fábrica de cigarros.

El hombre de bronce giró sobre sus talones y se lanzó arroyo arriba.

El desgraciado dependiente de la fábrica de cigarros había descendido de la parte trasera del establecimiento por una escalera de mano, que ahora aparecía tirada en el cauce del arroyo.

Doc percibió ruidos de violencia en la fábrica. ¡Había lucha! El hombre de bronce siguió corriendo y cubrió un centenar de metros antes de encontrar un sitio por donde podía trepar rápidamente. Aun así, subió con alguna dificultad.

El motor de un automóvil emitía un ruido enorme en la calle, cerca de la fábrica. Luego, el auto arrancó en la noche.

Trepando con toda la velocidad posible, Doc Savage llegó a la fábrica. El escaparate estaba roto y su contenido esparcido. Había una mancha escarlata en el suelo.

Dentro de la fábrica, veíanse dos mesas de trabajo volcadas por el suelo.

Todas las cajas de cigarros que estaban preparadas para remitirlas a su destino, habían desaparecido.

No se veía el menor rastro de Monk ni de Ham.

Doc Savage salió a la calle. El automóvil que usaban él y sus dos ayudantes, había desaparecido. No cabía duda de que éste era el coche que había partido a tan grande velocidad. El hombre de bronce volvió a la fábrica.

Registró el local minuciosamente. No encontró nada, excepto las pruebas de que varios hombres habían estado viviendo en la parte

trasera.

No había facturas ni recibos que indicasen a qué personas se habían remitido cigarros en el pasado.

Media hora más tarde, Doc Savage regresó al hotel donde había establecido su cuartel general. Entró en sus habitaciones cautelosamente, escudriñando el pomo de la puerta, escuchando largo rato, procurando no caer en la trampa.

Luego buscó precipitadamente algunos objetos de su equipo.

Sacó una linterna de aspecto extraño, que proyectaba una luz ultravioleta.

Tenía aún la caja de cigarros que sustrajera en la fábrica y se guardara debajo de la camisa. La sacó ahora. El envoltorio llevaba la dirección de un destinatario, en Berlín, Alemania.

Doc Savage no se aventuraba. Su equipo estaba provisto de un aparato de rayos X. Lo hizo funcionar, con la caja debajo. El examen de los rayos X no reveló ninguna bomba; tan sólo cigarros.

Luego abrió la caja. Con sumo cuidado quitó el papel en que estaban envueltos los cigarros. Los envoltorios eran de calidad similar a la del papel cebolla.

Cuando se proyectó la voz ultravioleta sobre los envoltorios de los cigarros, aparecieron a la vista, impresos en cada uno de ellos, un número y una fecha.

No cabía duda de que fueron impresos con algún producto químico que se tornaba fluorescente bajo la luz negra.

Doc Savage escrutó los números. A primera vista, todos parecían ser iguales. No obstante, había una diferencia material.

El hombre de bronce colocó tres envoltorios, uno encima del otro. Las leyendas decían:

Registrado mayo 3, 1908

Patente N.º 11 6 16 6 16

Registrado mayo 4, 1908

Patente N.º 21 6 13 6 25 1

Registrado mayo 5, 1908

Patente N.º 9 21 18 51

El espaciado existente entre las cifras de los números de las patentes era pequeñísimo, casi imperceptible. Varias veces Doc Savage se vio obligado a practicar un examen muy detenido para descubrir alguna irregularidad en el espaciado.

Era, evidentemente, una escritura cifrada.

El hombre de bronce empezó a descifrarla. No cubrió páginas de papel de cifras antes de iniciar las operaciones, sino que contempló la cifra, ensayando mentalmente unas variedades de combinaciones.

No resultó muy difícil. Recorrió mentalmente la escala del alfabeto.

Tomó el primer número de patente, el del 3 de mayo de 1908. La cifra I resultó ser la J; el número 6, la letra E; 16, la N; 6, otra E; y otro 16, la N. Esto le dio la palabra JENEN.

Esto no era muy ilustrativo. Continuó la operación.

La siguiente palabra, de los números siguientes al 4 de mayo de 1908, era más sugestiva. Era REVELA.

Los números del 5 de mayo, dieron la palabra PROCEDA.

Doc encontró otros envoltorios con los números de registro de patentes impresos en ellos; Y al descifrarlos, añadiendo las palabras a las tres primeras; el mensaje decía:

JENEN REVELA. PROCEDA.

TOKIO LLEVE CAMARA FOTOGRÁFICA.

Los resultados fueron, quizá, algo decepcionantes.

Doc Savage no demostró el menor disgusto. Recogió los envoltorios, hizo un paquete con ellos y salió del hotel.

En la calle, llamó a un taxi.

—Al Departamento de Mineralogía de la Universidad —ordenó.

El hombre de bronce se reclinó en los cojines y, en una de las pocas ocasiones de su carrera, sus facciones representaron una expresión preocupada.

Era evidente que le preocupaba la seguridad de sus dos ayudantes, Monk y Ham.

El taxi había recorrido unas cuantas manzanas cuando, al parecer, Doc Savage modificó su plan. Ordenó al chofer que lo llevase a otro destino.

El vehículo se detuvo delante de un hotelito, en las afueras de la ciudad.

Doc Savage se apeó. Llamó con los nudillos en la puerta. Fue una señal peculiar: tres pares de golpecitos rápidos, luego uno solo.

La puerta se abrió. Como el interior estaba sumido en una obscuridad completa, era imposible ver al ocupante de la casita de campo.

—El asunto llega a su punto culminante —dijo Doc Savage—. ¿Quiere usted participar en el final?

—¡Ya lo creo que sí! —respondió una voz desde el interior—. ¡Estaré con usted al instante!

Estaba demasiado oscuro para distinguir al hombre que salió de la casita y se reunió con Doc Savage. Al parecer, se conocían muy bien mutuamente.

El hombre de bronce y su misterioso compañero subieron al taxi. Dijo Doc:

—Iremos ahora al Departamento de Mineralogía de la Universidad. Estamos cerca.

El taxi avanzó y una vez más el hombre de bronce se retrepó en los cojines.

Tenía un aire de preocupación, como si pensase de nuevo en la situación de Monk y de Ham.

CAPÍTULO XV

DESTINO DESCONOCIDO

A Monk y a Ham les hubiera ido muy bien, en aquel momento, la ayuda eficaz que Doc Savage solía prestar. Monk yacía tendido boca arriba y empezaba a darse cuenta de que la cabeza le dolía de una manera infernal.

No podía calcular cuanto tiempo había estado privado de conocimiento. No obstante, todavía era de noche.

El ataque a la fábrica de cigarros se produjo inesperadamente, sin el menor aviso. Ham y él se encontraron ante una fuerza numérica superior. La refriega fue breve y violenta. Un rifle descargado con violencia derribó a Monk, si él no estaba equivocado. Ignoraba qué había sido de Ham.

Abrió los ojos poco a poco y se percató de que, por el resultado, hubiera sido igual que los hubiera tenido cerrados. Se encontraba en un espacio reducidísimo, sumido en la obscuridad.

De pronto notó que no todo el ruido que se oía se originaba en su propia cabeza. Parte del ruido provenía del exterior. Frunció el ceño y escuchó.

—¡Se encontraba en un aeroplano en pleno vuelo!

Intentó mover las manos y descubrió que las tenía detrás, a su espalda, esposadas. Hizo un esfuerzo. No se zafó pero averiguó que en las muñecas tenía más de una par de esposas. Se retorció y forcejeó furiosamente.

Comprobó que las esposas no cedían, pero sus esfuerzos produjeron ciertos resultados.

—¡Estése quieto, animal! —protestó una voz en la obscuridad.

—¡Diantre! —exclamó Monk—. ¿Es usted quien yo creo que es?

—¡Deje de dar coces, so borrico! —bramó el otro.

Monk cerró los ojos y luego los abrió. Conocía aquella voz.

¡El individuo que le hablaba era Dan, el hombre de cuello de pavo!

—¿Qué hace usted aquí? —interpeló Monk.

—¡Estoy viajando por motivos de salud! —gruñó el otro.

Monk redobló sus esfuerzos para liberarse y hasta pegó unos puntapiés, de vez en cuando, a Dan.

—¡Deje de cocear! —refunfuñó Dan, el del cuello de pavo—. Soy un prisionero como usted.

Monk desistió de sus esfuerzos para liberarse.

—¿Dónde está Ham? —inquirió.

—¡Detrás tuyo! —informó la voz de Ham.

—¿Perdiste el conocimiento? —preguntó Monk.

—No —respondió su compañero—. Pero el resultado es el mismo. Me apresaron y ataron.

—¿Quién más está aquí? —interrogó Monk.

—Kateen MacRoy —explicó Ham.

—¡Diantre! —exclamó Monk.

—Samuel Wartz Gime —añadió el del cuello de pavo—, y ese cineasta Del Ling.

—¿Toda la pandilla? —murmuró Monk, asombrado.

—Exacto —confirmó Ham.

—¿Todos prisioneros?

—Sí —dijo Ham—. Este es un bimotor gigantesco. Estamos en una especie de compartimiento para el equipaje. Los otros prisioneros están en la cabina.

—¿Estás seguro de que son prisioneros? —insistió Monk.

—Estaban esposados cuando los trajeron a bordo —informó Ham.

—¿Adónde vamos?

—Estoy tan enterado como tú —murmuró Ham.

Monk permaneció silencioso un rato. Encontraba difícil creer en la información que acababa de recibir. Siempre se había imaginado a Gime, Del Ling, Dan y hasta a la muchacha Kateen MacRoy en el papel de traidor.

Ahora resultaba que todos estaban prisioneros. Monk se sintió decepcionado.

El individuo de cuello de pavo resopló:

—Me parece que ustedes se habían figurado que yo era uno de estos bandidos de la pandilla del diablo.

—¿Puede censurársenos eso? —interpeló Monk.

—Desde luego que no— Dan soltó una risita—. Si se supiera la verdad... He sido un burro. No debiera haberme mezclado en este asunto.

—¿Qué misterio es éste? —preguntó Monk—. ¿Qué objetivo persigue esa banda de facinerosos?

—Le contaré la historia desde el principio; así será posible que la entienda —sugirió Dan—. Hace cosa de un par de años, se me acercó un individuo cuando yo trabajaba de vaquero en Nevada, cerca del lugar donde construían el Pantano Boulder. El individuo tenía una cámara fotográfica. Me la dio, junto con quinientos dólares. Mi obligación consistía en subir a las colinas que dominan el Pantano y sacar una fotografía una vez al día.

—Comprendo —interpuso Monk—. Alguien quería conocer la estructura del pantano.

—Sí —asintió Dan—. Eso es lo que me figuré. Sea lo que fuere, yo debía remitir las fotografías a una dirección de Los Ángeles. Lo hice. El trabajo era poco para el dinero. Pero una cosa siguió a otra. El individuo me dio mil dólares para que le pasara unos paquetes a Méjico. Después he hecho muchas otras cosas, que no se las diré, porque esto no es una confesión. No he matado a nadie.

—Comprendo —murmuró Monk—. Pero, ¿qué objetivo persiguen los que intervienen en este asunto?

—No tengo la menor idea —declaró Dan—. ¡Para mí, ésta es una pandilla de locos! Yo simplemente cobro y recibo órdenes.

—Seguramente puede decirme algo que me dé una idea de lo que pretende esta gente —gruñó Monk.

—Es inútil, Monk —dijo Ham—. He estado hablando con él mientras tú estabas desvanecido. No sabe nada.

—¿Qué me dice de Gime y de Del Ling? —preguntó Monk.

El individuo de cuello de pavo respondió:

—No saben más que yo. Se mezclaron en este asunto casi de la misma manera que yo. He hablado con ellos.

En este punto, la puerta se abrió. Unos brazos se introdujeron en el compartimiento, agarraron a Monk y le sacaron a rastras. Lo mismo hicieron con Dan y con Ham.

Monk giró la vista a su alrededor. Se hallaba en el interior de una cabina de grandes dimensiones.

Kateen MacRoy, Gime y Del Ling ocupaban asientos en la cabina. Estaban esposados pero no amordazados.

El hombre que sacó a rastras a Monk y a los otros del compartimiento del equipaje era un tipo fornido y bizco.

—¡Queremos teneros donde podemos vigilaros! —advirtió el tipo bizco.

Monk pasó unos minutos preguntándose adónde podía dirigirse el aeroplano.

Se volvió y, como nadie se lo impidió, se enderezó. Pudo mirar hacia el exterior.

Empezaba a clarear. El aeroplano volaba sobre un terreno rocoso, sobre un desierto de rocas. No se distinguía ni un árbol. Desfiladeros y picos pétreos.

Los elementos habían trazado unas formas grotescas en aquel desierto de rocas. El sol naciente arrojaba un resplandor rojo e infernal sobre el conjunto.

—Probablemente, el infierno debe tener ese aspecto —murmuró Monk, indicando que no era un optimista.

El aeroplano se ladeó bruscamente, preparándose para aterrizar ya muy en breve.

El lugar escogido para el aterrizaje era un desfiladero que no poseía ninguna característica extraordinaria para distinguirlo exteriormente.

No era tan grande como otros desfiladeros sobre los cuales habían pasado.

Empezaba a despuntar el día y el fondo del desfiladero estaba envuelto en sombras.

El aeroplano estaba ya muy bajo antes de que Monk pudiese distinguir algún detalle.

El aparato aterrizaba. Monk, que era un piloto experto, opinó que el aterrizaje se efectuaba poco hábilmente. Quedó sorprendido cuando el aparato no se estrelló.

Se asombró aún más cuando el avión se deslizó hacia lo que parecía ser un costado sólido del desfiladero.

El simiesco químico quedó boquiabierto cuando una cavidad enorme se abrió misteriosamente en la pared del desfiladero. Un

instante después comprendió cómo se había realizado dicha operación.

Había una cortina de lona en un camino.

La lona estaba pintada de un color imitando a la roca. Varios hombres salieron, corriendo, de la abertura. Asieron las alas del aeroplano y ayudaron a meterlo en el extraño hangar.

Otros hombres surgieron con unos rastrillos y empezaron a borrar los vestigios del aterrizaje del aparato.

Escudriñando en torno suyo, Monk decidió que la cavidad del costado del desfiladero había sido obra de la Naturaleza. Aquellos hombres la habían aprovechado colgando una cortina en la parte delantera.

Había dos aeroplanos en el lugar. Uno de ellos llamó la atención de Monk.

El aparato mismo no le intrigaba tanto como su contenido. Podía ver el interior de su cabina; había varias luces eléctricas en la enorme caverna.

Monk tenía conocimientos de radio; realmente era casi un técnico. La cabina del otro aeroplano contenía lo que juzgó era la emisora más potente y más completa que había visto en su vida.

Pudo observar algunos de los tubos de transmisión. Si no se equivocaba, podía radiar un mensaje casi a todo el mundo, en onda corta, desde luego.

Todos los prisioneros fueron sacados del aeroplano.

Monk observó atentamente a los hombres que le habían capturado. Algunos de ellos tenían cara feroz y maneras brutales. Otros de aspecto inteligente, mostraban una cortesía más peligrosa aun que la brutalidad de sus compañeros.

Monk decidió que ninguno de ellos era el jefe, el archicriminal que capitaneaba a aquella banda.

—¡Caminad! —ordenó un hombre empuñando un revólver con el que le amenazaba.

Los prisioneros le obedecieron.

Fueron escoltados a través de la caverna y entraron en lo que parecía ser la boca de un río subterráneo.

Evidentemente la entrada había sido agrandada por la mano del hombre.

Unas bombillas eléctricas, que pendían del techo, iluminaban el

lugar.

Monk había caminado unos cuantos cuando se detuvo y miró, estupefacto, la formación de la roca. Era de un material azul que se parecía al cristal.

—¡Diantre! —exclamó—. ¡Aquella estatuilla diabólica azul fue hecha por esta roca!

—¿Quieres que te hunda a puntapiés las costillas? —preguntó el hombre del revólver.

Monk no quería semejante cosa. Echó a andar precipitadamente.

Llegaron a una puerta hábilmente disimulada, que se asemejaba a una pared sólida hasta que un hombre gritó y fue abierta por alguien desde el otro lado. Los prisioneros entraron. Se encontraron en una especie de galería estrecha.

Varias habitaciones, excavadas sin duda, con gran dificultad, daban al otro lado.

Monk se interesó especialmente por una habitación situada a la derecha. Era la habitación mayor de todas pero no parecía ser bastante grande para acomodar el material que contenía.

Veíanse allí mayor número de aparatos del aspecto más complicado que los que Monk había visto en su vida. No le igualaba ni el mismo laboratorio de Doc Savage.

Gran parte del material consistía en herramientas metálicas. Había retortas, hornillos eléctricos. También veíase un equipo químico que, por lo completo, sorprendió a Monk.

El simiesco químico, al detenerse a escudriñar la habitación, recibió un empujón que le echó hacia delante.

Movió la cabeza, extrañado. Le pareció ver claramente todos los detalles de la habitación. De pronto la bautizó con un nombre.

Observó:

—El lugar de nacimiento de los Diablos de la Muerte.

—Me parece que voy a acribillar a ese gorila —gruñó uno de los hombres.

—Después —aconsejó otro—. Tiene que responder a algunas preguntas primero.

Monk no hizo caso de estas amenazas, aunque le producían escalofrío. No se habían tomado la molestia de llevarle allí vivo, sin algún motivo. Escrutó de un lado a otro, procurando verlo todo.

Su descubrimiento siguiente consistió en un cuarto que parecía

ser un almacén. En el suelo había unos postes de madera que soportaban hamacas de lo que parecían ser redes de pescar.

En estas hamacas veíanse algunos artículos parecidos a huevos, excepto que ningún ave puso jamás un huevo tan voluminosos como aquellos. Eran negros. Además, no era solo la forma de huevo lo que sorprendía.

Había, a lo menos, cuarenta o cincuenta de ellos. La manera como aparecían colocados en las hamacas, rodeados de algodón, indicaban que era objeto de gran cuidado.

La presión apremiante del cañón de un revólver indujo a Monk a seguir caminando. Oyó unos ruidos metálicos procedentes del techo. Estos fueron interrumpidos por el sonido que una piedra de molar hace cuando se afila una herramienta.

Un instante después, Monk descubrió el origen de los sonidos. En un banco, un individuo moreno, trabajaba. Se inclinaba sobre un fragmento de roca.

Asegurado por un torno de carpintero; trabajaba la roca con un cincel y un mazo de madera. De vez en cuando usaba una máquina de amolar eléctrica.

En un ojo tenía el hombre una lente de aumento de joyero, y mientras trabajaba levantaba la vista y miraba con frecuencia el cristal de una caja donde aparecía la imagen ampliada de un rostro humano.

La cara era la de un oriental de ojos oblicuos. Parecía familiar.

—¡Ah! —murmuró Monk, para sí—. ¡El origen de las estatuillas diabólicas!

Monk recibió un puntapié súbito y en silencio, en premio al esfuerzo que hacía para verlo todo.

El simiesco químico resistía toda clase de maltrato físico; resistía toda clase de torturas mentales, más cuando sentía un dolor siempre quería pelear.

Ejecutando una extraordinaria proeza acrobática, dio un salto en el aire y plantó los dos pies en el pecho del hombre que le había dado un puntapié en la espinilla. El individuo cayó a unos diez metros de distancia.

Monk tenía las manos esposadas detrás de él y no le servían de gran cosa en la actual refriega. Sin embargo, sus piernas eran sumamente diestras. Derribó a otro secuestrador, atropellándole.

Ham se reanimó. También Kateen MacRoy y los otros. La galería se llenó de ruido de lucha. Resonaron golpes. Los pies se usaban con evidente efecto.

La refriega había de terminar con una derrota. Luchaban contra unas fuerzas numéricamente superiores.

Además, estaban esposados. Los fueron empujando por la galería.

Monk divisó otra habitación, un cuarto vulgar, excepto que estaba lleno de grandes carburadores metálicos. Veíanse tres mesas de escritorio, y sobre éstas muchos papeles, por lo cual parecía que algunos hombres habían estado trabajando allí.

En el extremo del pasillo había una puerta metálica, perforada por una ventana enrejada. Alguien abrió esta puerta. Los prisioneros fueron metidos a empujones en lo que parecía se una prisión compuesta de celdas excavadas en la roca.

Las puertas de las celdas eran de acero. Para los efectos de ventilación, cada puerta tenía un número de agujeritos de una pulgada de diámetro.

En rápida sucesión los primeros fueron a empujones en las celdas que cerraron con llave.

Monk se encontró en compañía de Dan.

El individuo de cuello de pavo se quejó:

—¡Estamos en una situación apurada!

—¡Exacto! —gruñó Monk.

Dan preguntó en la obscuridad:

—¿Cree usted que existe la posibilidad de que Doc nos salve?

Monk reflexionó.

—Lo ignoro —respondió finalmente—. Doc es un hombre muy astuto. Le he visto enfrentarse con muchos misterios y siempre resultaba que estaba informado de todo.

Dan, el del cuello de pavo, parecía estar preocupado. En realidad, si Monk no se equivocaba, Dan estaba asustado.

La puerta chirrió al abrirse. Una linterna eléctrica proyectó un haz de luz deslumbradora en sus ojos. Aparecieron cuatro hombres, empuñando pistolas.

Encañonaron a Monk, agarraron a Dan y le sacaron a rastras. La puerta fue cerrada con llave de nuevo.

Monk escuchó con cierta ansiedad. Oyó que arrastraban a Dan.

Luego percibió una voz que le interrogaba y su réplica violenta.

Después le oyó chillar. Había parecido ser un viejo fuerte y resistente pero su grito fue de terror. Sonó una detonación y el grito de Dan cesó.

CAPÍTULO XVI

TERMINA LA AVENTURA

TRANSCURRIERON horas negras e interminables. Monk no tenía la menor idea del tiempo. Le habían quitado el reloj.

Trató de zafarse de las esposas que le aprisionaban e intentó forzar la puerta, sin conseguir nada. No teniendo nada más que hacer, se arrimó a la puerta de la celda e inició una conversación por los agujeros de la ventilación.

—¿Alguno de vosotros se fijó en las características de esta caverna, cuando entramos? —preguntó.

—Yo me fijé —respondió Ham.

—¿Qué opinas?

—Pues que aquí fabrican esas estatuillas satánicas.

—Sin duda —asintió Monk—. Pero, ¿qué significa todo lo otro? ¿Qué te pareció el cuarto lleno de archivos? Parece ser una oficina.

—Eso no es lo que me interesó más —replicó Ham.

—¿Qué te interesó más?

—El taller —respondió Ham—. Especialmente ese almacén donde aquellos huevos negros, de aspecto extraño, descansaban sobre las hamacas. ¿Qué diablos son esas cosas?

—Me ha entrado dolor de cabeza pensando en lo mismo —confesó Monk.

La puerta que daba al exterior de la caverna se abrió. Entraron varios hombres, desnudos hasta la cintura, pues hacía mucho calor.

Los que iban delante del grupo llevaban porras, atadas a las muñecas, para que no se las pudieran arrebatar. Los otros empuñaban armas de fuego.

Monk se llenó de aprensión cuando abrieron la puerta de su celda. Le agarraron y sacaron a rastras.

—¿Qué significa esto? —protestó.

—¡Cállate! —le ordenaron—. ¡Ya tendrás ocasión de hablar!

El simiesco químico fue sacado a la larga galería y arrojado al suelo de roca.

Cerca había una mancha carmesí, húmeda aun.

Monk la contempló lúgubrementemente.

Un individuo le preguntó:

—¿Oíste lo que recibió Dan?

Monk asintió con un movimiento de cabeza.

—Ese es el lugar —dijo el hombre, señalando la mancha roja y húmeda.

—¿A santo de qué me traen aquí para asesinar-me?

—Tal vez no sea necesario matarte, a menos que seas muy terco.

Dan era un tipo muy obstinado.

Monk frunció el ceño y esperó.

—Todo lo que has de hacer es responder a unas cuantas preguntas —fue informado.

—Pregunta —indicó Monk. Le sorprendió observar que su voz sonó con tono preocupado.

—¿Qué sabe Doc Savage de todo esto?

—Lo ignoro —respondió Monk.

—¿Cómo es eso?

—Sencillamente porque Doc no dice nunca a nadie lo que él sabe.

—Pero tú eres uno de sus ayudantes, ¿no es verdad?

—Esto no importa —replicó Monk, procurando hablar en tono convincente—. Doc es un tipo raro. No se puede decir nunca lo que va a ocurrir, cuando él anda cerca.

—¿Entonces Doc Savage puede conocer algunas cosas que no te ha comunicado? —interpeló uno de los pistoleros agriamente.

—Exacto.

Monk tuvo la impresión de que su voz sonaba como si estuviese mintiendo.

En realidad, decía la verdad.

El hombre que le había interrogado retrocedió.

Miró hacia el cuarto de los archivos. La puerta de esta habitación estaba cerrada ahora.

—¿Qué dice usted, jefe? —preguntó el interrogador.

Monk miró a los reunidos allí. Observó una gran tensión en el grupo, como si en la habitación de los archivos hubiese un dragón infernal.

Monk comprendió perfectamente. ¡El archicriminal estaba en aquel cuarto cerrado!

Evidentemente, el jefazo no iba a hacer acto de presencia, porque habló sin salir de la habitación. Usó una voz aguda, evidentemente fingida.

La acústica de la caverna imposibilitaba la identificación de la voz.

—¡Descerrájele un tiro! —ordenó la voz—. ¡Luego lleva el cadáver adonde los demás puedan verlo! Tenemos que hacerlos entender que no perdonaremos que nos oculten alguna información.

Los preliminares fueron penosamente leves. Un hombre avanzó y encañonó a Monk. Iba a disparar sobre el estómago del simiesco químico.

Monk conocía el motivo. Las personas heridas de bala en esa parte del cuerpo casi invariablemente emiten unos chillidos horripilantes.

Cerró los ojos. Le pareció que tenía el estómago lleno de nísperos verdes.

De pronto, el pistolero que se disponía a disparar, saltó hacia atrás, lleno de sorpresa. Se miró el pecho. Unas partículas diminutas de cristal pendían allí.

En el centro aparecía una zona húmeda.

El olor abrumador parecido al de las bolitas de alcanfor llenó el cuarto.

—¡Eh! —chilló el pistolero—. ¿Quién me ha hecho esto?

Las luces se extinguieron.

Monk actuó instintivamente. Se tiró al suelo, a un lado. Una pistola ladró.

Su llama roja fue demasiado breve para iluminar el lugar. El estruendo fue ensordecedor. Los hombres gritaron.

En la oficina donde estaban los archivos, la voz aguda y fingida del jefazo gritaba preguntando qué había ocurrido.

A pesar de la algarabía, Monk escuchó atentamente aquella voz. No era tan fingida como antes. Trató de recordar el lugar donde la oyera anteriormente.

No lo consiguió.

¿Era Del Ling? ¿Era Samuel Wartz Gime? ¿Acaso la muchacha calva?

Pensó que todos estos individuos estaban encerrados, prisioneros, en sus celdas; pero, desde luego, podía estar equivocado. Podía ser que los hubiesen sacado al amparo de la obscuridad, sin que nadie se percatara de ello.

Alguien le pisó. El simiesco químico se retorció y lanzó una patada. El que le pisó salió mascullando maldiciones.

Retumbaron varios tiros. Los hombres maldecían furiosos y temerosos.

De pronto, Monk oyó algo que le reanimó. Una voz. Una voz diferente por completo. No hablaba en inglés.

Las palabras fueron pronunciadas en lengua maya, una lengua antiquísima que pocos hombres del mundo civilizado podían haber comprendido.

Monk la había aprendido en una expedición a América Central hacía unos años. Los ayudantes de Doc Savage la usaban cuando deseaban comunicarse entre sí, sin que les comprendieran los que les oyesen.

Las palabras mayas indicaron a Monk que fuese a la parte trasera del cuarto y esperase junto a la puerta de la sala de las celdas. Procedió a hacerlo.

Hizo un poco de ruido pero nada de particular comparado con la batahola que había a su alrededor. Al llegar al lado de la puerta, se tendió y esperó.

Sucedían muchas cosas en el pasillo. El olor de las bolitas de alcanfor era mucho más fuerte y penetrante. Sonaba el estruendo de algunas detonaciones.

Alguien gritaba pidiendo que encendieran las linternas. Al parecer, no había ninguna a mano.

De pronto, Monk notó que unas manos poderosas se posaban sobre él.

Fue levantado en peso. La puerta del compartimiento de la prisión se abrió y él fue llevado hacia dentro. La puerta se cerró con violencia.

El poderoso individuo que le había llevado dentro encendió una linterna eléctrica. El resplandor le identificó. Era innecesario, pues

Monk sabía ya quién era su salvador.

—¡Doc! —sonrió—. ¿Cómo estás aquí?

—El diablo de ágata azul nos guió —explicó el hombre de bronce.

—¿Cómo es posible? —preguntó el simiesco químico.

—Un geólogo conoce con bastante exactitud de qué parte del mundo proviene cualquier determinado ejemplar de roca —respondió Doc Savage—. Dio la casualidad de que el Departamento de Mineralogía de la Universidad poseía algunos ejemplares de ágata azul peculiares de esta región. No fue difícil localizar este desfiladero, como escondrijo.

—¡Diantre! —exclamó Monk—. ¿Cómo llegaste aquí?

—En aeroplano y en vuelo endemoniado.

Doc Savage trataba de liberar a Monk. Breves instantes después le había quitado las esposas.

Sonó un ruido fuera. Los hombres gritaban. Dentro de unos momentos se percatarían de que el autor de la conmoción ya no se encontraba entre ellos.

Entonces empezarían a buscarle.

—¡Pon en libertad a los otros! —ordenó Doc—. ¡Date prisa!

—¡Tendré dificultad con sus esposas! —gruñó Monk.

—¡No te preocupes de eso! ¡Date prisa!

Monk se apresuró.

Una luz apareció en el pasillo, afuera. Uno de los hombres debió encontrar una linterna eléctrica. Su destello recorrió la galería. El individuo de la luz profirió una maldición.

—¡Rayos y centellas! —gritó—. ¡No hay nadie más que nosotros aquí!

Doc Savage estaba ya en la puerta. La abrió ligeramente. Su mano se introdujo en un bolsillo y sacó una caja metálica. La abrió. Contenía unas bombillas diminutas de cristal.

El hombre de bronce habló en lengua maya, ordenando a sus ayudantes que contuviesen el aliento.

Monk y Ham (éste se hallaba aún en una celda) adivinaron al instante lo que el hombre de bronce iba a hacer.

Las bombillas de cristal contenían un anestésico incoloro e inodoro que privaba inmediatamente del conocimiento y se disipaba y tornaba inofensivo al mezclarlo con el aire un minuto.

Debía ser inhalado para que fuese efectivo. Los que contenían el aliento durante el período de un minuto escapaban a los efectos del anestésico.

El hombre de bronce arrojó varias bombillas en la galería. Los hombres las vieron caer y reventar y adivinaron lo que significaba.

—¡Gases! —chilló uno—. ¡Salid de aquí!

Corrieron atropelladamente hacia el aire exterior.

Tardaron un tiempo brevísimo en salir. Monk ya había abierto las celdas.

Ham, Kateen MacRoy, Gime y Del Ling se reunieron con ellos.

Monk quedó sorprendido al verles a todos. Había sospechado que uno de ellos era el archicriminal. Había esperado que el prisionero que faltase sería el jefazo.

Que el archicriminal, fuese quien fuese, había fingido ser un prisionero, había sido la creencia de Monk. La voz del jefazo le sonó vagamente familiar.

Doc Savage abrió ahora la puerta de la galería, pues los gases ya eran inofensivos. Salió.

Con sorprendente rapidez retrocedió, entrando de nuevo en el cuarto. Cerró la puerta con violencia. El motivo de este acto resultó evidente un instante después.

Sonó un ruido fuerte. Habían tirado un líquido fuerte contra el otro lado de la puerta. Parte del líquido salpicó a través de las rejillas, pero no cayó sobre nadie. Un olor sofocante, de bolitas de alcanfor, llenó el lugar.

—¿Qué demonio es esto? —estalló Monk.

—¡Apártate de la puerta! —ordenó Doc Savage—. ¡Procura que ese líquido no te toque!

—¿Qué líquido es éste? —inquirió Monk.

—¡Un preparado de partículas de naturaleza radioactiva! —explicó el hombre de bronce.

—¿Eh? —balbuceó Monk.

—¿Has oído alguna vez el agua de los llamados manantiales medicinales? —preguntó Doc.

—Naturalmente —respondió Monk—. ¡Qué peste!

Ham interpuso:

—Pero yo creía que una sustancia radioactiva brillaba o emitía una luz.

—No, a menos que la concentración sea muy fuerte —rebatíó Doc Savage—. Esta es una mezcla débil.

El gigante de bronce se disponía a dar más explicaciones; pero se oyó un ruido fuera: un hombre corría.

Doc Savage proyectó el destello de su linterna sorda por las rejas de la puerta. Monk y Ham se aproximaron a ver lo que ocurría.

Vieron a un hombre corriendo por el pasillo, huyendo. Más no fue eso lo que les llamó la atención.

Tras el hombre, surgió de una de las habitaciones, iba un objeto semejante a un huevo negro. Parecía ser más ligero que el aire y le impulsaba una hélice que giraba lentamente.

El objeto parecía un aeroplano negro, diminuto.

No obstante, el huevo negro flotaba verticalmente. Ajustado a la parte delantera llevaba un aparato complicado, cuya parte más impresionante lo constituían un par de brazos largos, como de araña.

—¡Diantre! —estalló Monk—. ¡Ese es uno de los huevos que vi en las hamacas en aquella habitación!

Ham lanzó un grito:

—¡Algunos de ellos vienen en esta dirección!

Varios de los extraños objetos habían aparecido y flotaban velozmente hacia la puerta.

Solamente cuando estuvieron muy cerca, pudieron los hombres del cuarto ver el mecanismo extraordinariamente silencioso que los movía, el sonido semejante, al del aliento que la hélice producía al girar.

La única señal de la existencia del motor que impulsaba a la hélice era un sonido metálico levísimo.

Uno de aquellos objetos llegó a la puerta. Tocó el lugar donde el hombre que huyera arrojó el líquido radioactivo.

Los brazos largos, que aparecían delante del objeto parecido a un huevo, parecieron asir algo como si oprimiera un gatillo.

Tonó un fuerte ¡chog!

Un cuchillo de aspecto siniestro, de tres filos, surgió de delante del aparato monstruoso.

Produjo muy poco efecto sobre la puerta de acero, a pesar de que el golpe fue lo bastante fuerte para haber penetrado en el pecho de un hombre.

El objeto sufría un proceso mecánico. Las convulsiones de los brazos lo colocaron atrás. Un instante después, se convirtió en una llama amarilla.

Breves momentos después, no quedaba de la cosa nada más que un charco de restos relucientes, semejantes a lava, en el cual aparecía tendida una estatuilla satánica roja.

Monk gruñó:

—Estaba compuesto de una sustancia parecida al celuloide, de metales que arden a una temperatura relativamente baja. ¡El sujeto que inventó esto era un genio!

—La estatuilla satánica —explicó Doc Savage—, está ahí solamente a modo de marca de fábrica. Querían que se conociesen sus crímenes, para infundir terror.

Los hombres concentraron la atención en los otros objetos parecidos a huevos negros. Flotaban por el pasillo y fuera.

Monk tuvo una inspiración.

—Esas cosas van hacia el olor al alcanfor! —declaró.

—Exacto —asintió Doc Savage—. Si te fijas bien, puedes distinguir un número de bultitos diminutos esparcidos por las bolsas de los gases. Estos son electroscopios súper sensitivos, en miniatura, que registran los circuitos que mueven al dispositivo en esa dirección. Las bolsas contienen un gas inflamable que contribuye a la destrucción.

Todos los objetos habían salido al exterior.

—¿Qué les ha hecho salir? —quería saber Monk.

—En el aeroplano, al venir, mezclé una sustancia de naturaleza radioactiva —explicó Doc Savage—. Tiré parte de la sustancia sobre los hombres, pero no tocó más que a uno de ellos. Hice esto para advertirles —y con ello asustarles —de que sus mecanismos infernales se volverían contra ellos, si se los soltase. Al parecer no dio resultado.

Monk miró de soslayo por las rejas.

—¿Hay peligro? ¿Se puede salir?

—El camino debe estar despejado ahora de peligros —respondió el gigante de bronce, abriendo la puerta.

Avanzaron cautelosamente. Al parecer no había peligro. Ham dijo:

—Voy a verificar algo que me ha estado intrigando.

El abogado recogió una linterna sorda que alguien tirara en la confusión y entró en la habitación de los archivos, proyectando el haz de luz delante de él.

Abrió un cajón y examinó el contenido.

—¡Doc! —gritó—. Esto que hay aquí explica este caso misterioso.

—¿Son fotografías? —preguntó el hombre de bronce.

—Sí. Fotografías de fortificaciones de diferentes países. ¡Y mapas también! Hay hojas con fechas, calibre y emplazamiento de los cañones. ¡Además, copias de tratados internacionales entre diversas potencias!

—¡Diantre! —murmuró Monk—. ¡Ahora lo entiendo! ¡Una organización de espionaje internacional comercial!

—Un grupo de adquiriría secretos políticos y militares para revenderlos al mayor postor —declaró el hombre de bronce.

Monk declaró:

—¿Ya lo sabías?

Doc Savage no respondió. Se encaminó hacia la salida.

Observó:

—Será mejor que averigüemos lo que ha ocurrido. Este silencio es muy extraño.

Salieron corriendo. Ante su sorpresa, no les molestó nadie. Penetraron en el hangar de los aeroplanos.

Alguien había alzado la cortina de lona que ocultaba la parte delantera del lugar. Doc Savage y los otros salieron y presenciaron una escena que habían de recordar durante mucho tiempo.

Monk observó que los individuos que le capturaron huían frenéticamente por el desfiladero. No se encontraban muy lejos.

Debieron rondar por allí hasta que hicieron un descubrimiento horripilante.

Sus propios aparatos mortíferos les perseguían. Aunque los objetos tenían un aspecto pesado, parecían poder correr a mayor velocidad que un hombre, una vez adquirido el impulso necesario.

Poco a poco iban alcanzando al grupo fugitivo; sólo dos o tres bandidos escaparon a la horrible muerte.

Aquellos aparatos parecían llevar suficiente combustible —aire comprimido, según comprobaron más tarde —para un vuelo limitado, después de lo cual caían al suelo y se incendiaban.

El inventor del aparato infernal tenía el propósito de que ninguno de ellos quedase intacto después de cumplida su misión.

Monk echó a correr, precipitadamente.

—Me parece que ya sé quién era el archicriminal, que dirigía todo esto —dijo—. Voy a comprobarlo.

Llegó al lado de la figura postrada del primer hombre que cayó víctima. El cadáver yacía boca arriba.

Gruñó Monk:

—Ya me lo imaginaba. Este pájaro fingía que era un prisionero como nosotros, simplemente para escuchar y averiguar si sabíamos algo. Luego profirió un chillido, derramó un poco de tinta encarnada en el suelo y disparó un tiro para hacernos creer que estaba muerto.

Contemplaron al jefe de la organización de espionaje internacional.

Era el individuo conocido por el nombre de Dan, el de cuello de pavo.

Doc Savage aparecía intrigado.

Murmuró lentamente:

—Hay un misterio que necesitaba una explicación. ¿Cómo es que cayó ese líquido radioactivo sobre estos hombres? Yo arrojé una botella en el pasillo, pero no tocó más que a un hombre.

El gigante de bronce giró sobre sus talones, resuelto a esclarecer el misterio.

Se encaminó hacia la cortina de lona que servía para el hangar.

Monk le siguió, deseando encontrarse presente en el final del misterio. En el momento en que se metió debajo de la cortina, se detuvo es seco.

Quedó boquiabierto, estupefacto y enojado.

La linda Kateen MacRoy —el hecho de que fuese calva no le impedía ser bella —abrazaba afectuosamente a un joven alto, de cabellos negros. Parecía que el momento más feliz de sus vidas.

Monk miró con fijeza al joven.

—¡Montgomery Medwig Pell! —exclamó asombrado.

—Fue Pell quien primero solicitó nuestra intervención en este caso —explicó Doc Savage—. Pell es un detective particular que se mezcló casualmente con esta banda de espías, como expliqué anteriormente. Solicitó mi ayuda. Dan, el jefe de la organización de

espionaje, supo lo que Pell había hecho y amenazó con matar a Kateen MacRoy a menos que Pell le ayudase a tenderme un lazo.

—¡Diantre! —exclamó Monk.

—Pell convino finalmente en trabajar conmigo —continuó Doc Savage—, y simulamos su muerte en los jardines de la clínica de Edgeworth. Mientras Dan creyese que había muerto, estaba a salvo. Lo escondí en una casita de las afueras de Los Ángeles y le traje conmigo en mi aeroplano.

—¡Estoy estupefacto! —declaró Monk.

Varias preguntas arrancaron la explicación del modo cómo Dan y los otros fueron tocados por el líquido radioactivo.

Doc Savage había dejado a Montgomery Medwig Pell —él insistió en asumir ese nombre —de guardia en la obscuridad dentro de la caverna.

En posesión de Pell quedaron unas cuantas botellas del líquido radioactivo que Doc había preparado durante el vuelo en aeroplano.

Pell vio a la banda salir huyendo del escondrijo. Hizo lo único que se le ocurrió. Tiró las botellas que contenían el líquido.

Las botellas eran de cristal fino y los fugitivos que huían frenéticamente no se percataron de la acción de Pell. Desde luego, no tocó a varios de sus blancos, lo cual explicaba que unos cuantos hombres escaparan.

Podía observarse que Doc Savage andaba muy despacio ahora. Al parecer, ya estaba tranquilo. El misterio de los Diablos de Ágata se había aclarado y sólo quedaba el problema del destino de Del Ling y de Samuel Wartz Gime.

Estos dos individuos protestaron de una manera vehemente que se habían mezclado en el asunto solamente por el dinero y que no habían cometido ningún asesinato.

En cierto modo mentían, como se comprobó al examinar la documentación de la oficina. Dan, el jefe de la banda de espionaje, tenía el instinto del hombre de negocios.

Llevaba un registro muy fiel de las fechorías cometidas por todos sus asociados, probablemente para esgrimir un arma con que amenazarles.

Estos registros demostraban que Gime y Del Ling no eran tan inocentes como pretendían.

Doc Savage decidió encerrarlos en un sanatorio que el hombre

de bronce sostenía en el Estado de Nueva York.

En este lugar, Gime y Del Ling serían sometidos a una operación del cerebro que les haría olvidar por completo el pasado; después se les educaría para convertirlos en ciudadanos ejemplares y se les enseñaría un oficio con que ganarse la vida.

El hombre de bronce trazó los planes relativos al porvenir de Gime y de Del Ling mientras examinaba la documentación de los archivos.

En esos momentos lejos estaba de pensar que pronto se vería envuelto en otro caso fantástico.

¡El Océano Encantado iba a ser su nueva y grande aventura en la que la paz del mundo estaría en la balanza!

FIN

Título original: *The Seven Agate Devils*